

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIV

15 DE MAYO DE 1905

Nº 322

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

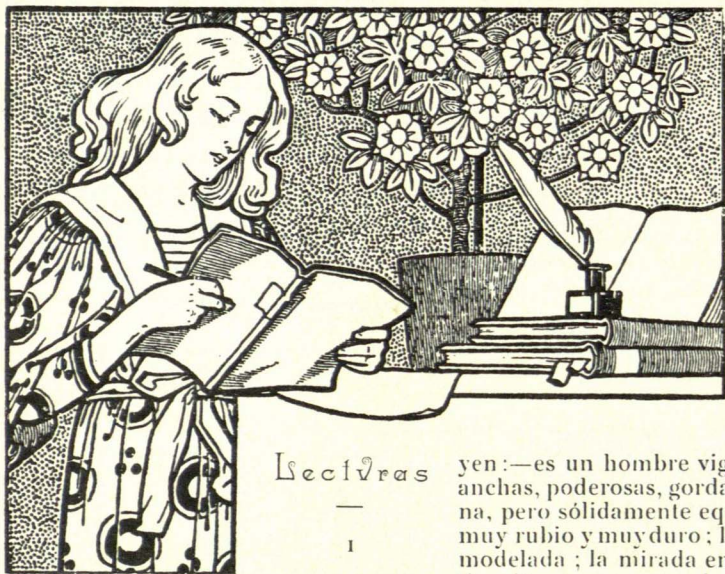
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



DESOLACION



Lecturas

La prensa diaria de esta capital dejó de informar oportunamente á sus lectores de la célebre discusión habida, hace algunos meses, entre los médicos y cirujanos residentes en París, con motivo de una operación practicada en una millonaria yankee, por el famoso doctor Doyen y de la afirmación de éste, de haber descubierto, y aplicado con éxito, el suero anticanceroso.

No es tiempo ya ni para la información amplia, ni para la insistencia. Esta nota va destinada á dar una ligera noción acerca de uno de los hombres de ciencia y de práctica más admirados, y á la par, más odiados y combatidos de la Francia. No hay una asamblea sabia en París, no hay un salón, no hay un corrillo en donde, al pronunciar el nombre del cirujano, no estalle ese doble sentimiento: la ironía y la cólera se pintan en el rostro de los médicos y de sus labios salen juicios apasionados é invectivas, llamándole farsante, picaro, *dentista*, *matarife*.... O le tratan con desdén, diciendo que no es un cirujano, sino un comerciante de vino de Champagne; los más sinceros dicen que si, que "evidentemente sabe su oficio, que es muy hábil, pero que es muy charlatán."

Adolfo Brissón quiso un día conocer á aquel raro hombre, de tan combatida capacidad profesional, y se trasladó á la calle Piccini, en donde está situado el hotel que habita Doyen, y al cual le han agregado una casa de cinco pisos, en la que el cirujano aloja á sus pacientes, como en una especie de lujoso hospital, provisto de todos los recursos y de todo el confort que la higiene, la humanidad y el progreso requieren. El cirujano re-

yen:—es un hombre vigoroso; las manos anchas, poderosas, gordas; la talla mediana, pero sólidamente equilibrada; el pelo muy rubio y muy duro; la frente muy bien modelada; la mirada enérgica: una obstinación, una rara voluntad se denuncia en aquel cráneo, en el cuello, en los maxilares formidablemente armados y un tanto feroces. No es, sin embargo, un hombre solemne: á veces chancea, luciendo en sus pupilas un fulgor de malicia; pero no ríe para divertirse: tiene el espíritu eternamente tenso y el pensamiento en el trabajo: es un luchador; no siente el placer de la vida sino cuando combate. De una manera pintoresca refirió á Brissón sus primeros pasos en cirugía; díjole que su padre era médico en Reims y que le sirvió de primer maestro; ambos asistían á la sala de operaciones del Hôtel-Dieu, que hasta 1880 fue un lugar de horror, destinado á usos diferentes. Por ejemplo: el "barbero" y la "barbera" eran asiduos visitantes; los externos arrancaban muelas y curaban úlceras; sombreros y levitas eran arrojados en una oscura alacena, en la cual se refugiaban, á la llegada de los alumnos, media docena de gatos, favoritos de la "barbera"; esta mujer preparaba las cataplasmas y daba los lavatorios; el "barbero", que ejercía iguales funciones en el departamento de hombres, estaba encargado, además, de la sala de los muertos; ayudaba á las autopsias, recosía y amortajaba los cadáveres; en sus horas de asueto, preparaba las compresas, las vendas y los hilos encerados que se empleaban para ligar arterias. ¿Se presentaba una operación? Se mandaba llamar al barbero, que á menudo se hallaba ocupado en la preparación de los entierros; ó que, ayudado por su compañera, estaba levantando tazas y cortezas de pan, y dejaba aquellas labores para preparar el lecho de dolor, y pasarle al cirujano, sin lavarse aún las manos, los famosos hilos encerados... Así describió Doyen el Hôtel-Dieu, en el cual él fue interno de Championnière, hasta que terminados sus estudios, fué á viajar por Alemania, Inglaterra (en donde se inició en las prácticas de Lister); siguió los cursos de Farabeuf y adquirió la convicción de que el primer mérito de un operador es la rapidez. Así, el notable cirujano quiso que el periodista lo viera trabajando: éste no sabe decir del mérito de la operación, pero estaba maravillado de la destreza y de la seguridad del práctico: los escalpelos, las tijeras se hundían alegremente en las carnes; la sangre rutilaba, y no se veían sino dos manos enrojecidas que palpa-

cibe en un salón revestido de una soberbia tapicería que representa las conquistas de Alejandro, con maravillosas butacas recubiertas de Beauvais y de Aubusson y, entodaslasmesas, una gran profusión de periódicos ilustrados en los que se ve el retrato de Do-

ban, tallaban, arrancaban, recosían tristes harapos humanos. En cierto momento, Doyen se detuvo, miró el reloj, y dijo: "Ha concluido la operación; no ha durado sino treinta minutos: es la misma que dura una hora en los hospitales. Si, insisto en mis artículos y en mis libros acerca de las condiciones en que debe ejercerse nuestro arte: la más esencial es la celeridad: para propagar este método, es para lo que llamo en mi auxilio á los fotógrafos, cosa que se me ha reprochado violentamente; por supuesto, con muy mala fe, porque mis adversarios admiten que se tomen notas de sus cursos y que se las estenografie; ¿y qué es el cinematógrafo, sino una forma nueva de estenografía, la taquigrafía de los ojos? ¡Qué diablos! seamos de nuestro siglo, seamos modernos!"

Los que asistieron á la cátedra del doctor Frydensberg, ahora diez y doce años, en la Universidad de Caracas, recordarán sin duda á M. Alfred Naquet, el autor, en colaboración con M. Henriot, de nuestro texto de Química inorgánica y orgánica. Ahora bien, el antiguo senador inamovible, M. Scheurer-Kestner, cuyos "Recuerdos de juventud" está publicando una Revista francesa, tiene el siguiente párrafo para nuestro autor: "Alfredo Naquet es una de las figuras más curiosas que he encontrado en mi vida. Lo conocí el año 67, en el laboratorio de Wurtz, en la Escuela de Medicina, en donde trabajaba mi hermano Alberto; Naquet estaba entonces agregado á la facultad de Medicina y ante él se abría el más brillante porvenir, puesto que se le consideraba como uno de los futuros maestros de la ciencia. En efecto, siempre habría quedado mejor situado en una cátedra de química que en el Parlamento; la política fue su desgracia. En todos aquellos puntos en que su espíritu no estaba sostenido ni refrenado por la precisión de las reglas científicas, su falta de criterio igualaba su falta de sentido moral, puesta en sus libros con una inconsciencia de niño y que á menudo escandalizó á sus mejores amigos. Ese cinico se exhibía desmesuradamente cándido: ni en moral ni en política conocía el sentimiento ordinario del pudor. No se puede calificarle de inmoral, sino de amorat: no tenía sombra de hipocresía. La víspera del 21 de mayo de 1873, jugaba á la Bolsa sobre la caída probable de Thiers, y lejos de ocultarlo, salió á referirlo á todo el mundo. El año 71, en la Asamblea de Burdeos, nos contó tranquilamente que su elección en Vaucluse estaba tachada de mil fraudes y que en el momento de la verificación de poderes, renunciaría para evitar la discusión. Esta falta de prejuicio lo llevó hasta el *boulangismo* y le quitó sus últimos amigos, entre los cuales me contaba."

Acaba de publicarse en Francia un libro grave y profundo, cuya lectura tal vez importe á los Jefes de Estado, á los políticos y á los estudiosos de ciencia social. Se titula: *El ejército moderno*; lo ha escrito un erudito y estadista, Pierre Baudin, y entre otras cuestiones capitales, trata del *sueño* de la paz universal, idea y propaganda amadas del espíritu francés, como que son, según el autor, un bello lirismo humanitario. Realmente, Baudin estudia los moldes en que se



GUERRA RUSO-JAPONESA: Un vivac de infantería en el ferrocarril transiberiano

han formado las nacionalidades y halla que no pueden hacer otra cosa sino resistir á la generosa propaganda, ó á lo menos, admitirla con reservas; y atribuye este movimiento, á que ya la Francia va convenciéndose de la imposibilidad de las "revanchas" armadas, mientras Inglaterra y Alemania, que lo saben bien y son de otro origen étnico, están constantemente preparadas y alertas..... "Únicamente, dice el pensador, los que ignoran cómo son nuestros vecinos del Este y del Oeste, y que se encierran en su fórmula, desconocen las realidades de la tierra y se forman de la humanidad una idea convencional, oficial, contraria al sentido común. Acuerdos muy extensos, preventivos de conflictos sangrientos, no implican una revolución súbita en las relaciones internacionales: un progreso sí, una revolución no. Para declarar la paz al mundo, es preciso que nos sintamos más fuertes, mejor armados, y mejor preparados que para declarar la guerra. Menos declaraciones, menos declamación... Esa obra no puede prepararse sino detrás de ejércitos muy poderosos, prodigiosamente veteranos...."

M. Anatole France, que era el más elegante mistificador de las nociones del bien y del mal, y uno de los más finos ironistas, hábil juglar de espíritu, en la crónica, M. France se ha declarado, desde que tomó participación á favor de

Dreyfus, campeón de justicia y apóstol fervoroso de reivindicaciones. En un discurso que pronunció en el Trocadero, el 12 de febrero último, expuso sus ideas, que uno de sus críticos, Georges Pellissier, llama del nuevo Evangelio; socialistas, y que M. France acaba de reunir en un libro titulado *Sobre la piedra blanca*. Es un sueño generoso de poeta, una descripción profética de la Ciudad futura, una bella utopía de filósofo.

Algunos franceses se encuentran en Roma, en donde están pasando la primavera, y al reunirse hablan de arqueología romana, de la guerra ruso-japonesa, de la cuestión de las razas, de política colonial, etc. Esas conversaciones son las que ha reunido en un volumen M. Anatole France, precediéndolas de este epígrafe: *Tú pareces haber dormido sobre la piedra blanca, en medio del pueblo de los sueños* (Filopatris, XXI). Esas conversaciones son las que el crítico llama de socialismo, porque cuando el autor habla por boca del obrero Roupart, dice: "Me parece que el socialismo, que es la verdad, es también la justicia y la bondad; quien combate una injusticia, trabaja por nosotros, sobre quienes pesan las injusticias." En suma, los visitantes de Roma hablan:

Contra la guerra. Antes fué el honor del género humano; ahora es su vergüenza. Vendrá un tiempo en que los pueblos se formarán virtudes pacíficas; y acaso lo que hoy se llama *imperialismo* ó *nacionalismo* señale y signifique, en el

fondo, aspiraciones aún confusas hacia una comunidad más ó menos extensa.

Sobre la cuestión de razas. Se quiere que haya inferiores, y de aquí, para los que se dicen superiores, el derecho de oprimirlos y exterminarlos.

Sobre la política colonial. Las relaciones de los blancos con los amarillos, con los negros, con los pieles rojas, no han sido sino una serie de rapiñas, de incendios y de asesinatos. Ahora se desquitan los japoneses; parecería que en una guerra colonial, el pueblo de raza inferior debiera estar armado de flechas y de *tomahawks*: al disparar cañones contra braquicéfalos, los japoneses estafan á la humanidad civilizada; al derrotar á Kouropatkine, esos prognatas violan las leyes más sagradas de la etnología.

Sobre el peligro amarillo. Los rusos están pagando la deuda de la Europa; ésta se inquieta del peligro que ha creado, si es que existe. ¿Pero, existe? Hagamos votos, por el contrario, para que la China, instruida y dirigida por el Japón, se haga respetar de la Europa. Los pueblos débiles han sido siempre una causa de perturbaciones, de peligros, de conflictos sangrientos, mientras que los pueblos fuertes concurren á la prosperidad del mundo.

¿Las colonias? Ojalá se pierdan! Al apoderarse el Japón de la Indo-China, le hace un servicio á Francia, porque para un pueblo no hay mayor azote que las posesiones coloniales; menos para Inglaterra, que no le debe á las colonias

su poder y su riqueza, sino á su espíritu emprendedor, á su comercio, á sus mercancías. Los franceses no producen nada; tienen pocos hijos, no aman las aventuras: ¿para qué les sirven las colonias? La verdadera fuerza de la Francia está en sus oradores, en sus filósofos, en sus sabios, en sus poetas: ese país tiene por misión ejercer el imperio del pensamiento.

Así, pues, Anatole France soñó que las monarquías habían desaparecido y las habían sucedido repúblicas, que instituyeron entre sí una federación; que la actividad humana se ejercía en fecundos trabajos; que, gracias al progreso maravilloso de la ciencia, un nuevo método de cultivo, mejorado sin cesar por los químicos, decuplicaría la fertilidad de la tierra; que el hombre economizaría el trabajo que extenua el cuerpo y deprime el alma, porque las máquinas eléctricas centuplicarían los productos industriales; que en una panadería se hacían diariamente cien mil panes, con tres ó cuatro obreros, cuyo trabajo único consistía en disponer y vigilar los mecanismos; que todo el mundo no trabajaría sino seis horas; que se aboliría la propiedad y desaparecería el numerario, porque los productos se cambiarían por medio de bonos que correspondiesen á horas de trabajo; que desaparecerían también los bigotes y las patillas, que no se usarán sino entre los bárbaros de Africa, cuando se hallen á la altura de civilización en que está ahora la Europa, "porque usar pelos en la cara, formando figuras y ornamentos, es la última forma del tatuaje."

Y esto acontecerá el año 2.270 de la venida del Cristo.

En la sección de esta Revista, PÁGINAS CORTAS, hay una, *Al aire libre*, firmada por Hugues Rebelle. Este es el pseudónimo de un joven escritor francés, Grassal, que acaba de morir en París, á la edad de treinta y cinco años, y en cuyo talento, cuya información literaria y cuyo porvenir se habían fundado grandes y bellas esperanzas. Era nantés, de una familia burguesa; había estudiado en Jersey; había llegado á París á los veinte años de edad; y se había estrenado en las Revistas más notables: *Mercur de France*, *la Plume* y *l'Ermitage*. Habíamos visto su firma en la primera, y de sus obras conocíamos *Victorien Sardou*, un entusiasta elogio del dramaturgo. Pero su bibliografía es extensa para su edad, y su obra será fecunda en un largo período de debates: ni simbolista, ni decadente, ni filósofo, ni místico; escribía una lengua clara y sólida; adoraba la vida, la naturaleza, la luz. Suyos son: *Besos de enemigos*, un estudio acerca de los elementos ó partículas de odio que á veces se mezclan en el amor; *Cantos de la lluvia y del sol*, pequeños poemas en prosa; *Nichina*, una fogosa y rica fantasía; *la Mujer que conoció al Emperador*, costumbres del segundo Imperio; *Camorra*. En el género crítico: la que ya hemos mencionado, y las *Inspiratrices de Balzac*, de *Stendhal* y de *Merimée*. Además, un opúsculo político, *la Unión de las tres aristocracias*, que ya hoy no se encuentra en París, y en el que atacaba furiosamente las Universidades populares; y, como en él no era cuestión de partido el asunto, sino convicción sincera, no temió una noche, para de-

fender sus teorías, arriesgarse,—antidemócrata feroz,—á asistir á una de las Universidades más democráticas, cerca del arrabal San-Antonio. Ante una asamblea de obreros y de gente de condición muy modesta, un orador popular exponía los beneficios de la sociedad futura: de súbito, en medio del discurso, Hugues Rebelle salta á la tribuna, y, replicando al conferencista, arroja, en medio del desorden, estas palabras irónicas, pero sinceras: "Lo que hay que hacer es curar las vides enfermas y replantar las que se han destruido, á fin de embriagar á la Francia.....El pan, luego el vino!" Era admirable ver cómo luchaba aquel joven, en su mesa de trabajo, contra el mal que lo minaba desde hacia tiempo y que acabó por vencerlo.

ELOY G. GONZALEZ.



COFRE DE CARTAS

Tiembla la mano de la dama hermosa, porque al abrir el cofre marfilino, mira en su fondo, como triste sino, de un falso amante la expresión dolosa.

Hablan allí las cartas. Fue dichosa. Él la llamaba: «Espíritu divino; casta flor de hermosura; cristalino vaso de vida eterna y deliciosa».

Vé en caracteres vívidos impresos citas doradas y canción de besos que le recuerdan un amor insano.

Y, al meditar que aquello fue un tesoro, vierten sus ojos abundante lloro... ¡y cierra el cofre con violenta mano!

L. TORRES ABANDERO.



LIED

Afuera, el viento gime, la lluvia cae.
Adentro, una balada brota del piano:
Es que la rubia enferma con lenta mano
A un blanco, silencioso país me atrae.

En dos bandas de fuego su trenza rubia
Deslizándose, toca su blanca mano.
Y la lenta balada brota del piano
Y afuera, el viento gime, baja la lluvia.

Qué mórbida tristeza respira el piano!
A un país de silencio la rubia enferma
Me lleva con doliente, rítmica mano.
Y evoco una infinita llanura yerma

Y un Castillo y una alba Princesa rubia
Que agoniza, en mi mano su frágil mano;
Mientras el viento gime, baja la lluvia
Y la lenta balada brota del piano...

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1905.

REVERIE



Es la hora del crepúsculo. La hora infinita y noble en que la Naturaleza arrodillada ante Dios, canta la única oración digna del Buen Viejo de barbas de plata y corazón de oro.

En la costa de Bretaña, este rincón de la playa, este retazo del mar, es como un pedazo del cielo: sereno y azul.

El camino tapizado de piedras blancas es como la vía láctea. Y en el lejano promontorio la pupila del faro recién encendido parece un lucero gigante: Sirio acasó.....

El cristal de la onda se rompe á veces, y un pez dorado salta, describe una rápida curva y se hunde, como una estrella bohemia rompe á veces el nácar de los cielos, brilla y se oculta.....

En el horizonte sombrío asoma el oro radiante de la luna. La Virgen pesca. De día pesca almas buenas en los mares hirvientes del Averno; de noche la bella y buena María pesca perlas en los mares tranquilos, y esta noche ha caído en su mágico anzuelo la gran perla luminosa y divina. María debe estar muy alegre pues el cielo se ha llenado de luz. Todas las estrellas han salido.

La noche! ¿Por qué hay crímenes de noche?.....

Un barco enorme zarpa del Puerto. Un viejo barco enorme, con tres mástiles enormes y un viejo velamen color gris.

En uno de los mástiles enormes del viejo barco enorme, un pequeño fanal brilla como un minúsculo lucero.

¿A dónde va la vieja nave?

Va á Cardiff en busca de carbón, pero yo pienso bajo la sugestión del paisaje que el viejo barco enorme es una antigua y lírica galera que lleva hermosas mujeres esclavas para algún serrallo de Oriente; y la evocación del infame comercio, el imaginario haz de carne blanca fletado por el miserable judío sin corazón, el horrible sacrificio de belleza inocente y desvalida, el grosero tráfico de los tiempos paganos revivido en mi pensamiento por la sugestión del paisaje, me oprime mi rústica alma cristiana, y de la exigua fuente de mi sentimentalidad mística brota una lágrima, átomo líquido que va á perderse en la grandeza del océano, enorme lágrima arrojada por el Buen Dios sobre las miserias primitivas de la tierra vil, su única obra indigna de su infinita sabiduría.....!

RAFAEL SILVA.

Pornichet : 1905.





R. BRUGADA: Tango español

ALDEA

(NOVELA)

I

San Nicolás de Rañueles es un pueblo asturiano plantado sobre un monte entre argomas y pinos, á la orilla del mar. Está el caserío roto en dos mitades: una en la cumbre, que es una meseta; otra en un rellano de la vertiente; y llámanle los aldeanos á la mitad de arriba, Rañueles del Monte, y á la de abajo, Rañueles del Mar. De la cumbre al rellano y del rellano á la playa baja serpenteando un camino que está bordeado arriba por cercas de huertos, abajo por campos de maíz; sobre las cercas hay zarzas greñudas, entre cuyas espinas, cuando es agosto, negrean las moras; por cima de las zarzas asoman las higueras, junto á ellas los pomares, y en lo más alto ostentan los castaños su bien vestida ramazón. La playa extensa y semicircular está erizada de pedruscos que se entran mar adentro, y limitada la parte de tierra con recio murallón de acantilado; los trajes del mar socavando la roca, han abierto oquedades donde las aguas braman al subir la marea, y cuando baja, van quedando prendidas al cantil, marañas de algas polícromas, y quedan también entre las quebraduras aguas prisioneras que se están muy quietas y muy claras sobre lechos de arena; á veces con el agua quédase aprisionado algún pececillo. Entre el pedrusco corren diminutos cangrejos de mar, y á él se prenden también, constelando de blanco su negrura, las conchas radiadas de las llampas.

II

Descalzos de pie y pierna, hombres y mujeres están en la playa dados á la tarea de recoger el *ocle*. Con largos armatostes de madera

van prendiendo las algas y trayéndolas á tierra firme; luego las amontonan á un lado y otro del camino para que allí se pudran y fermenten. El *ocle* fermentado es buen abono, y los aldeanos de Rañueles, que se buscan la vida labrando la tierra, en su codicia por lograr el botín fertilizador, éntranse en el agua hasta la cintura. Hay chiquillos que van y vienen dando guerra; una rapacina ha cogido un alga descomunal, con hojas palmeadas que tienen todos los matices del iris, y prendida á la falda la arrastra por la arena á guisa de cola con vanidoso contoneo; sus compañeras aplauden la invención, y á poco, toda la chiquillería femenina reunida en la playa, gasta traje de corte, merced á las liberalidades del mar. Las unas algas tienen color de carne, y sus formas recuerdan las de los viejos lotos litúrgicos; otras parecen abanicos de encaje tramado con hilos de color; las hay que forman sartas y racimos de ópalo; las hay ligeras como plumas y amarillentas como marfil antiguo; unas que parecen talladas en pórfido, de formas simétricas y duras, rojas, tachonadas de verde, color de herrumbre, color de esmeralda, color de agua de mar, satinadas, aterciopeladas, bruñidas, inquietas bajo el agua y tentaculares, con extraños estremecimientos y rebrilleos; luciendo cada una su peculiar encanto, y, todas juntas, un encanto fantástico y pomposo de red con mallas vivas; y luego, amontonadas sobre la arena, comidas por las moscas, confundidas y lacias, con las formas deshechas y el color apagado.

—¡Cómo fiede el *ocle*, rapazas!

III

Malia llegó á buen andar, bajando el camino; entró en la playa, descargó con gallardo ademán el cubo de porcelana blanca que airosa-

mente traía en la cabeza, púsole en tierra y se quedó en pie, mirando el agua, que estaba serena y bañada en luz.

—¡Qué guapa está hoy la mar! ¿verdad, Malia?—dijo, acercándose, una de las chiquillas.

—Sí que está guapa.

—Y calentina; no se siente en los pies. ¿Vienes á bañarte?

—Vengo á buscar salmoria. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Vine con éstas á bañarnos y á buscar margaritas.

—¿Encontraste muchas?

—Ni cuatro pares; estuvieron antes las de Luanco y lleváronse todas las que había. Míralas. La rapacina mostró, abriendo la mano, seis conchas sonrosadas y pulidas. Dicen que allí las venden para adornar cajas.

—¡Mira el vaporín de la mina!

En Rañueles hay una mina que es de hierro; ábrense sus bocas á Poniente sobre la otra playa, y en ella tiene un tosco embarcadero. Cada mañana viene de Gijón un vapor y se vuelve á la tarde abarrotado de mineral; pasa bien cerca de la playa con esa majestad que tiene cuando va flotando hasta una cáscara de nuez; á su paso, una bandada de gaviotas, que en plácida quietud llevaba largo rato mecándose en el agua, levanta el vuelo chillando agudamente y viene á posarse sobre la arena húmeda. Las rapazas corren hacia ellas; asustadas las gaviotas, vuélvense al mar más prestamente que vinieron, dejando la playa sembrada de plumas blancas y negras; las nenas palmotean.

Entretanto, Malia, después de contemplar un buen rato las olas, que son menudas y espumosas y rebrillean bajo el sol, ha llenado su cubo de agua marina, y volviendo á ponerse en la cabeza, emprende el camino de retorno. Malia tiene quince años, es recia como un roble y

rubia como el trigo. Tiene las piernas largas, el busto bien plantado y redondo, el cuello fino y firme, la cabeza pequeña y erguida. Sostiene el cubo en alto con empaque gallardo de canéfora, y marcha con reposo, sin esfuerzo aparente, arqueando los brazos, ciñendo las manos al arranque del busto. Es el camino pendiente y guijarroso, como abierto que está en la roca brava. Es casi mediodía y cae de plano el sol; Malia se vuelve de vez en cuando para ver el mar y sentir en la cara el frescor de la brisa; luego el camino forma un recodo que oculta la playa; ya no se ven las olas, pero se escucha el rumor amansado de su ir y venir; tras el recodo hay una plazoleta; está sombreada por los castaños de dos huertos; á un lado del camino brota una fuente, y bañando las raíces en ella, álzanse cuatro álamos; los zarzales se espesan y hacen valla á los huertos, donde, sobre praderas, descabellan sus ramas los manzanos, cargados de fruta; pendiente arriba una chicuela *linda* una vaca. Allí, con el ruido del agua de la fuente, se apagan los rumores del mar; el aire pierde sus aromas marinos y empieza á saturarse de olor á montaña, á un tiempo sabroso y fragante; tomillos y mentas, árgomas y pinos, y aquel prado que arriba están segando, y el acre del humo que se escapa de los borrones que en aquel otro campo están ardiendo, atizados por la mozona brava, con rostro de energúmeno y corpanchón de Hércules, que endulza la faena fumando un pito mal liado «de lo más fuerte».

IV

Malia entra en el pueblo, que está desparzamado por la meseta; las casas son pequeñas, con tejados en punta, como esas primitivas que pintan los niños. Las más son grises, hechas de piedra y barro; pero hay algunas nuevas, con balconaje de madera, pintadas con alegres colores de barca, azules, rojas, color de sepia; pocas son las que al pie no tienen un pedazo de terreno cercado, con cuatro coles y una higuera; alguna, en el patio de entrada, ostenta una panera ó un hórreo, plantados majestuosamente sobre pilotes de mampostería. Hay una sola á estilo de ciudad, con corredor saliente, que forma un pórtico sobre la portalada, en la cual hay tres huecos; el central, con puertas vidrieras, da paso á la tienda—única en Rañueles,—donde se vende sidra, cerveza, comestibles, cerillas y alpargatas, amén de otros artículos pertenecientes al ramo de mercería menuda, tales agujas, ovillos de algodón y cintas de hiladillo; la puerta de la izquierda lleva á las dependencias inferiores, cuadra, corral, pocilga, y la de la derecha á la vivienda de los amos, que son señá María Juana la de Rodes y sus tres hijos.

La casa de Malia está junto á la tienda, y parece vivir á su sombra; tiene una puerta pintada de verde, partida en dos; durante el día, abierta la mitad superior, da visos de balcón al hueco y permite á la luz entrar en el portal, que es al mismo tiempo cocina; están las paredes, ahumadas, hay un fogón bajo una masera con tapa, dos bancos de pino, un vasar y una mesa pequeña, sobre la cual campa un cubo muy blanco cubierto con un paño. En el vasar hay menguado surtido de platos y pucheros, dos vasos de cristal y una taza; dentro de la masera un buen pedazo de borona, un puchero con leche y un puñado de arbejos; entre las patas de la mesa hay un montón de leña menuda; en el fogón borbotea la pota. En un ángulo se abre un pasadizo, y en lo más hondo de él está el horno; á medio camino hay una puerta que es la del dormitorio; tal es la obscuridad, que no aciertan á contarse las camas. Delante de la casa se refocila un cerdo y van y vienen, picoteando, cuatro gallinas; también hay unos cuantos rapaces, que son los hermanos de Malia.

V

Los hermanos de Malia son cinco, y su madre Celesta es viuda hace tres años; era el marido pescador en verano y minero en invierno; desde su muerte vive la familia poco menos que como los pájaros: de lo que cae del cielo. Celesta tiene manos de ángel para matanzas, guisandeos y amasamientos; pero en Rañueles hay poco qué guisar y sus habilidades no hallan cumplido empleo sino de tarde en tarde, en ocasión solemne de bodas ó de entierros ó en la fiesta del Cristo, en casa del cura. Malia sabe de tijeras y aguja y corta y cose sayas y corpiños para las aldeanas; el rapaz mozo, Quico, que tiene trece años, está á jornal en una lancha, y los otros cuatro ora *llindan* las vacas de Rodes, ora van al monte «én busca de leña, ora gandulean amigablemente en la grata compañía del cerdo, disputándole los tronchos de col, que son regalo del venturoso animalejo.

VI

Malia entra en casa y su madre le sale al encuentro.

—Ya tenía ganas de que vinieras, mujer; traje Quico una carta y no acertamos á leerla; tómalala tú.

¿Por qué milagro de ciencia infusa sabe Malia leer? Cierta que en Rañueles debe de haber escuela, y cierto que la hay, guapamente instalada en el pórtico mismo de la iglesia; el tal pórtico es rectangular, techado á teja vana, con pavimento de guijarros, abierto al aire libre por tres de sus costados, puesto que el muro no sube más de un metro sobre el suelo y no hay entre pilar y pilar de los que sostienen la techumbre, postigos ni vidrieras; sujetos con goznes á la pared, hay tabloncillos que suben y bajan y hacen de bancos cuando la escuela está en funciones. En un rincón, una mesa de pino resobada y mugrienta señala el lugar de la cátedra. En la única pared del fondo, hasta el techo, está la puerta que da paso á la iglesia, y á la derecha mano de esta puerta, hay un nicho de media vara en cuadro; embutida en él está la pila del agua bendita, siniestro recipiente de pizarra, y sobre la pila una calavera; y hay en torno de la calavera esta sabia inscripción: «Lo que eres, fui; lo que soy, serás». Tal es la escuela de Rañueles; allí, á la sombra del ascético recordatorio, sin duda aprendieron á deletrear muchas generaciones; pero á la hora presente—y ya iban varios años de presente para esta hora, cuando empieza mi cuento—nadie aprende en Rañueles á leer, y no porque la ciencia le haya tomado miedo á la muerte, sino porque el maestro habría de ganar treintá duros al año y las razas de héroes se van enarreciendo.

Malia, sin embargo, sabe leer, y semejante privilegio hácela objeto por parte de los suyos de cierta veneración supersticiosa. Dejado el cubo, toma la carta que su madre le entrega, y mira y remira el sobre, manoseado y sucio:

—¿De quién será, tú?

—Paez que vien de muy lejos por los sellos que trae.

—Ábrela y lee.

—Allá voy, madre; tenga paciencia.

Malia no está muy ducha en esto de abrir cartas; rasgando el sobre, arranca un pedazo de la misiva, la cual viene escrita en amplia hoja de papel comercial con cabecera roja y oro, pródiga en rútiles y medallas; las letras son pocas, redondas y espaciadas, como escritas por quien gustase de hablar poco y claro, y dicen como sigue:

«Habana, á 3 de mayo de 1903.

Apreciable hermana:»

—¡De Juancho!—interrumpe gritando Celesta.

—¡De tío Juancho!—repiten á coro los rapaces que boquiabiertos como ánimas de retablo, rodean á la hermana lectora. Y decían «tío Juancho» en tono enfático y reverencial.

—«Apreciable hermana:»—repite Malia.

—Callai, rapacinos—amonesta la madre;—sigue tú.....

—«Apreciable hermana: Sabrás que he decidido volver á España, porque cuando uno se va haciendo viejo le llama la tierra en que nació. Saldré de esta plaza el 1º de julio, y llegaré á Gijón del 12 al 13; que vaya tu hijo Quico á esperarme, y tú en ésa alquilas una sala para mí en casa de Rodes, porque ya me figuro que en la tuya no habrá lugar para huéspedes; otra cosa será cuando yo vaya. Memorias á todos los que se acuerden de mí. Tu hermano que te quiere y verte desea,

Juan Moriedes».

Terminada la carta, guardaron los oyentes silencio emocionado.

—¡Juancho viene!—dijo al cabo Celesta.

—¡Cuántas perronas traerá!—gritó un rapaz.

—¡Perronas!—arguyó una nena con ironía misericordiosa, —¡pesetas dirás!

Malia no dijo nada; dió la carta á su madre y empezó á trajinar en la cocina.

—Pero mialma—le dijo Celesta,—¿no te alegras de que venga tío Juancho?

Malia hizo un gesto de indiferencia: levantando en vilo el cubo de salmorira, vertiéndole en la masera, y rompiendo á cantar se enfrascó en la tarea del amasamiento. Celesta, carta en mano, fuese con premura á correr la noticia por el pueblo.

VII

Es el crepúsculo tan sereno y tan plácido que parece que el día se está durmiendo: los pinos del barranco negrean ya, y el mar, de azul que era, vase tornando violeta y gris; estábase quieto, con las aguas ligeramente murmuradoras, pero al hundirse el sol en ellas, comienzan á agitarse y á espumarajear contra el acantilado; también se embravecen sobre las indefensas arenas de las playas—que en Rañueles las playas son dos, una á Poniente y otra á Levante, para acoger al sol cuando llega y despedirle cuando se va, amplias las dos y bien guardadas por baluartes de negra roca. Sobre la playa que mira á Poniente se abren las bocas de la mina: el rojo del hierro va derramándose cantil abajo y ensangrienta la arena de la orilla. Sobre la arena está el embarcadero del mineral; es un artilugio de madera sostenido en pilotes embreados. El agua espumante llega al primer pilote, y ante él, como asustada, retrocede; torna á acercarse y á retroceder; pero viene otra ola y se estrella brava contra el pilote, lamiéndole con lenguas de espuma: y la siguiente se rompe también y escupe más alta la blanca crestería; y la que viene en pos de ellas es invasora y rodea el pilar, y satisfecha se desparrama, tomando posesión del terreno que se tiende á sus pies; de pilote á pilote hay arenas doradas, y arena adelante el agua sigue caminando, y marca su camino con curvas glaucas y festones blancos; y llegada al segundo pilar, vuelta á los asaltos y retrocesos y salpicaduras, y vuelta á rodear el embreado leño y á tenderse á sus pies y á seguir el camino arena adelante hasta el cantil; el agua salta sobre los arrecifes que están al pie del murallón; allí suscita fragores temerosos, rugidos y cantos, como de fieras, como de mitológicos monstruos marinos, y las crestas de roca, negras y ásperas, surgen sobre la espuma y parecen moverse á compás del agua. En lo más alto del peñasal un hombre en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempla el trajinar de la marea. Ve cómo el sol declina y se hunde, cómo las aguas claras



GUERRA RUSSO-JAPONESA: Tristeza y miseria de la retirada rusa en Manchuria

se tornan grises, cómo se inquietan, cómo invaden la playa, y saltan sobre los arrecifes negros; oye su murmurar primero y su rugir después; respira el aire fresco que deja en los labios sabor de sal y en las ropas humedad pegajosa. Así hasta que llega la noche: entonces con larga y amorosa mirada se despiden del mar, y lentamente entra en el pueblo; este hombre, que es minero, ha sido muchos años pescador y tiene amores con el mar y viene a contemplarle todos los días a la hora del crepúsculo. Es un gran poeta que ha nacido en Rañueles del Monte, y que no hace versos porque nunca ha aprendido a leer ni a escribir.

VIII

La noticia ha corrido por el pueblo como riada de primavera: «Juancho el de Celesta vuelve de América.» Coméntase el suceso en la bolera y en la mina, y sobre el mar en las barcas que van a la pesca, y en la playa de a Oriente, donde los aldeanos recogen las algas, y en la de a Poniente, donde los mineros empujan las vagonetas para cargar el vaporín; y al anochecer las mozas piensan vagamente en aquel Juancho que ha de venir, mientras trenzan su danza monorrítmica, puestas en corro, al compás de la canción que dice:

¡Vengo de la Habana, madre!
¡Vengo de la Extremadura!

Celesta vive aquellos quince días en imponente agitación. Con señá Juana la de Rodas, no cesa el cabildeo ni un instante:—Que hay que arreglar el cuarto para Juancho; que si la sala que mira a la bolera; que si el gabinete que mira al corredor; que si cama de hierro; que si colchón de muelles; que si sábanas de puntilla. Afortunadamente, la tendera sabe de agasajar huéspedes, porque antaño en su casa estuvieron viviendo cosa de un mes los

ingenieros que vinieron a inspeccionar la mina, y la sala—al cabo es la sala la elegida—queda dispuesta como por mano de ángeles; el toldo reluce bajo bruñida capa de cera; las paredes deslumbran de blancas, y en ellas campan hasta cinco cuadros con marcos de caoba, con vistas de mares y de barcos; en los balcones hay sendas cortinas de algodón rojo, y las almidonadas puntillas del lecho tienen pompa imperial. En un palanganero de madera hay una diminuta jofaina de loza, y pendiente del clavo, junto a él, una toalla—lujo exorbitante—de luengo pelo y franja azul.

—Ea, a cerrar, que no se empolve, y ya puede venir cuando quiera.

—Contenta estarás, mujer.

—Sí que lo estoy.

—¿Casóse Juancho en Cuba?

—Soltero vuelve como se fué.

—¡Mira tú que es suerte!

—Sí que la es.

—Porque ya no se casa, digo yo; y, ¿a quién le va a dejar lo que tiene?

—Bien puede que se case.

—Viejín es ya.

—¡Qué dices, mialma! Cincuenta años cumplió por San Juan; para un hombre, la flor de la vida.

—Y que cuentan que va a hacerse una casa a estilo de Madrid.

—Sí que lo cuentan.

—Pues, mira, en aquel castañeo que tengo yo, según se va a la ermita, no estaría fea.

—¡Qué había de estar, mujer, qué había de estar!

IX

Madrugó el sol aquella mañana, que fué la del día 20 de julio; asomó hinchado y rojo sobre las lomas que están a Oriente, camino de

Luanco, y fué subiendo y derramando luz sobre los prados que cubren el declive, felpudos y frescos, y enredándola entre las greñas de las zarzas que hay sobre las cercas; declive abajo vino la luz a caer en la playa y aquí fué su gran fiesta; por medio de la playa entra un río en el mar; es un río manso, de aguas pocas y silenciosas, que están tendidas sobre la arena con gesto de molicie; allí está la casa del molino. La luz del sol cayó sobre las aguas perzosas y nacieron en el cauce rebrilleos de plata y de oro; y también las arenas rebrillearon; creo que estaba bajando la marea é iban las olas en su retirada rizando el suelo en curvas amplias y simétricas; sobre el lomo de cada curva suscitóse un filete de luz, y el suelo, empapado, era como sábana de oro fundido; había a trechos reflejos color de sangre, y los ásperos arrecifes negros se anegaban en tintas violetas; las algas prendieron a su carne fantástica todas las rosas del amanecer; el mar, que era uno con el cielo, se alegró como el cielo, porque salía el sol, y sus aguas, alborozadas como niñas, dijeron sus mejores canciones. El sol seguía caminando, trepó desde la playa monte arriba plateando el maíz; las umbrías de castaños y pomares no le dejaban penetrar; pero él ponía su clara sonrisa sobre el ramaje, y las frondas cantaban de gozo; cantaba también el coro de los pájaros.

Ya llegó a la planicie; en los muros grises de las casas viejas puso filetes empurpurados, y en las nuevas, pintadas como barcas, fundió lo agrio de los colorines bajo una dorada niebla de luz. En el barranco, poblado de pinos, hubo como un acorde de arpas, un suspiro profundo de la tierra, y en la espadaña de la iglesia cantaron las campanas la salmodia madurina.

Entonces, sobre la misma loma por donde asomó el sol, aparecieron hombres y caballos y se acercaron á Rañueles, siguiendo el camino que la luz poco antes siguiera. Descendieron los declives verdequeantes, serpenteando entre las cercas; entraron en la playa; llegaron á la casa del molino; aunque venían á buen paso, cuando se detuvieron un instante á la orilla del río iba más que mediada la mañana, y entonces algunas gentes que atisbaban desde las alturas de Rañueles, pudieron distinguir que los caballos eran tres y dos los hombres, porque el tercer animal venía cargado con sacos y maletas; era el uno de los jinetes, al parecer, alto, flaco, y tieso; venía, vestido á lo señor, traía un sombrero de paja fina, de chata copa y profusas alas, y, como se vió al entrar en el pueblo, traía la cabeza como ramo en jarra, embutida en negra, durísima y lustrosa corbata; cabalgaba marcial y erguido, como de sí mismo satisfecho, mirando en torno suyo á la tierra y al mar, como si de ellos tomase posesión y asentase dominios sobre sus verdes, espumas y espejos, y, sin duda, hablaba con voz campanuda al jinete su compañero, si bien las gentes apostadas en su espera aún no le alcanzaban á oír.

El compañero del pomposo señor era Quico, el hijo de Celesta, con lo cual queda dicho que el que tan satisfecho llegaba era Juancho, el tío de la Habana, la mina viviente, esperanza y gloria de la menesterosa familia.

Quico venía delante con resignado caminar, cabizbajo y meditativo, como si la grandeza de su tío le anonadase, porque era de tal naturaleza la expansión de orgullo del indiano, que no parecía posible que pudiera vivir á su sombra otro gozo que el suyo. Así subieron la peñascosa senda monte arriba; los aldeanos salían de los huertos y prorrumpían en bienvenidas no exentas del cierto soborillo socarrón que es peculiar á la gente asturiana. Juancho pronunciaba en retorno frases pomposas, como fragmentos de un discurso que viniese rumiando, y pasaba; el caballo, que era medianejo, no acertaba con la actitud gallarda propia de la ocasión, y á pesar de los espoleos y tirones de brida con que le hostigaba el indiano, persistía en inclinar hacia tierra la testa melancólica y en alargar el flácido pescuezo para alcanzar las hierbas que á orilla del camino verdeaban; llegados al recodo y á la fuente, el animal se obstinó en beber, era testarudo, y nuestro Juancho se vió obligado á detener la marcha. Erguido sobre el penco, que se descoyuntaba para hundir el morro en la corriente, tendió la vista en torno y dijo al mancebo con voz dominadora:

—¡Buen castaño!

—Bueno, sí señor—respondió dócilmente el fascinado Quico. Es de señá Juana la de Rodés.

—¿Y aquella huerta de la derecha?

—También de señá Juana, señor.

—¿Y aquel maizal grande que vimos subiendo?

—También suyo, señor, y la pación de allá arriba, y usted no sabe cuánto monte; quiere decirse que es como si fuera la reina del pueblo y que no hay quien campe más que ella.

Resopló el indiano, irguióse más y más, el jipijapa adquirió majestad de corona y la corbata reflejos acerados como de armadura, y dijo mayestáticamente:

—¡Eso lo veremos!

Entonces, como el jaco terminó de beber, siguieron la marcha.

X

La esplanada en que desemboca el camino y que es como plaza en aquel pintoresco Rañueles del Monte, está rumorosa y vibrante con el hormiguear de todo el pueblo que espera al indiano; los pañuelos blancos en las cabezas de las muchachas son como alas de gaviota,

porque el viento los hincha y los levanta, haciéndolos aletear; el charloteo de las comadres es tenue é incesante, como susurro de un maizal, y los chiquillos retozan entre las faldamentas femeniles y chillan y se enraciman y se desparraman, sembrando en la callejera solemnidad la alegría de su desorden. Subiendo la cuesta aparecen las amarillas alas del sombrero de Juancho; luego, bajo ellas, el rostro moreno y tostado; después la corbata inflexible y el tieso busto, y al fin el caballo melancólico. Ante la aparición del esperado, la multitud calla; acaso hay en su silencio asomos de desilusión; acaso es poco el héroe para la epopeya. Juancho, sin duda preparado al lance, saluda descubriéndose: entonces, libre del jipijapa, muéstrase la calva deslumbradora; es color de marfil, y tan pulida, que la luz en ella se quiebra y se irisa; circunda su blancura tenue colgante de cabellos entre negros y grises; la frente está marchita, pero los ojos tienen llamas y es la boca en el rostro moreno extraña flor roja que está pregonando sensualidad.

Del grupo silencioso sale una hembra con arranque épico. Tiende los brazos, yergue la cabeza y grita: «¡Juancho, hermano!», con voz aguda. Es Celesta. El indiano majestuosamente echa pie á tierra; hay abrazos y lágrimas por parte de ella, ademanes de condescendiente abandono por parte de él: luego la presentación de rapaces: Este es Celestín, el retrato vivo de su padre, y esta Rogelia, la más chica, que se da un aire á madre que esté en gloria, y bien apañada que es; ese otro es Juanín, que es tu ahijado, aunque tú no lo sepas: besa al padrino, neno; así, en la mano.

El pueblo, como coro de tragedia, contempla aprobador las expansiones de los héroes y se conmueve y salen de él rumores que son, como las voces de la naturaleza, elocuentes por incomprensidas. Celesta triunfa y se yergue con altivez ingenua, penetrada de la importancia de su papel; sus hijos hacen muecas á los otros rapaces, engreídos por el ilustre parentesco.

—Y de Quico, hombre, no me dices nada; ¿qué te pareció?

El indiano recorrió el grupo familiar con mirada escudriñadora.

—¿No me dijiste en una carta que tenías una hija moza? ¿Por qué no ha venido?

Celesta, en su gozo, se había olvidado de Malia; atarugóse sin acertar con la respuesta conveniente; luego escudriñó en torno. Malia no parece.—¡Pero dónde estará esa rapaza! Hay para matarla; tú Rogelia, Juanín, ¿dónde está Malia?—Rogelio y Juanín se miran, sonríen y callan. Celesta, furiosa, zarandea á sus hijos; al cabo la nena responde con graciosa media lengua:—Dice que no quiere venir porque le da vergüenza.—Una comisión sale en busca de la vergonzosa doncella; y al cabo viene entre el coro de sus amigas, roja como una roja amapola, con la vista en el suelo y el pecho palpitante, más bonita que nunca. El tío le acaricia el terso rostro con morosa delectación:—Mírame, mujer, no tengas miedo, levanta esos ojos,—y cuando ella obedece el mandato y le mira con aquellos ojazos que no se sabe si son azules como el cielo ó verdes como el mar, el bueno del tío se queda turulado y dice sin saber lo que dice:—Vaya, mujer, que eres lo mejor de la familia.

El coro aplaude, el indiano se ríe, y Malia, desahogada, rompe á llorar.

XI

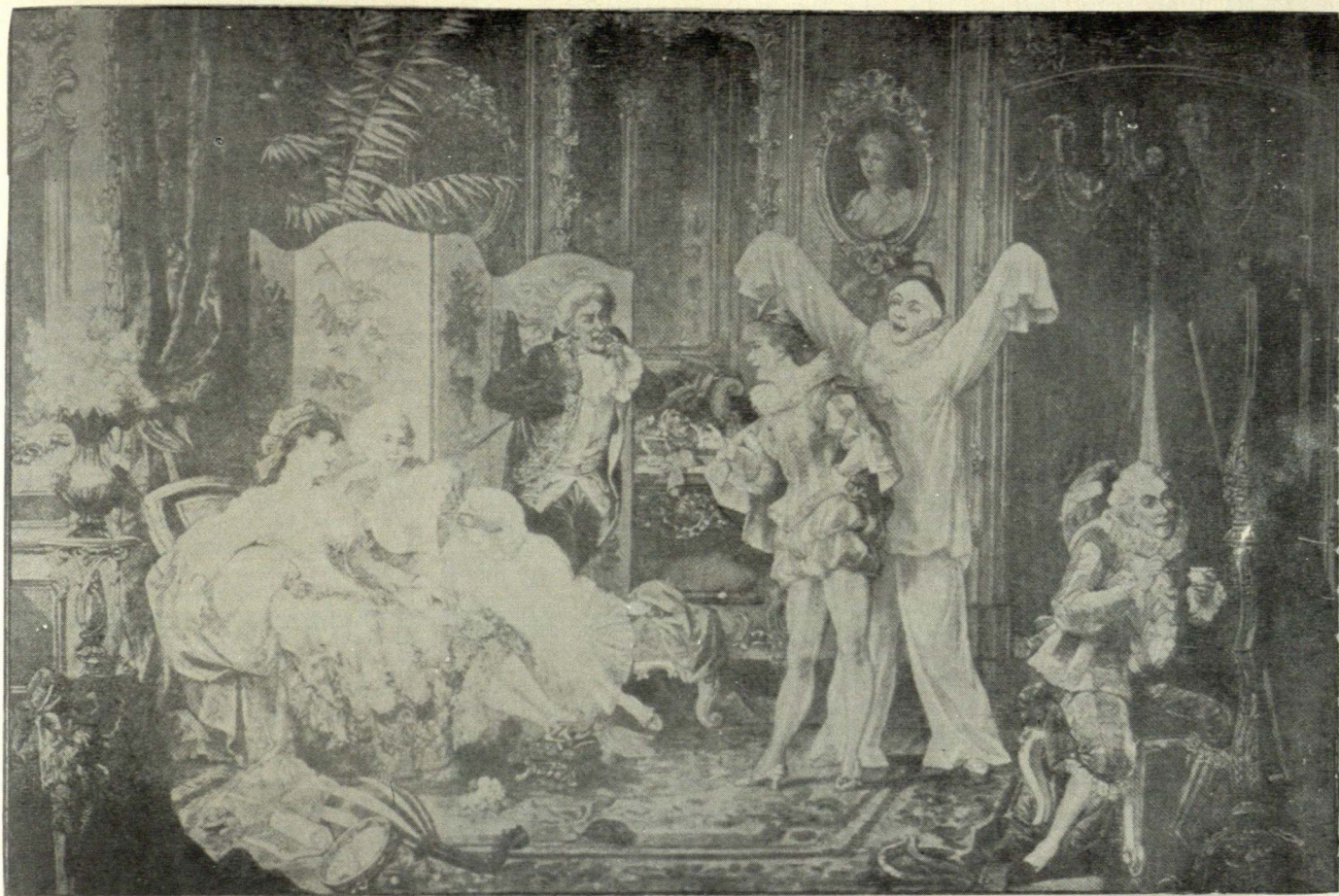
Aún no hace un mes que llegó al pueblo Juancho, y ya Celesta gasta saya de merino negro y pañuelo de talle con flecos; Quico tiene calzones de pana y fuma del estanco; Celestín y Juanín y Rogelia calzan botas traídas de Gijón. En el castaño de señá Juana están edificando la casa del indiano: ha de ser la fa-

chada toda de piedra con balconada y pórtico, profusa en herrajes y cristalería; por la parte del Norte que mira al mar, tendrá una galería cubierta á estilo de las tierras en que el dueño vivió, y al pie de ella habrá un jardín con flores. Para peras, manzanas, alubias y coles ya está el huerto camino de la playa, que ha comprado Juancho al señor capellán; para maíz, los maizales de más abajo, y para leña, el pedazo de monte que ya también es suyo; amén de los tres prados en que pacen hasta media docena de vacas rojas.

Juancho—Don Juancho, como le llama el pueblo—ha hecho á la iglesia de Rañueles una singular donación: es una lámpara votiva, dorada y refulgente, que tiene la figura de un buque de alto bordo; tiene profusas velas de esmalte blanco, casco bruñido, complicadísimo mascarón, escalas y jarcias de primoroso trenzado y cuatro fanales que son cuatro lámparas, dos verdes y dos rojas; en el casco hay grabada una inscripción romántica que dice como don Juan Moriedes, después de cruzar mares y de juntar fortuna en tierras lejanas, volvió á la suya á disfrutarla en paz, y de todo ello da gracias á Dios. Esta donación épica ha hecho venerable en Rañueles el nombre del indiano, y no menos exaltación de orgullo satisfecho ha causado entre pescadores, mineros y aldeanos la erección en la playa que mira á Oriente de una caseta para baños, lujo hasta entonces desconocido en aquel buen rincón de tierra asturiana, donde los escasos bañistas se contentaban para guarda de pudores con las naturales grietas del acantilado.

Este largo día de agosto, levántase el indiano bien de mañana; el campo está fresco y huele á salud; el cielo claro, la tierra jugosa; los pájaros tienen ganas de cantar. Juancho, con reposado andar, baja por la senda que hay entre huertos y maizales y llega á la parroquia en el momento en que tocan á misa; óyela con devota ostentación de hombre acomodado y eminente que siente su deber de dar ejemplo, y una vez finado el servicio sale al pórtico donde charla con el capellán. Por donde vino vuélvese al pueblo; las moras le ofrecen su pulpa jugosa; las madresejas mecen en honor suyo los marfileños incensarios de sus corolas; la menta humilde se despepita por suscitar desde los ribazos bocanadas de buen olor. Ya en el pueblo, don Juan va á ver las obras del palacio; los blancos cimientos salen de la tierra como huesos desenterrados; desde aquella altura se alcanza á ver el mar, sobre cuyas aguas, muy lejos, está flotando una escuadrilla de lanchas de pesca. En cabileos con el maestro de obras húyese la mañana y llega con el mediodía la hora del yantar. La comida es solemne, servida por Celesta y señá Juana Rodés, sentado el indiano á la cabecera de una larga mesa que extiende ante él su soledad. El héroe come reposadamente, y las mujeres, entre plato y plato, le piden cuenta cosas de *aquellas tierras*.... ¿Es verdad que las gentes de la Habana son negras como el tizo? ¿Es verdad que las señoritas se pasan los días tendidas en la hamaca dándose aire con el abanico? ¿Es verdad lo de la gran calor? ¿Y lo de que esos picarones del Gobierno vendieron á Cuba por un montón de duros?

Juancho á todo responde con pausadas y medidas palabras: Esto es cierto, aquello no lo es; en lo tocante á vender la isla habría mucho qué decir y no poco qué callar; por sí ó por no, más vale callarlo todo. Entre tanto chupa un substancioso alón; á señá Juana no se le escapa la satisfacción del huésped, y exclama en un arranque de patriotismo *suí generis*: ¡Cosas buenas habrá en aquellas tierras, digo yo; ¡pero lo que es gallinas como las de Rañueles!.... A doce reales tengo vendidas más de veinte para la feria de Avilés.



C. SCHWENINGER: Antes del baile de máscaras

Después de bien dormida la sabrosa siesta, sale el indiano á dar un paseito; atraviesa las calles silenciosas donde algunos chiquillos, sentados á lo turco á la sombra de las paredes, alzan la voz en demanda de una perrina. Don Juan es pródigo en moneda de cobre y por ende muy popular entre la chiquillería de Rañueles. Junto á la última casa del lugar empiezan las praderas; va el buen Don Juan atravesándolas, complaciéndose en hundir los pies en la blandura fragante de la hierba; las vacas que halla á su paso quedan un instante mirándole melancólicamente y tornan á pacer; se han suscitado algunas nubecillas y su sombra va y viene sobre el verdor del suelo y sobre el lomo rojo de las vacas. Pasadas las praderas hay un camino vecinal que va á la ermita de San Bartuelo; una vieja y un asno pasan por él.—Muy buenas tardes, señor Don Juan. Más allá del camino hay una cerca de pedrusco. Don Juan la salta y entra en el pinar, que por esta parte tiene pocos pinos, y no muy grandes; la frondosidad está más lejos, tierra adentro.

Es el pinar como mirador grandioso que da sobre el mar; desde él se ve la playa de la mina con su embarcadero y sus arenas ensangrentadas, y las barcas de pesca que descansan sobre ella y aún mucho más allá el temeroso monstruo marino que finge la mole del cabo de Peñas. El suelo está acolchado de hierba fragante; las briznas caídas de los pinos le mullen y aroman el aire. Don Juan saca el reloj, que es de oro y tamaño, y aun creo que con piedras en la tapa, mira la hora, sonríe, luego escudriña el camino por donde llegó como en espera de algo; de pronto, tiéndese en el suelo cuan largo es, y se recata tras el tronco de un pino. Oyese entonces como un eco lejano de risas frescas que se va

lentamente acentuando; á las risas únense luego voces pueriles; ya se distinguen las palabras. A poco cruza el camino vecinal un grupo de chicuelas; son cinco de entre siete y doce años, y viene con ellas la arrogante Malia. Vanse á bañar y todas llevan sobre la cabeza el atillo de ropa; vienen charlotteando como pájaros. Malia es amiga de los niños, porque es muy buena y muy mujer; siempre va acompañada por numerosa corte de rapazas; todas aquéllas tiénenla por madre espiritual, y ahora, bajo su dirección, aprenden el arte natatorio. En el rostro de Malia hay una inagotable sonrisa, y sus ojos claros miran tan reposadamente las cosas que parecen penetrar su secreto; tiene la voz vibrante, hecha para sonar al aire libre, y es toda ella cariciosa; pasa con sus amigas las chicuelas bordeando el pinar, y por un senderito que va serpenteando en la roca se encamina á la playa; las niñas, unas la siguen y otras la preceden entre risotadas y resbalones. El indiano se arrastra hasta el límite mismo del pinar y allí queda, la vista á pico sobre la playa, donde en aquel momento el grupo de bañistas desem-boca. Las chicuelas por previa providencia se descalzan, hunden los pies en la arena húmeda y gritan de gozo al sentir su frescor; así van corriendo de un lado para otro. Malia las reúne y aquietas: es preciso buscar refugio para desnudarse; una á una visitan las hendiduras del acantilado y vanse acomodando en ellas, escasas de pudor como inocentes ninfas. Malia ha escogido la más honda; en la abertura, sujeta con guijarros un lienzo blanco que se hincha con la brisa; allí está prisionera en la estrecha prisión de roca brava con la cernida arena por tapiz y el cielo por techo. Primero se santigua; luego, lentamente, porque el rumor del mar parece que la arrulla con pere-

zo halago, va descubriendo el blanco tesoro de su cuerpo, las piernas largas como de diosa, los brazos robustos, la curva de los hombros que es como de mármol, el arranque del pecho que es arrogante y promete glorias con su firmeza. Y sobre el tesoro las miradas golosas del indiano, que sorbe con apresuramiento bocanadas de aire, como si la brisa que sube trajese hasta él la fragancia de aquella carne deleitadora. Malia se viste un saco de estameña parda, atraviesa corriendo la playa, refrena el paso al sentir la frescura del agua y va entrando en el mar lentamente. Las chiquillas la siguen, todas á un tiempo se chapuzan y hay alboroto de risas, de voces, de juegos; el agua rota inunda los rostros, baña las cabezas; las bañistas se yerguen á veces y la tela mojada modela los cuerpos, gráciles y esbozados aún. Malia se pone en pie también—el indiano apenas puede respirar,—y lentamente va saliendo del agua y cruza la arena y vuelve á la grieta de la roca.

XII

Vereda arriba caminan despacio, un poco fatigadas por el batallar con las olas, mordiendo sendos pedazos de pan, y entre bocado y bocado charlan como siempre:

—¡Qué calentina estaba el agua!, ¿verdad tú?

—Mira qué blancas se ponen las manos cuando se sale de la mar.

—Y aquí las yemas de los dedos parece que se quedan huecas.

—Y están muy arrugadas. Oye tú, Malia, ¿por qué será?

—¿Cuántos baños llevas? Yo tres.

—Y yo cuatro.

—Yo llevo ya siete; pero voy á venir todas las tardes mientras venga Malia.

—Pero has de ser formal; ayer por poco te afuegas, y no quiero sustos.

La más pequeña grita:

—¡Mira tu tío, Malia!

—Don Juancho, Don Juancho—dice el alegre coro.

Don Juancho está sentado en un ribazo á orilla del camino.

—Buenas tardes, nenas,—y clava los ojos en Malia. Malia está un poco pálida, tiene los ojos muy brillantes; el pelo, con la humedad, se le ensortija más y más; algunos rizos le caen sobre la frente y otros se alborotan sobre la nuca fresca; anda rítmica y blandamente, como si aún la estuviesen meciendo las olas; y la ropa como que se le fuera pegando al cuerpo; el indiano piensa en la frescura que habrá dejado el agua sobre la piel de seda.

—¿Va usted á bañarse?—pregunta una.

—De los cuarenta para arriba.....—responde otra, y se oye un formidable coro de risas.

El indiano se ríe también, aunque de mala gana, y se pone en pie.

—Ea, ya que volvéis á casa os voy á acompañar. ¿Quieres, Malia?

Ella hace un mohín de indiferencia.

—No seas arisca, mujer,—y se pone á su lado; prosiguen el camino en silencio, que rompe el tío melosamente.

—Qué bonita te pones cuando sales del agua.

—¿De veras? replica ella con no poca sorna.

—Y eso que no lo necesitas porque eres fresca como una rosa.

Malia no contesta; el indiano calla; sube un poco de brisa y alborota los rizos aquéllos que están sobre la nuca; ¡vaya una tentación! La mano de Don Juancho se enreda en un rizo. Malia grita con susto, y de un salto se pone á cuatro varas.

—No te asustes, mujer tartamudea el tío;—es que te vi una araña corriendo por el cuello.

Llegando á los prados, las chiquillas se desparrraman en busca de moras, y una de ellas grita de lejos:

—¡Malia, cástate con Don Juancho que tiene pesetas!

—¿Oyes lo que dicen?—balbucea el caduco galán.

La moza, por toda respuesta, echa á correr detrás de sus amigas y le deja frescamente plantado.

XIII

Está el día nublado y bochornoso, con calor á un tiempo de horno y de estufa, y se sienten venir en el aire presagios de tormenta. Malia está en el huerto desde bien temprano lavando ropa; trabajó á conciencia toda la mañana, remangados los brazos, las manos en el agua, cantando á plena voz; pero va llegando el mediodía, y el calor que arrecia le produce cansancio; detiénese un instante, enjúgase las manos, crúzalas elevando los brazos junto á la nuca, echa el busto atrás, reclinándose en no sé qué apoyo ideal, cierra los ojos; al abrirlos de nuevo, páranse en un manzano cargado de fruta. Malia va hacia el árbol, escoge con morosidad golosa é hinca el diente en la roja manzana; luego piensa que no estaría demás descansar un ratito y se sienta en el suelo al pie del árbol; primero se recuesta en el tronco, luego la tierra parece que va tirando de ella con caricia invencible, y acaba por tenderse cara al cielo con los brazos en cruz; entre la enmarañada ramazón del manzano, se alcanza á ver el cielo, que está azul pálido, tirando á gris; pero hay en él una refulgencia extraña y molesta que casi le obliga á entornar los párpados. ¡Qué pegajosa está la luz! Diríase que el aire tiene calentura. Gracias á que el manzano es copudo y da buena sombra, no corre viento, pero las ramas se mueven un poquito, y así las sombras se mueven también y Malia siente la fres-

cura de su ir y venir paseándole frente y mejillas; cuando las sombras llegan á posarse sobre los párpados, parecen de plomo según lo que pesan y lo bien que se está con los ojos cerrados. Hay un runruneo monorítmico. Malia no sabe si es el aire que vuela ó si es alguna abeja que estará entre las ramas del manzano..... ¡qué importa!..... el caso es que aquel runruneo es como canción de madre junto á la cuna, adormidora y cariciosa. Malia piensa que la tierra también tiene brazos de madre, y luego imagina que sería feliz arraigando en ella como los árboles, viviendo de su jugo sabroso, sintiendo sobre el cuerpo el frescor de la lluvia como el manzano sobre las hojas. El pasar el aire sobre los labios es tibio y sabe á guindas y á besos. La luz se mete ojos adentro, aunque los ojos estén cerrados, y sobre un fondo negro enfilan sartas de estrellas de oro; luego el oro es el fondo, y son las sartas de cuentas negras; luego, sobre azul, rosarios de lágrimas bermejas; luego, sobre rojo, manchas verdes que no tienen forma; luego la luz se apaga y hay una oscuridad que no se sabe si es negra ó violeta.

Los runruneos que andan por el aire pierden su indecisión, parece que se ajustan al ritmo de un sueño que pasó hace mucho tiempo; Malia no sabe lo que soñó, ni cuándo lo soñó; pero sí sabe que su sueño tiene la voz de aquel rumor; el cual, lentamente se precisa y parece una voz, una voz muy lejana que se acerca, que viene á su lado, que la llama quedito: «Malia, Malia.»

Y abre los ojos á tiempo que una mano aprisiona la suya.

—¡Malia!

—¡Jesús, María y José! ¡Qué susto! ¿Es usted, tío Juancho?

—Sí, yo, no te alborotes, sigue durmiendo.

Malia intenta levantarse, pero el sueño y la tierra la tienen presa.

—Te digo que duermas, mujer; así me gustas, con los ojos cerrados; no tengas miedo, que yo te quiero bien y más de lo que tú te figuras. ¿Sabes lo que te digo, rapaza? Que tú también me quieres á mí; no lo sabes, pero me quieres, ¿verdad que sí, Malia? ¿verdad que sí?

El viejo habla quedito, con voz meliflua, con entonaciones mansas que trajo de las tierras del sol. Malia no sabe lo que oye y le deja decir; son aquellas palabras como un halago más de aquel su delicioso medio sueño, como la sombra que le acaricia el rostro, como la brisa, como el runruneo del aire, como la fragancia sabrosa de la tierra.

—No sabes tú lo bueno que es quererse como Dios manda. ¡Miren qué manezuca de reina tiene mi aldeana y qué boca de rosa! ¿Quieres que te dé un beso en esa boca?

Dicho y hecho. Ella sonríe sin abrir los ojos.

—¡Malia!—gritó oportuna la voz de Celesta, —busca á tío Juan, que ya está la comida.

Malia se incorporó de un salto; el buen señor la siguió implorante:

—Malia, Malita, quíereme, que me quieras, te digo; mira, esta noche te espero en el huerto, ¿bajarás? A las once te espero.

Malia, sin despertar del todo, desapareció entre los árboles, y entonces empezaron á caer, rebotando en las copas de los manzanos, las gotas de un chaparrón veraniego.

XIV

La tormenta, nutrida de lluvia, duró toda la tarde; vino pronto el crepúsculo; pero sucedió que el cielo, en lugar de oscurecerse, esclareció con la venida de la noche, y, barridas las nubes por el viento, lucieron las estre-

llas. No fue noche de luna; pero á la claridad del cielo se veían los árboles lavados por el agua, frescos y estremecidos; corrían también veredas abajo arroyos claros que iban bañando las zarzas por el pie; á intervalos caían gotas rezagadas de los aleros, de las ramas movidas por el pasar de un pájaro nocturno. El mar, aborotado por la lluvia, se daba el lujo de seguir rugiendo ahora que la lluvia pasó; y traían al pueblo, ecos de lontananza, el historial de sus furores al pie de las peñas; el murallón, en que se abren las bocas de la mina, chorreaba el agua mezclada con hierro, como carne viva que vertiese sangre. Lozano el huerto y fresco, parecía, con largos suspiros que eran estremecerse de hojas y desmoronarse de terrones al empaparse en agua, decir la voluptuosidad del apaciguamiento nocturno. Cuando las ramas se fueron secando, empezaron á despedir su aroma las madresevas, y sobre el verde oscuro, como una sospecha de color, se adivinó la pompa de unas rosas.

El alma de los huertos nace de noche, porque de día duerme al sol con el vibrar sonoro que suscita en el aire; de noche aroman las flores desdeñadas y se sueñan hermosas; de noche brillan los gusanos de luz; de noche se miran en el estanque las estrellas pálidas; de noche cantan los ruiseñores.

El pueblo poco á poco se va durmiendo; los ruidos callan; se cierran las puertas; alguien canta muy lejos una canción que parece triste; pasa un hombre solo, que va de prisa, y su paso resuena en el silencio con sonar casi trágico; ladran los perros agoreros, y el reloj de la torre canta con clara voz.

El indiano sale al corredor; la frescura fragante de la noche dice algo muy grato á su espíritu, aunque él no es poeta; la noche tiene voz para casi todas las almas, y como siempre que nos habla la naturaleza trasladamos nosotros el sentido de su lenguaje al idioma de nuestro deseo, creyó el indiano que aquella poesía de la noche era como heraldos de las venturas de su amor. La chiquilla, sabrosa y fresca como el huerto, era como dardo para su corazón, dardo causador de gustosas heridas, y el fuego de los labios de ella, se antojaba á su anhelo frescor matutino, y del halago de su esquivéz tomaba su mente dulces apoyos para fingir las glorias de la hora del triunfo.

El buen Juancho tenía su dicha por tan segura que iba retardando el momento con saboreo goloso y pueril. Será de esta manera y de la otra. Y fué tanta la fuerza de su imaginar, que creyó oír, junto con los suspiros de las hojas y las risas del agua en la tierra, suspiros y risas de la enamorada. ¡Suspiros y risas! Sí que sonaban, alternados, como perlas y rosas. Suspiros y risas, y bien cerca, en el huerto, casi debajo del corredor. Y era la voz de Malia, la reidora y la suspirante.

Escucha el indiano: con la voz de ella se trenzaba otra voz, y decían:

—¡Eso no, que ye mucho pecado!

—Pues si no pecaran tu padre y tu madre, eztábamos frescos.

—¡No seas fato, hombre!

Y luego más risas y más rumores, y el proseguir bajo las madresevas, sobre la tierra estremecida, de la dulce batalla; y vuelta al suspirar y al decirse ternezas, ingenuas y claras como flores silvestres.....

En tanto el indiano, de bruces sobre la balaustrada del corredor, primero con rabia, luego con pena, sintió como si á cada risa de las que en el huerto estaban sonando, se desmoronasen, fatídicos y necios, todos los montones de onzas que trajo de las tierras del sol.



En un codo del río fué la escena.
Después que con un cable en un madero
hubo atado su balsa, el buen remero
se quedó un punto en actitud serena.

Previó la noche, y, con el alma llena
de extraña angustia, consultó un lucero;
desenvolvió su canto lastimero;
contempló el río y se sintió una arena.

De repente, un caimán. El, con crispada
mano, el remo blandió; y el monstruo horrendo
le aprisionó con fiera dentellada.....

La balsa se volcó..... Cesó el estruendo.....
Después..... después, la linfa ensangrentada
borró la sangre y prosiguió corriendo!

JOSÉ S. CHOCANO.

ASPIRACION

¿Hacia qué playa tenderé la vela?
¿Hacia cuál Trapobana misteriosa,
A qué distante Ophir maravillosa
El rumbo fijará mi carabela?

Alejarse! Partir! es lo que anhela
La emigradora sed, que el alma acosa;
Alejarse! Partir! en la espumosa
Mar de zafir dejando una ancha estela!

Alejarse! Partir! á inexplorada
Thulé de bruma, Atlántida inviolada,
Vissapur ó Cipango de leyenda!

Ver nuevos horizontes, nuevas cimas,
Sentir el acre beso de otros climas,
Y en las Islas de Oro alzar mi tienda!

LEOPOLDO DIAZ

EN CENTRAL PARK

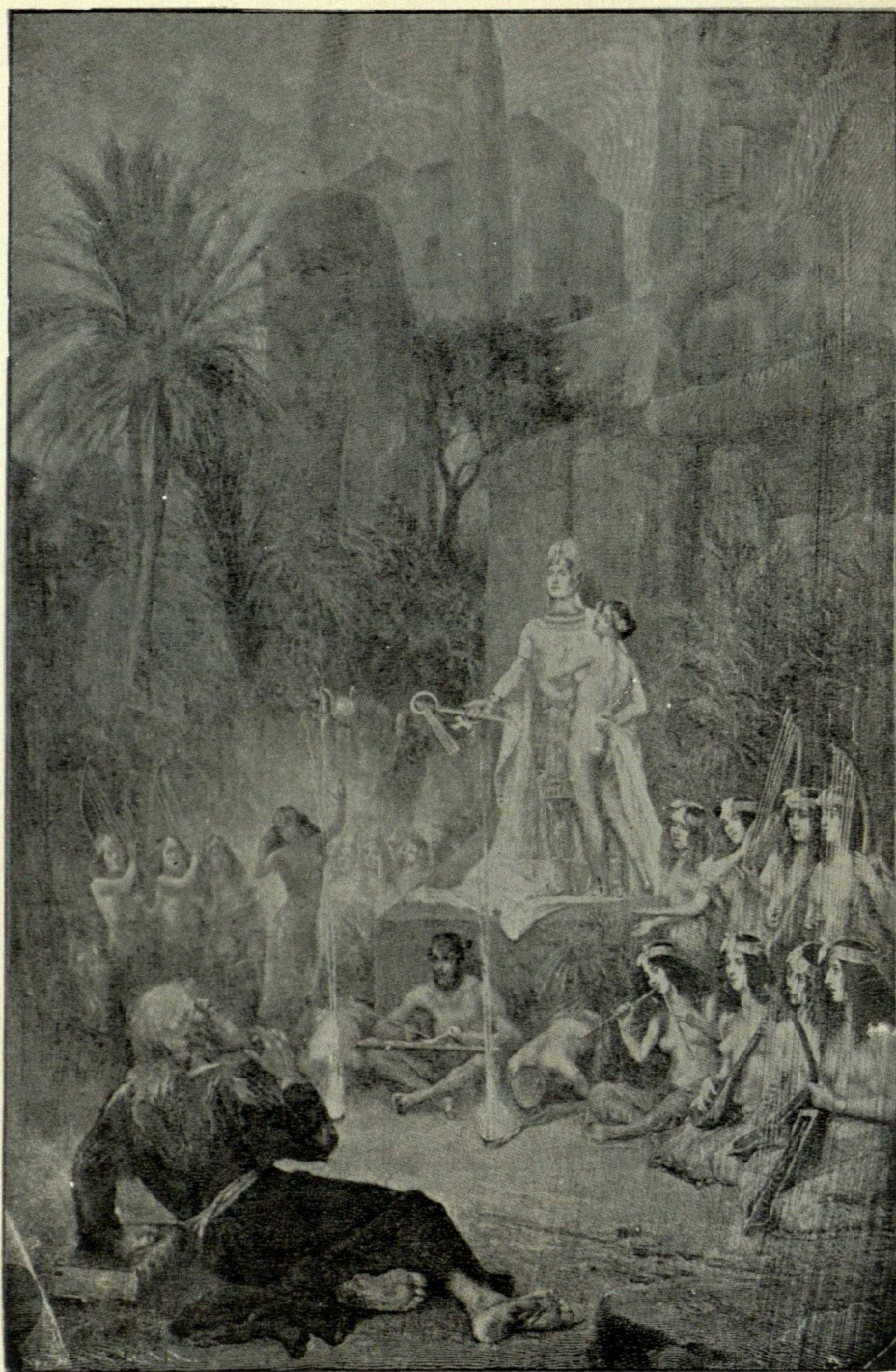
Por el parque, abstraída, bajo el cielo otoñal,
Donde puso la tarde palidez de marfil,
El semblante cubierto con un velo sutil,
De "La Quinta Avenida" va la flor ideal.

En contraste armonioso con lo obscuro del chal
Las mejillas resaltan, como rosas de abril,
Y parece, en su coche, Dogaresa gentil
Que en su góndola fuera recorriendo el Canal.

La adorable flor rubia de esta enorme Babel
Se confunde, á lo lejos, entre el rauda tropel
De las hojas marchitas, bajo el cielo otoñal;

Mientras sueña en su triunfo, cuando al brillo del sol,
En París, en "El Bosque," sea un áureo arrebol
De su muelle carruaje la corona condal.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



JEAN BRUNET: Tentaciones de San Antonio

EL MARTIRIO INTELECTUAL DE GUSTAVO FLAUBERT

Expresar gustos en oposición con sus gustos; dibujar ensueños contrarios á los de él, y describir sensaciones diferentes á sus sensaciones, y todo eso cumplido en un estilo pulcro y pulido que le han impuesto aquéllos sus gustos, sus sensaciones y ensueños, tal es la prodigiosa —insensata labor á la cual se ha amoldado estrictamente Gustavo Flaubert hasta el último momento.—Días y noches enteras gastábalas en el duro empeño de evocar personajes de romance que le causaban horror; en traducir á una prosa de luz y de belleza, las deformidades de la existencia mediocre, y gastábalas, en fin, luchando entre los lazos de su doctrina, sin poder nunca romperlos.

«¡Qué agradable sería para mí,—decía,—gritar lo que yo pienso, y aliviar al señor Flaubert con frases!... Mas, ¿cuál ó cuánta es la importancia del dicho señor?... *El hombre es nada; la obra es todo.*»

Paréceme que en esa breve fórmula están contenidos, á un mismo tiempo, el secreto de aquel largo martirio intelectual, y todo el error de tan formidable trabajo. ¡La obra es todo! Pero, ¿posee, acaso, la obra una existencia en sí misma, y diferente del espíritu que la produce? ¿No tiene, por ventura, la creación de un artista, por primera condición,—sea cuadro ó estatua, novela ó poema, un trozo de música ó arquitectónico,—ser la transparencia de una sensibilidad, ó mejor, la revelación directa ó simbólica de cierta alma? Y el valer

de esa alma así manifestada, no constituye el valer de esa revelación?

Véase, si no, cómo es ella, en los versos de Henrique Heine, por ejemplo, la efusión inmediata de un corazón que se deja ver hasta el fondo, y cómo en Shakespeare ó en Balzac, es la evocación de tipos diferentes del poeta, pero tan bien modelados á su imagen, que á través de su infinita variedad ó diversidad, se encuentra un aire de familia, un pequeño signo que descubre en ellos los hijos de un mismo padre, los animados ensueños de una misma fantasía!.....

Y justamente ha sido ese el gran descubrimiento de nuestra crítica moderna: haber puesto en claro el estrecho parentesco, ó digamos mejor, la identidad que existe entre el poeta y el poema, entre la obra y el artista.

Por las palabras, por las formas, por las semejanzas, por los colores, el artista relata su miraje del universo, su amarga y tierna manera de saborear la vida, de apetecer la dicha, de sufrir el dolor, y lo que nosotros llamamos el talento, reside en el yo no sé qué de indefinible que es la persona misma. La prueba de ello es, que, una vez desaparecida esa persona, aquel barniz ó colorido de talento, desaparece también, y desaparece para siempre.

No hay dos hojas exactamente iguales en un bosque, ni dos almas enteramente idénticas, ni semejantes, entre las almas; y lo que nosotros amamos en los grandes poetas de otras épocas, es la marca, es la huella de esa forma de alma para siempre abolida, dejada en una materia tangible; lo que amamos, es, la encantadora línea de la hojita de una hora, reproducida sobre una piedra que perdura, y la cual nos hace soñar indefinidamente.

Tal es la verdad contra la que Flaubert se declaró insurgente toda su vida. Se encaprichó en no querer referir nada de su propio corazón, y trasportó, sí, á un ídolo de abstracción, la obra, el culto que todo artista debe tener por esta realidad suprema: el Espíritu.

En vez de notar y considerar, en el desarrollo y perfección íntimos el hecho sólido y concreto, y en la página escrita sólo un reflejo, apenas una imagen concebía esta página como el objetivo único é independiente; de aquí que pueda considerársele, desde este punto de vista, como que llegó á realizar exactamente lo contrario de lo que fué el ideal de Goethe. Lejos de ser sus obras momentos felices de su pensamiento y los medios de su perfección interior, eran para él más bien mutilaciones y suplicios.

Sentíalo él con tanta amargura, que con frecuencia repetía:

—«Para escribir cosas buenas, es menester una cierta jovialidad de espíritu; ¡cómo hiciera yo para recuperarla!...»

Y si en seguida le dijéramos: que no escriba sino para complacerse á sí mismo, que deje vagar libremente su fantasía, que traduzca, en fin, su alma, y nos responderá con su cruel lacónica palabra: la disciplina.

«En el ideal que me he formado del arte, creo que el hombre no ha de mostrar nada de sí...»

¡Oh! noble é infortunado escritor! ¿Os figuráis que podéis ser el prosista que sois y que no os mostráis de cuerpo entero, con sólo la elección de vuestros

epítetos, con la cualidad de vuestro decir, con vuestra elocuencia, aún contenida y hasta aprisionada, si se quiere?

Y tanto es eso verdad, que en esa obra de voluntad que os habéis imaginado impersonal y científica, es vuestra persona, sois vos á quien vamos á rebuscar, á quien descubrimos, á quien compadecemos y amamos....

Y si no, ¿por qué, y con qué encanto nos seducen, en efecto, vuestros amargos romances? Pedimos, realmente, á *Madame Bovary*, nociones precisas sobre las costumbres provinciales? ¿Estudiamos, por ventura, en la *Educación Sentimental* la psicología de los burgueses del tiempo de Luis Felipe? ¿Acaso los experimentos de *Bouvard* y *Pécuchet* nos interesan en sí mismos?

Sin duda ninguna que la perfecta exactitud de observación se halla en ellos; pero, lo que da á esos libros su sabor de vida profunda, es que en ellos aparece una alma de hombre marchitada y nostálgica, atormentada y vencida, rebelde y violenta. Revelánnos sus ironías, la profundidad de sus heridas; su misantropía nos pone en capacidad de poder medir las alturas del ideal, de donde le ha sido indispensable caer; y nosotros nos complacemos en forjarnos para este intrépido escritor, rumbos, quizá, mejores.

Nos lo imaginamos, por ejemplo, libre de las trabas que se había impuesto á sí mismo, desplegando toda la porción positiva y amplia de su genio y redimido, á lo menos, de las torturas de su estética, puesto que sólo la muerte podía libertarlo de los tormentos de su corazón.

Mas, si tales hipótesis aparecen como seductoras, no son, en realidad, sino una de las formas de nuestra supina ignorancia. Ningún análisis podría determinar hasta qué punto, ó hasta qué grado pueden las enfermedades morales de un escritor separarse de su talento, sin que su talento pierda en ello. Casi no cabe duda, que el Flaubert curado, á quien transformamos de tal suerte en un artista dichoso, no habría compuesto jamás sus obras maestras!

PAUL BOURGET.
(De la Academia Francesa).

PAISAJE

A DIAZ GUERRA

Noche magnífica de Invierno; el solitario
Jardín solloza entre las vírgenes blancuras
De la nieve, y sueña bajo el frígido sudario
Con el beso del sol que fundirá sus amarguras.

Los árboles ateridos gimen; como un osario
Blanquea el bosque; por entre las escarpaduras
Del hielo, alza su frente lívida un campanario,
Que diseña en la sombra sus rebeldes alturas.

El viento lleva, como un asesino, mil puñales;
Las tristes ramas crujen cual sonoros cristales
Entre la tenue bruma, que un foco de luz besa;

La escarcha—como un polvo de nácar luminoso—
Desciende... Un trineo cruza el Parque silencioso...
Y á intervalos un ebrio canta... la Marsellesa!

J. I. VARGAS VILA.

Nueva York.

Retirado de los *negocios* después de cuarenta años de navegación con toda clase de riesgos y aventuras, el capitán Llovet era el vecino más importante del Cabañal, una población de casas blancas de un solo piso, de calles anchas, rectas y ardientes de sol, semejante á una pequeña ciudad americana.

La gente de Valencia que veraneaba allí miraba con curiosidad al viejo lobo de mar, sentado en un gran sillón bajo el toldo de listada lona que sombreaba la puerta de su casa. Cuarenta años pasados á la intemperie, en la cubierta de su buque, sufriendo la lluvia y los rociones del oleaje, le habían infiltrado la humedad hasta los mismos huesos, y esclavo del reuma, permanecía los más de los días inmóvil en su sillón, prorrumpiendo en quejidos y juramentos cada vez que se ponía en pie. Alto, musculoso, con el vientre hinchado y caído sobre las piernas, la cara bronceada por el sol y cuidadosamente afeitada, el capitán parecía un cura en vacaciones, tranquilo y bonachón en la puerta de su casa. Sus ojos grises, de mirada fija é imperativa, ojos de hombre habituado al mando, eran lo único que justificaba la fama del capitán Llovet, la leyenda sombría que flotaba en torno de su nombre.

Había pasado su vida en continua lucha con la marina real inglesa, burlando la persecución de los cruceros en su famoso bergantín repleto de carne negra que transportaba desde la costa de Guinea á las Antillas. Audaz y de una frialdad inalterable, jamás le vieron vacilar sus marineros.

Contábanse de él cosas horripilantes. Carcamentos enteros de negros arrojados al agua para librarse del crucero que le daba caza; los tiburones del Atlántico acudiendo á bandadas, haciendo hervir las olas con su fúnebre coleteo, cubriendo el mar de manchas de sangre, repartiéndose á dentelladas los esclavos, que agitaban con desesperación sus brazos fuera del agua; sublevaciones de tripulación contenidas por él solo á tiros y hachazos; raptos de ciega cólera en los que corría por cubierta como una fiera; hasta se hablaba de cierta mujer que le acompañaba en sus viajes, la cual desde el puente fué arrojada al mar por el iracundo capitán, después de una disputa por celos. Y junto con esto, inesperados arranques de generosidad: socorros á manos llenas á las familias de sus marineros. En un arrebató de cólera era capaz de matar á uno de los suyos; pero si alguien caía al agua, se arrojaba para salvarle, sin miedo al mar ni á sus voraces bestias. Enloquecía de furor si los compradores de negros le engañaban en unas cuantas pesetas, y en la misma noche gastaba tres ó cuatro mil duros celebrando una de aquellas orgías que le habían hecho famoso en la Habana. «Pega antes que habla», decían de él los marineros, y recordaban que en alta mar, sospechando que su segundo conspiraba contra él, le había deshecho el cráneo de un pistoletazo. Aparte de esto, un hombre divertidísimo, á pesar de su cara fosca y su mirada dura. En la playa del Cabañal, la gente, reunida á la sombra de las barcas, reía recordando sus bromas. Una vez dió un convite á bordo al reyezuelo africano que le vendía los esclavos, y viendo borrachos á la negra majestad y sus cortesanos, hizo como el negrero de Mérimée: desplegó velas y los vendió como esclavos. Otra vez, viéndose perseguido por un crucero británico, desfiguró su buque en una sola noche, pintándolo de otro color y cambiando la arbo-

ladura. Los capitanes ingleses tenían datos en abundancia para conocer el buque del audaz negrero; pero como si no tuvieran nada. El capitán Llovet, como decían en la playa, era un gitano de mar y trataba su barco como á un burro de feria, haciéndole sufrir transformaciones maravillosas.

Cruel y generoso, pródigo de su sangre y de la ajena, duro para el negocio y manirroto para el placer, los negociantes de Cuba le habían apodado el *Capitán Magnífico*, y así seguían llamándoles los pocos marineros de su antigua tripulación que aún arrastraban por la playa las piernas reumáticas, tosiendo y encorvando el pecho.

Casi arruinado por empresas comerciales, al retirarse de la trata se había metido en su casa del Cabañal, viendo pasar la vida ante su puerta, sin otra distracción que jurar como un condenado cuando el reuma le hacía permanecer inmóvil en su asiento. Por una respetuosa admiración venían á sentarse en la acera algunos de aquellos vejestorios que habían recibido de él en otro tiempo órdenes y palos, y juntos hablaban con cierta melancolía de la *gran calle*, como el capitán llamaba al Atlántico, contando las veces que habían pasado de una acera á otra, de África á América, corriendo temporales y chasqueando á los polizontes del mar. En verano, los días que no apretaba el dolor y las piernas estaban fuertes, bajaban á la playa, y el capitán, enardecido á la vista del mar, desahogaba sus dos odios. Odiaba á Inglaterra por haber oído silbar más de una vez las balas de sus cañones. Odiaba la navegación á vapor como un sacrilegio marítimo. Aquellos penachos de humo que pasaban por el horizonte eran los funerales de la marina. Ya no quedaban sobre el agua hombres de oficio; ahora el mar era de los fogoneros.

En los días tempestuosos del invierno, siempre le veían en la playa con la nariz palpitante olfateando la tormenta, como si aún estuviera sobre cubierta preparándose á resistir el tiempo.

Una mañana lluviosa vió correr la gente hacia el mar, y allá fué él, contestando con gruñidos á la familia, que le hablaba de su reuma. Entre las negras barcas encalladas en la orilla, destacábanse sobre el mar, lívido y cubierto de espumarajos, los grupos de blusas azules, las faldas ondeantes por el vendaval, con las que se resguardaban de la lluvia las mujeres. Lejos, en la bruma que cerraba el horizonte, corrían como ovejas asustadas las barcas pescadoras, con la vela casi recogida y negruzca por el agua, sosteniendo una lucha de terribles saltos, enseñando la quilla en cada cabriola, antes de doblar la punta del puerto, amontonamiento de peñascos rojos barnizados por las olas, entre los cuales hervía una espuma amarillenta, bilis del irritado mar.

Una barca desarbolada iba como pelota de ola en ola hacia la siniestra punta. La gente gritaba en la playa viendo á los tripulantes tendidos en la cubierta, anonadados por la proximidad de la muerte. Se hablaba de ir hasta la barca, de echarla un cabo, de atraerla á la playa; pero los más audaces, mirando las olas que se desplomaban llenando el espacio de polvo de agua, callábanse atemorizados. La barca que saliera daría la voltereta antes de mover un remo.

—A ver: ¡gente que me siga! Hay que salvar á esos pobres.

Era la voz ruda é imperiosa del capitán Llovet. Se erguía sobre sus torpes piernas, la mirada brillante y fiera, las manos temblorosas por la cólera que le infundía el peligro. Las mujeres le miraban asombradas; los hombres retrocedían, formando ancho corro en



General Linievitch, ex mandante en jefe de los Ejércitos rusos en la Manchuria

torno de él, que prorrumpió en juramentos; agitando sus manos como si fuera á cerrar á golpes con toda la chusma. Le enfurecía el silencio de aquella gente, como si estuviera ante una tripulación insubordinada.

—¿Desde cuándo el capitán Llovet no encuentra en su pueblo hombres que le sigan al mar?

Lo dijo rugiendo como un tirano que se ve desobedecido, como un dios que contempla la huida de sus fieles. Hablaba en castellano, lo que era en él señal de ciega cólera.

—*Presente, capitán*—gritaron á un tiempo unas cuantas voces temblonas. Y abriéndose paso, aparecieron en el centro del corro cinco viejos, cinco esqueletos roídos por el mar y las tempestades, antiguos marineros del capitán Llovet, arrastrados por la subordinación y el afecto que crea el peligro afrontado en común. Avanzaron unos arrastrando los pies, otros con saltitos de pájaro, alguno con los ojos muy abiertos mostrando en las pupilas la vaguedad de la ceguera senil, todos temblorosos de frío, con el cuerpo forrado de bayeta amarilla y la gorra calada sobre dobles pañuelos arrollados á las sienes. Era la vieja guardia corriendo á morir junto á su ídolo. De los grupos salían mujeres y niños que se arrojaban sobre ellos queriendo detenerles.—*¡Agüito!*—gritaban los nietos.—*¡Padre!*—gemían las mocetonas. Y los animosos vejetes, irguiéndose como los rocines moribundos al oír el clarín de las batallas, repelían los bra-

zos que se anudaban á sus cuellos y piernas, y gritaban contestando á la voz de su jefe:—*Presente, capitán*.

Los lobos de mar, con su ídolo al frente, abriéronse paso para echar al mar una de las barcas. Rojos, congestionados por el esfuerzo, con el cuello hinchado por la rabia, sólo consiguieron mover la barca y que se deslizará algunos pasos. Irritados contra su vejez, intentaron un nuevo esfuerzo; pero la muchedumbre protestaba contra su locura, y cayó sobre ellos, desapareciendo los viejos arrebataados por sus familias.

—¡Dejadme, cobardes! ¡Al que me toque lo mato!—rugía el capitán Llovet.

Pero por primera vez aquel pueblo, que le adoraba, puso la mano en él. Le sujetaron como á un loco, sordos á sus súplicas, indiferentes á sus maldiciones.

La barca, abandonada de todo auxilio, corría á la muerte dando tumbos sobre las olas. Ya estaba próxima á los peñascos, ya iba á estrellarse entre torbellinos de espuma; y aquel hombre que tanto había despreciado la vida del semejante, que había nutrido á los tiburones con tribus enteras y que llevaba un nombre aterrador como una leyenda lúgubre, revolviéndose furioso, sujeto por cien manos, blasfemando porque no le dejaban arriesgar la existencia socorriendo á unos desconocidos, hasta que, agotadas sus fuerzas, acabó lloviendo como un niño.

DE LA VIDA

I

Visito el barrio. Trivial empeño
de procurarme loca aventura.
Pinta y evoca toseco diseño
de una aguafuerte, taberna oscura.

Paso y observo la catadura
de un parroquiano nada risueño:
grifos mostachos, aire zahareño,
cara de apóstol, mirada impura.

Paso y espío zahurda infecta,
cueva del crimen. Una muchacha
canta terrible canción abyecta.

La voz es dulce, linda la facha.
La copla vibra, sonora, y miente
fuga de aromas por el ambiente.

II

El hombre esboza sonrisa grata
y arde en sus ojos lúbrico fuego:
Pide una copa, pierde el sosiego
y ahoga el duelo que lo maltrata.

En sus pupilas fieras retrata
amor terrible, brutal y ciego.
Brinda á la moza que olvida luego
la suerte negra, la vida ingrata.

Extraño enigma! Destino arcano!
Oh Dios! bendigo tu gloria eterna,
porque pusiste con dulce mano
en rostro huraño sonrisa tierna,
cosas hermosas en el pantano,
y amor y júbilos en la taberna.

ALEJANDRO CARIAS.

Caracas, mayo de 1905.

EL MIR RUSO

(LA COMUNIDAD ALDEANA EN RUSIA)

En el momento en que el imperio de los Czares ocupa tanto la atención del mundo civilizado, los rusos y sus instituciones tienen un interés especialísimo para nosotros.

El país es tan vasto y encierra tantas riquezas naturales, su población es tan inmensa y tan heterogénea, su historia es tan dramática y su porvenir parece tan lleno de esperanzas, que cada quien, rusófilo ó rusópho, comerciante ó militar, hombre de letras ó de ciencia, artista ó político, siempre hallará en todo esto seducciones.

Entre las instituciones de Rusia no hay ninguna tan digna de estudio como el *mir*, ó sea la comunidad aldeana. Es la manera de vivir de cerca de un 97 p^{te} de los campesinos de la Rusia de Europa, hecha deducción del gran ducado de Finlandia, del reino de Polonia, de las provincias del Báltico, de la Crimea y de algunos territorios ocupados por los Cosacos. Fuera de esto, los diversos *mir*s del Imperio poseen casi las dos terceras partes de la superficie.

El *mir* está fundado sobre un principio completamente opuesto á las nociones que tenemos respecto á Rusia. Para muchas per-

sonas, la Rusia y la autoocracia son dos términos coexistentes. Ahora bien, esta manera de ver, basada en una concepción errónea, no responde al estado actual de las cosas. Desde el punto de vista de las ideas occidentales, el gobierno moscovita es esencialmente despótico, por muchos respetos. Ello no podría negarse, pero no debe deducirse que los rusos no tengan cierto grado de libertad.

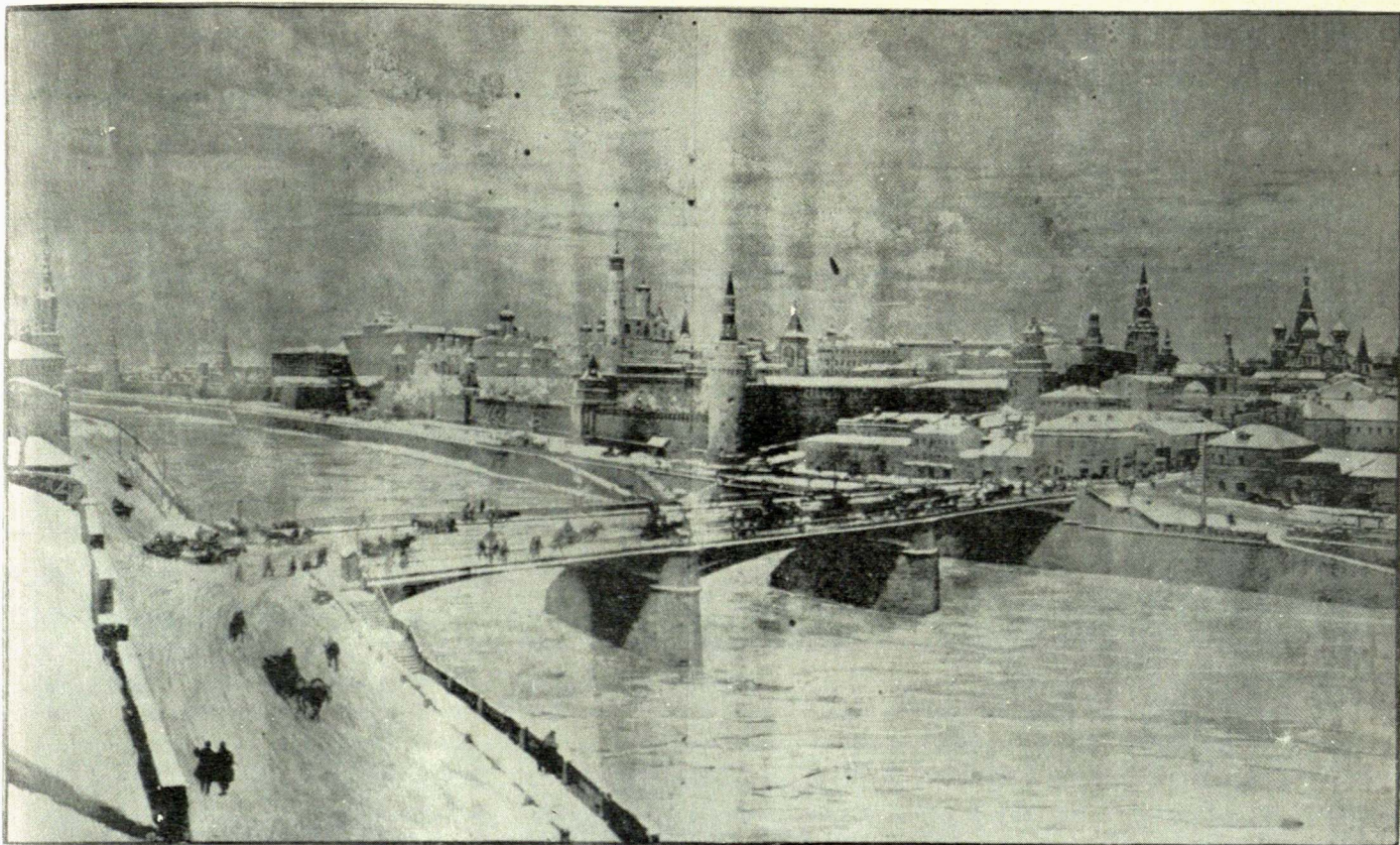
Obsérvese, además, que el despotismo ruso no es de origen puramente moscovita: es un resultado de la dominación tártara. Efectivamente, los tártaros representan en la historia de Rusia un papel análogo al de los moros en la de España. Mejor dicho, los kancs tártaros recorrieron y dominaron la mayor parte de la Rusia, como los emires mahometanos recorrieron y conquistaron casi toda la península ibérica.

Mucho antes de la conquista por los tártaros, y cuando nuestros abuelos estaban sujetos á todos los horrores del sistema feudal, hubo en Rusia cierto número de repúblicas que ofrecen una gran semejanza con las repúblicas italianas de la Edad Media. La más célebre fué la de Novgorod. En la mayor parte de esos Estados, si no en todos, la libertad del ciudadano fué tal que degeneró muchas veces en un verdadero desorden, porque los jefes no estaban investidos de poderes suficientes para contener los impulsos tumultuosos del populacho. Esto basta para dar una idea muy general de lo que existía cuando la invasión tártara.

Pero el tártaro, como señor, fué muy dis-

tinto del moro. En tanto que este último dejaba al vencido una amplia libertad mientras pagaba el tributo impuesto, el primero trató de nivelarlo todo. La libertad pereció como un árbol agotado por la tormenta. Muchos usos y costumbres fueron abolidos sin piedad. Otros lograron sobrevivir bajo una forma más ó menos mutilada, porque el vencedor no pudo llegar á destruirlos. En una palabra, el carácter nacional fué completamente cambiado, y el ruso se hizo tártaro hasta un punto que es difícil concebir.

Esto no fué todo. Llegó el momento, como en España, en que comenzó á manifestarse el sentimiento verdaderamente nacional. Se trató no solamente de expulsar al extranjero, sino de realizar la unidad de la patria común. Fué el preludio de una larga y sangrienta lucha. Los rusos no podían esperar salir victoriosos sin dar á sus jefes poderes casi ilimitados. A medida que se iba conquistando un kanato después de otro, las prerrogativas del soberano pasaban, por decirlo así, al vencedor. De tiempo en tiempo, se hacía sentir una débil oposición á un abuso demasiado violento de poder, de parte de este último. Pero esos movimientos fueron reprimidos como nocivos á la causa general. Los derechos absolutos de los príncipes se fueron pronunciando más y más, á medida que se afirmaba la independencia nacional. Cuando los patriotas triunfaron, los jefes, acostumbrados ya á sus poderes dictatoriales, rehusaron abdicar de ellos. Por otra parte, no podían ser obligados á hacerlo por la masa del pueblo, habituada á una



El Kremlin de Moscou

obediencia servil por sus dominadores tártaros y las necesidades de la emancipación común, sin contar con la fuerza de la costumbre.

Resulta de todo, que el despotismo ruso, tal como lo conocemos, es un producto directo, y aún indirecto, del predominio tártaro.

II

La Rusia es eminentemente colectivista. Más adelante veremos cómo se hace sentir el colectivismo en el mujick. En los grandes centros de población, como las ciudades, se observa el mismo hecho. En Francia, y por regla general, en todas partes con excepción de Rusia, se conoce poco esas numerosas é interesantes asociaciones llamadas *arteles* y que se asemejan más ó menos á los sindicatos de obreros franceses. Aquí no podemos describirlos. Pero ellos ayudan á comprender cómo el ruso es partidario del principio de la cooperación. Así el mir, que es una organización cooperativa establecida sobre una base bastante libre, es conforme con las ideas y con los hábitos de la nación rusa.

El mir es la aldea con todas las tierras que le pertenecen. La palabra mir significa «el mundo». El mujick emplea á menudo la expresión *selskoe obshchestvo* ó «sociedad aldeana», que representa mejor la comunidad. Puede considerarse el mir como una especie de término medio entre la propiedad (1) hereditaria y el comunismo puro. Cada aldea es, por decirlo así, una especie de pequeña república independiente. Dedúcese de aquí que la casi totalidad de la Rusia de Europa, excepción hecha de las ciudades, — así como de las provincias ya indicadas, — no es otra cosa sino una aglomeración de repúblicas rurales y minúsculas, que ofrecen un carácter socialista bastante pronunciado, y reunidas bajo el cetro de un autócrata.

El gobierno del mir es en gran parte patriarcal. Desde varios puntos de vista es una modificación moderna del régimen que existía casi en todas partes en los primeros tiempos de la historia. Recuerda, en parte, la organización de los campesinos en algunos cantones suizos, y es interesante observar

que un sistema parecido lo tenían los aztecas, mucho tiempo antes de la conquista de Méjico por los españoles.

III

En el mir es preciso tener en cuenta dos elementos: la aldea, y su administración.

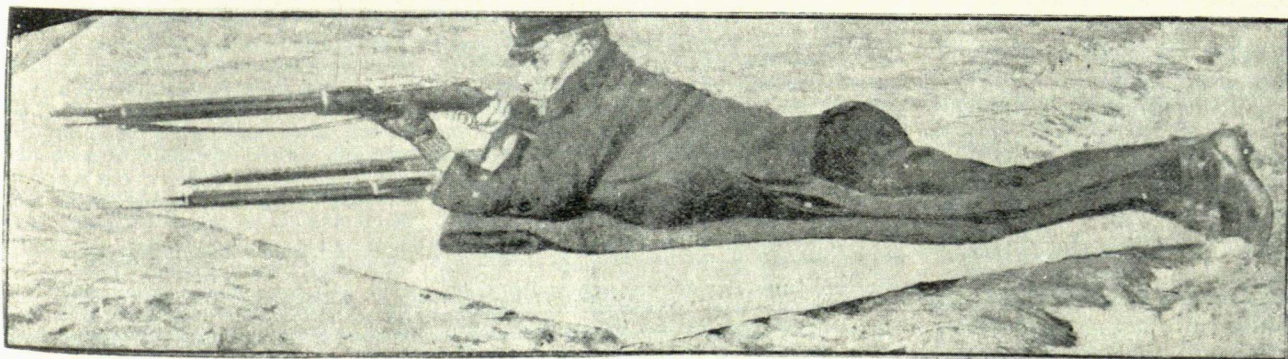
Por la primera entendemos los habitantes, las construcciones de toda especie y las tierras comerciales; por la segunda, el conjunto aldeano y el poder ejecutivo, ejercido por cierto número de individuos.

Para hacer más fácil nuestra explicación, dividiremos la aldea en cuatro partes: los aldeanos, los edificios, los ganados y cosechas, y las tierras.

Hay que advertir que, desde hace muchos años, la mujer rusa posee, en general, los mismos derechos que el hombre. En el mir, salvo las restricciones impuestas por el régimen cuasi patriarcal, la mujer tiene los mismos derechos que el hombre y la hija está al mismo nivel que el hijo.

Las construcciones son de dos clases: 1ª las viviendas, los establos, etc; 2ª las granjas comunales, los depósitos, etc. Cada familia

(1) El original francés dice *prospérité* [?]. — N. del T.



El General Kuroki en un concurso de tiro entre oficiales japoneses y europeos

en general es propietaria de la casa que habita y de sus dependencias, cuando las tiene. Como todas éstas son propiedad particular, se transmiten de padres á hijos. El campesino puede tener una granja, él solo, ó bien en comunidad con varios vecinos. Sin embargo, siempre hay granjas comunales, con escuela, la casa del maestro de escuela, los depósitos, las oficinas de administración, etc., que pertenecen necesariamente á toda la comuna.

Los ganados y las cosechas son también propiedad particular. No sucede lo mismo, empero, con la cosecha de heno. Esta la hace toda la aldea, la deposita en las granjas comunales y luego la dividen en tantas partes cuantos sean los feudos.

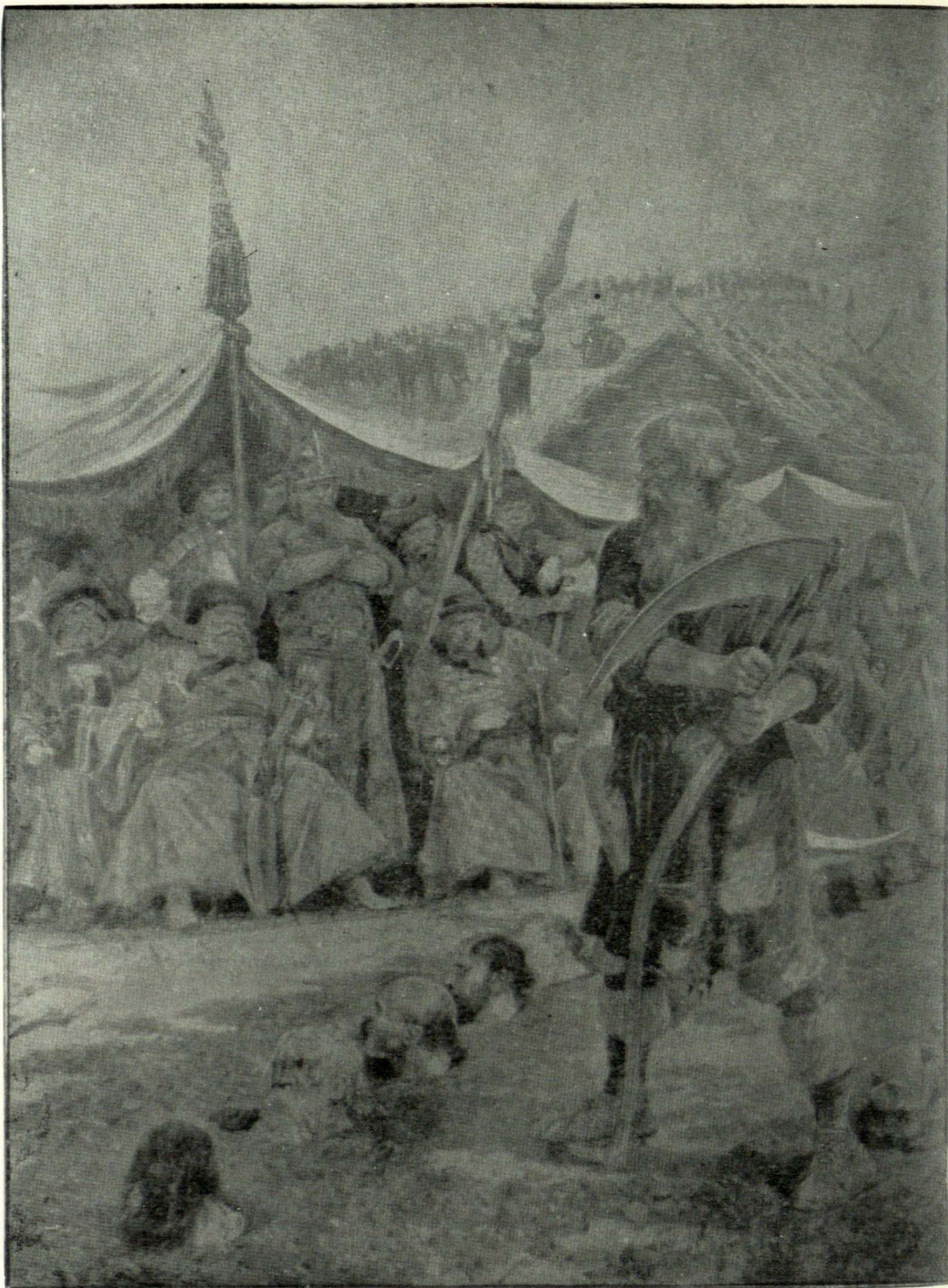
Cuando la emancipación, en marzo de 1861, ciertas tierras, que pertenecían al Estado, á la familia imperial y á la nobleza, fueron cedidas á los siervos, á condición de que éstos pagaran, durante noventa y nueve años, un impuesto cuyo producto se adjudicaría á los antiguos propietarios, á título de indemnización.

Este plan no realizó, desgraciadamente, todas las esperanzas que hizo concebir. Los antiguos propietarios no recibieron, ni reciben aún, á esta hora, una compensación suficiente por la renuncia de sus bienes. De manera que, mientras muchas familias, antes opulentas, se hallan reducidas á una condición más ó menos precaria, y á veces á una pobreza absoluta, el campesino se halla cargado de un impuesto que es un serio obstáculo á su bienestar.

Las tierras afectadas á la comuna pertenecen, no á uno ó varios aldeanos, sino al mir como unidad. El mujick no tiene, en estas condiciones, sino un interés limitado en el suelo que cultiva. Las tierras están en una proporción aproximada de tres ó cuatro hectáreas por cabeza, y se dividen según el número de familias. Se las reparte en dos grupos: las praderas y los campos destinados al heno; los espacios reservados al cultivo de las frutas, legumbres, granos, etc. Para el primer grupo, el reparto se efectúa cada año; para el segundo, cada tres, cinco ó siete años. En algunas regiones, el reparto de ambos grupos es anual, lo cual no ha producido resultados satisfactorios.

Cuando las tierras se dividen entre diferentes familias, según la importancia numérica de cada una de ellas, se lleva cuenta rigurosa de todo cuanto puede ser ventajoso ó desfavorable á cada familia. Así, una madre enferma, un niño delicado, un hijo en servicio militar, no importa qué causa, nada se pierde de vista. Si un campesino ha introducido en su lote de terreno una mejora que aumente su valor, y enriquece indirectamente el mir, se trata de dejarle su lote durante algunos años más. El mujick, obstinado como es, bajo muchos conceptos, es muy dócil, empero, al razonamiento. Tiene una especie de cortesía brusca, que se concilia poco con su exterior abandonado y á veces hasta grosero.

En un medio en que cada hombre es el *brute*, ó hermano de su semejante, y en que



RUSIA ANTIGUA. Venganza en los polacos captivos de Moscú: Enterrados antes de ser decapitados

el espíritu de cooperación está tan desarrollado, se llega fácilmente á cualquier arreglo.

IV

Es curioso observar que el mir no tiene código de leyes, en el verdadero sentido de la palabra. La mayor parte de los rusos son rutinarios y conservadores, y estos rasgos se pronuncian con mayor fuerza en el campesino. Mucho tiempo antes de la emancipación, los mujicks tenían costumbres y tradiciones que para ellos constituyen lo que pudiéramos llamar un código reglamentario. Este código tenía forzosamente un carácter particular, pero contenía todas las condiciones requeridas para servir de base á un sistema de legislación comunal. Además, la emancipación no fué sino el punto culminante de una larga serie de acontecimientos, el término de una gran cadena de circunstancias de un tipo especial. Durante largos años se había eruido, por decirlo así, sobre las campañas rusas, en una forma más ó menos in-

decisa. Hizo, hace sesenta y ochenta años, grandes esfuerzos para hacerse proclamar. Permanecieron infructuosos, porque la opinión pública no se hallaba preparada para apoyarlos. En tales condiciones, nacieron algunas costumbres é ideas, que, con los hábitos y tradiciones ya formadas, bastaron para la administración de una pequeña comunidad. Llegaron á ser las leyes de los nuevos mirs y fueron reconocidas como tales por el gobierno en San Petersburgo, quien, además, acordó á los emancipados el derecho de modificarlas cuando lo quisieran, teniendo siempre en cuenta los *úkases* vigentes.

Estos códigos campestres nunca han sido escritos en una forma completa. Por una multitud de razones varían, á veces considerablemente, según las localidades. Nos hallamos, pues, en presencia del hecho singular de que todos estos mirs están gobernados por leyes generalmente no escritas y que cambian según la provincia, el clima y las condiciones históricas y etnográficas.

La asamblea comunal está encargada de la administración de la aldea, y sus decisiones son ejecutadas por un pequeño cuerpo gubernativo á cuya cabeza está el *stárosta*.

v

El *elski stárosta*, ó jefe del mir, es un campesino y un padre de familia. La palabra viene de *stárostiú* (ancianidad); de manera que él es un hombre de cierta edad. Se elige, cada tres años, entre los individuos de mayor edad y más respetados de la aldea. El puesto de jefe no se solicita. Sin embargo, es de uso que todos los individuos de notoriedad de la asamblea sean *stárostas* sucesivamente, y se conforman, mal que bien, con semejante exigencia. El jefe del mir no tiene calidad de funcionario á los ojos de las autoridades imperiales; no posee ningún título oficial, ni ningún privilegio; no tiene uniforme, ni recibe salario. En ciertas ocasiones, como, por ejemplo, cuando preside la asamblea, lleva al cuello una cadena de latón, de la cual pende una medalla del mismo metal. Es la única insignia por la cual se le reconoce: no se puede extremar más la sencillez republicana.

Sus deberes son á la vez numerosos y onerosos. Sirve de intermediario entre el mir y las demás organizaciones administrativas; es también vínculo entre los aldeanos y las autoridades de San Petersburgo. Observemos de paso que el gobierno del Czar, propiamente dicho, no tiene nada que hacer con el mujick; no tiene relaciones sino con el mir en bloque y trata con el *stárosta* como su representante. Hé aquí un ejemplo. Un mir contiene 250 personas, y 1.000 hectáreas. Su parte de contribución al Tesoro es, pues, *x*. El gobierno no quiere saber si Vasili no paga sino la mitad de su cuota é Ivan el doble de la suya; si Cola paga todo y Micha nada. El mir está obligado á dar cierta suma y el *stárosta* es responsable del pago.

Es al mismo tiempo el alcalde y el juez de paz. Como tal, tiene el derecho de imponer multas y prestaciones vecinales. Está encargado de la inspección y de la conservación de los caminos, de los puentes y de las corrientes de agua; de la escuela, de la casa del maestro de escuela, de la iglesia y del servicio de beneficencia. Cuando su mir no tiene escuela ni enfermería, carga con la supervigilancia parcial de la escuela del mir adonde concurren los hijos de sus vecinos y la inspección general de parte de la enfermería, más próxima, reservada á su aldea. Es el director de las finanzas comunales. Debe asegurarse, además, de que el guarda-bosque, el sereno, el forestal, el pastor, y los inspectores de la escuela, de la enfermería y de las



RUSIA ANTIGUA: La guardia joven de Ivan el Terrible.—1550

granjas comunales cumplan sus obligaciones. Está obligado también á preparar las listas de reclutamiento antes de la reorganización militar.

El *Krestianski pozémelni bank* ó banco territorial para agricultores, es una institución fundada hace muchos años por el Estado. Presta á interés módico al mujick y al mir; en este último caso por intermedio, naturalmente, del *stárosta*.

Bajo el régimen de la esclavitud, el *pope*, ó sacerdote, era nombrado por el amo. Hoy debe su nombramiento al Santo Sínodo, que regula casi todos los negocios eclesiásticos del imperio. Su sueldo es insuficiente y se ve obligado á suplirlo con *pourboires*, venta de velas, etc. Pero la mayor parte la emplea en gastos de propaganda, y el pope está sugeto á conformarse con el resto. Regularmente es un buen padre de familia y un buen agricultor, bien que á veces borrachón. Desdénado por la nobleza y el alto comercio,

y mirado por los mujicks como uno de los suyos, rara vez aspira á predominar sobre sus vecinos. Hay, como se ve, una diferencia bastante pronunciada entre él y su cofrade francés.

vi

El lado dramático del temperamento ruso resalta fuertemente en la composición y en las atribuciones de la asamblea del mir. Cada familia está representada, en su seno, no por delegados, sino por el jefe de ella, pues todo padre de familia es de derecho miembro de la asamblea. En su ausencia, sea por causa de enfermedad ó por otra razón, el lugar lo ocupa su mujer, la cual lo reemplaza definitivamente si enviuda.

Asista ella al mir de una ó de otra manera, tiene facultad de discutir y de votar como un hombre. Es cierto que el campesino ruso no peca por excesiva galantería respecto á la mujer. Quizá sea conocido el proverbio

que dice: *estas mujeres tienen el cabello largo y el alma corta*. Así, pues, cuando ella expone su opinión en un debate, no siempre se la oye con toda la atención que es de desearse.

La asamblea fija la época en la cual debe comenzar la labranza, la siembra y la cosecha. Arregla el monto de la contribución comunal y dicta la manera de invertir esa suma. Ordena persecución contra los que no paguen el impuesto. En ciertos casos, ejerce el derecho de intervención en los asuntos particulares de las familias. El motivo de esto es evidente. Puesto que el mir como unidad está obligado á proporcionar una suma determinada al Tesoro, si uno de sus miembros, por una razón cualquiera, no paga su cuota, la pérdida recae sobre los demás. Así mismo, si un mujick rehusa cultivar parte ó el todo de su lote de tierra, su valor como contribuyente se disminuye más ó menos. La asamblea acuerda ó anula el derecho de construir, elige el *stàrosta*, el pastor, el sereno, el guarda-bosque, los inspectores ya mencionados, y puede deponerlos si no cumplen con su deber.

Este parlamento campestre es el que procede al reparto periódico de las tierras. Pero tiene aún un poder más importante: posee el derecho de adjudicar definitivamente un lote. En este caso, el campesino se hace dueño absoluto del terreno, y por consiguiente, ya éste no entra más en la distribución periódica. Pero esto no puede hacerlo sino la mayoría formada por los dos tercios de la asamblea.

Cuando Alejandro II emancipó los siervos no tuvo el designio, como lo piensan algunos, de fijarlos en su lugar de nacimiento ó de residencia. El mujick es libre de permanecer en su mir, de separarse de él por un tiempo dado ó de abandonarlo definitivamente. No puede, sin embargo, ausentarse por cierto tiempo, ni retirarse definitivamente sin la autorización previa de la asamblea. Durante su ausencia, tiene la obligación de pagar la parte de impuesto que le corresponde, sin lo cual se expone á ser llamado. De igual manera, la asamblea tiene el derecho de expulsar de su territorio á todo campesino rebelde á su autoridad.

Antes de la supresión del exilio á Siberia, el mir podía enviar allá á todo individuo reconocidamente incorregible. Esa asamblea autoriza la admisión de nuevos miembros en la comunidad. Como medida disciplinaria, puede excluir de sus deliberaciones á un jefe de familia, pero nunca por un tiempo mayor de tres años. Todos los asuntos que se refieren á la escuela, al institutor, al servicio de beneficencia, al sostenimiento de la iglesia, á la conservación de los caminos, puentes, cursos de agua, son reglamentados por la asamblea. Entre otras funciones, hay que contar el nombramiento de diputados al *volost*, á razón de un representante por cada diez feudos. El *volost* es el mir en mayor escala. Data del 3 de marzo de 1861, cuando fué abolida la esclavitud y comenzó á existir el mir. Todas las aldeas, en un radio de 12 verstas (2) del centro de la administración, forman un *volost*, á cuya cabeza se halla el *starchina*, elegido entre sus miembros, cada tres años, por el consejo del *volost*. Una gran aldea compone, á menudo, por sí sola un *volost*.

VII

Hay una diferencia notable entre una reunión de un mir y una sesión de asamblea deliberativa en los países occidentales. Los legisladores del mir se reúnen casi siempre el domingo en el mediodía, en un sitio descubierto. Cada uno de ellos va trajeado de fiesta y muy aseado. Todo el mundo permanece en pie ó se pasea lentamente. Aquí se ve una pareja de individuos; más allá un grupo de cuatro ó cinco personas; por otra parte, otro grupo más numeroso. Casi todo el mun-

do habla al mismo tiempo, y el uno interrumpe al otro de una manera poco parlamentaria. Un murmullo confuso de voces se levanta por sobre el conjunto. El *stàrosta* va de grupo en grupo, y á veces de una persona á otra. Tiene una barba blanca, á menudo canescente, y un aire paternal. Conversa con uno y aconseja al otro; razona con éste ó se enoja con aquél. Al mismo tiempo, algunos pilluelos de la aldea se divierten por todas partes, se deslizan por entre las piernas de los concurrentes, mientras que algunos grupos de campesinos, de rostros apáticos, como los que se ven con frecuencia en las campañas de Rusia, miran todo con un aire distraído. Un extranjero que ignorase el objeto de aquella reunión, se preguntaría con razón qué hace allí toda aquella gente.

Después de un rato, se oye un ruido sordo, seguido de otro, que parece como el eco del primero: la medida que se discute está ya votada. La intensidad del primer ruido y la debilidad relativa del segundo, indican que el voto ha obtenido una fuerte mayoría. Pero la minoría puede exigir un voto regular. Si esto acontece, los «si» se colocan de un lado, los «no» del otro, y el *stàrosta*, con uno ó dos ayudantes, desfila por delante de cada hilera y cuenta el número de cabezas.

Sin embargo, casi nunca se recurre á esto.

VIII

Desde el punto de vista ruso, la minoría, cualquiera que ella sea, tiene derecho á ser respetada. Nuestro sistema de abrumar por la fuerza del número se recomienda poco al slavo en general y al ruso en particular. Estima que este procedimiento es una especie de tiranía, bajo otro nombre, puesto que la minoría es vencida, no por la superioridad del razonamiento ó la sinceridad de las convicciones, sino por el peso brutal del número. En efecto, la experiencia ha demostrado que la proposición que obtiene el mayor apoyo numérico no es, invariablemente, la más digna de simpatía. Este es uno de los argumentos de que la Rusia se sirve á veces para combatir el sistema de gobierno constitucional. Según ella, los votos de la minoría deberían imponerse con más fuerza que lo acostumbrado, ó bien, un hombre debería gobernar de una manera independiente en nombre de todos. Esta particularidad es una de las razones que explican por qué la autocracia personal, representada por el *Batiónchka* ó Padrecito, el nombre habitual del Czar, sobre todo entre los campesinos, ha existido por tan largo tiempo y continúa siendo tan poderosa. Además, el ruso es extremadamente pacífico, é inclinado á someterse á todo razonamiento. Es idealista á su manera y se le excita fácilmente la piedad. Prefiere ejercer la razón antes que la fuerza. Los

rasgos particulares de su carácter, tan notables y tan numerosos, son apenas conocidos por los pueblos occidentales.

Resulta de aquí que cuando se convoca la asamblea del mir, se nota una tendencia, á veces muy manifiesta, de llegar á una inteligencia por la vía de las mutuas concesiones. La mayoría hace una, la minoría hace otra, y así sucesivamente, hasta que se llega á un arreglo que satisface á ambos partidos, evitando así la necesidad de votar.

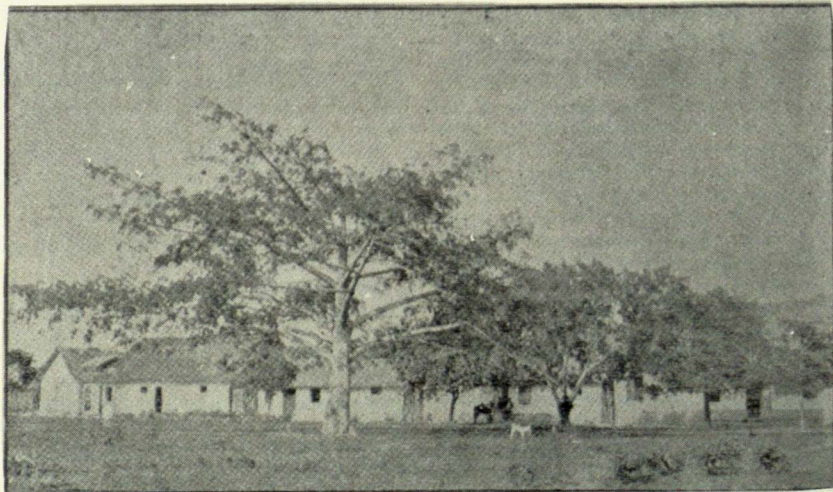
Acontece á veces que las concesiones no conducen á nada, sino que, por una especie de acuerdo tácito, nadie desea acudir al voto. Entonces se somete la cuestión á arbitramento. El número y la calidad de los árbitros dependen en gran parte de las circunstancias y de la naturaleza del objeto. A veces, el *starchina* del mismo *volost*, solo ó con dos asesores, ó algunos miembros de un mir vecino, ó el propietario de un dominio, arregla la cuestión. Cualquiera que sea la decisión, se acepta lealmente, fuera de pocas excepciones.

A pesar de las ventajas que acabo de describir, el mir tiende á desaparecer. Es preciso buscar la causa de ello, en gran parte en los progresos prodigiosos de la industria rusa, de veinte años para acá. El mujick encuentra que trabajar en una fábrica es más provechoso que cultivar un campo. La despoblación rural está lejos de llegar á la proporción que en los países como Inglaterra y Alemania; pero se acentúa de año en año. En ciertas provincias, la emigración hacia las ciudades toma proporciones enormes.

La miseria está muy generalizada. Muchos campesinos renuncian para siempre á su parte de herencia común. En gran cantidad de lugares, en donde el suelo es pasablemente árido, y en donde las condiciones climáticas son poco favorables, aldeas enteras apenas se sostienen. Otras lo hacen con infinitas dificultades. Algunas escapan á la ruina porque tienen en la ciudad próxima miembros de ellas que les envían fondos.

No vaya á creerse, sin embargo, que por donde quiera impera el desastre en Rusia. Muchos mirs son más ó menos prósperos. Muchos mujicks gozaban de cierto bienestar antes de la guerra. Hay algunos de ellos que gastan cierto lujo y se complacen en adornarse los dedos de ambas manos, con sortijas de gusto dudoso, seguramente, pero de buen valor.

A menudo inscriben á sus hijos en las Universidades, en las que, después de los exámenes, dejan de ser considerados como pertenecientes á la clase de los mujicks. El estudiante que ha pasado con éxito por tales pruebas, recibe de la policía un documento que lo eleva á una clase superior.



Hay cierta repugnancia para pagar el impuesto que representa la indemnización debida á los antiguos propietarios; pero ello se explica fácilmente. El campesino ruso no ha festejado jamás, como pudiera creerse, su emancipación: él siempre ha tenido la idea, más ó menos informe, de que la tierra le pertenece de derecho y que ha sido despojado de ella durante mucho tiempo. Para él, la emancipación y la constitución del mir son menos una gracia que una restitución. ¿Por qué indemnizar á los nietos ó á los hijos de los usurpadores?

La desaparición del mir, si alguna vez se efectúa, no será, ciertamente, en nuestros días: quizá nuestros hijos no la vean. El ruso es, ya lo hemos dicho, excesivamente conservador.

Además, el principio fundamental del mir es, no sólo esencialmente ruso, sino que en estos tiempos ejerce mayor influencia que en cualesquiera otros. Se le halla en el temperamento nacional y está consagrado en esas repúblicas que hemos descrito, cuya existencia es tan desconocida en el Occidente, pero que esclarecen tanto el verdadero carácter moscovita.

G. ADAMS.

INMORTALIDAD

No, no fué tan efímera la historia
De nuestro amor; entre los folios tersos
Del libro virginal de tu memoria,
Como pétalo azul, está la gloria
Doliente, noble y casta de mis versos.

No puedes olvidarme, te condeno
A un recuerdo tenaz; mi amor ha sido
Lo más alto en tu vida y lo más bueno,
Y sólo entre los légamos y el cieno
Surge el lívido loto del ovido.

Me verás dondequiera, en el abierto
Loto nocturno, en la alborada rubia,
Y cuando hagas labor en el desierto
Corredor mientras tiemblan en tu huerto
Los monótonos hilos de la lluvia.

Y habrás de recordar. Esa es la herencia
Que te da mi dolor que nada ensalma.
Seré cumbre de luz en tu existencia,
Y un reproche inefable en tu conciencia
Y una estela inmortal dentro de tu alma.

AMADO NERVO.

JUSTO LUCAS-CHAMPIONNIÈRE

Los conocedores de materia quirúrgica saben que hace poco menos de cuarenta años era bastante aventurado practicar cualquiera operación que raras veces no produjese la muerte, por sus consecuencias: las Maternidades, especialmente, arrojaban una asombrosa cifra de mortalidad. Un profesor inglés, Lister, de Glasgow, fundado en las investigaciones y descubrimientos de Pasteur, concibió nuevas teorías quirúrgicas y propuso una nueva práctica: la *cirugía antiséptica*, que revolucionó el mundo.

El primero que en Francia hizo conocer la nueva doctrina, formuló claramente su teoría y preceptos y comenzó á hacer su propaganda, en 1868, fue un interno de los hospitales, el actual doctor *Justo Lucas-Championnière*, cuyo retrato hacemos conocer de nuestros lectores.

Durante muchos años tuvo que consagrarse á aquella propaganda y que luchar contra la resistencia de todos; durante muchos años fue el único apóstol de la cirugía moderna. Después de haber demostrado con numerosos ejemplos la seguridad del método preconizado, pudo aplicarlo personalmente á los partos, cuando, Director de una Maternidad en 1878, hizo que la cifra de mortalidad bajase á un punto que llamó

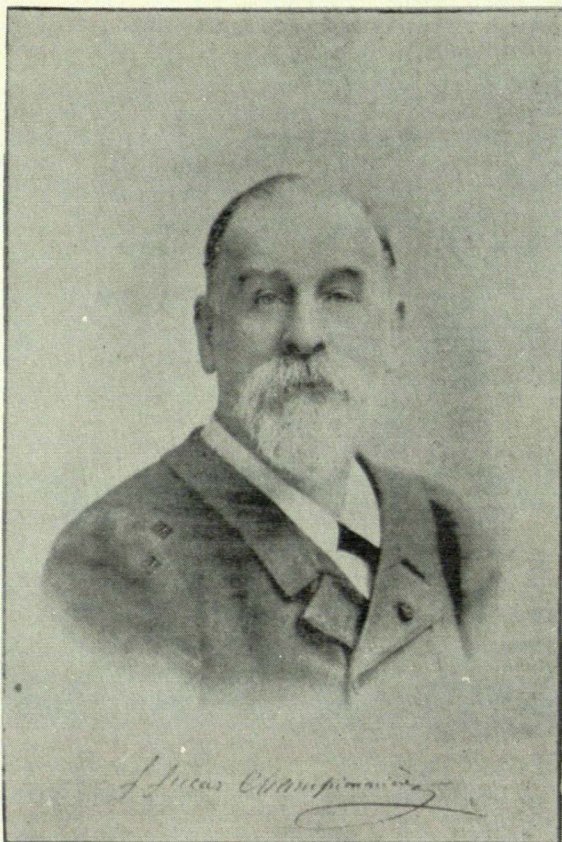
poterosamente la atención y del cual no se ha pasado después. A la seguridad de los partos, siguió inmediatamente la seguridad de la cirugía: sobre tales puntos, el doctor Championnière lleva publicadas más de trescientas memorias, contando con que, desde el principio, en 1875, y luego en 1880, circuló verdaderos manuales de cirugía antiséptica, que han expuesto é impuesto en todos los países la práctica de Lister; libros que han sido traducidos á todas las lenguas, aun á la inglesa. No ha tiempo, cuando el *British medical journal* publicó un libro consagrado á la celebración del 50º aniversario de Lister, el doctor Championnière hizo en inglés una exposición completamente nueva de la doctrina del Maestro.

Hé ahí el papel de capital importancia que ha desempeñado en la evolución de la cirugía y de la obstetricia modernas, puesto que casi toda la ciencia actual reposa en los preceptos que él ha hecho aceptar á sus contemporáneos.

Su ardor y su combatividad en favor del método de Lister no le han impedido realizar grandes descubrimientos personales. En cirugía, ciertas operaciones le son completamente propias, como la trepanación del cráneo, que nadie osaba hacer y que él practica con una precisión casi matemática: ha en-

señado á abrir el cráneo sin peligro y con certidumbre. Sus trabajos sobre la cura radical de las hernias le valieron el premio Monthyon, de la Academia de Ciencias y produjeron en el extranjero una verdadera revolución. Una de sus concepciones más audaces ha sido el tratamiento de las fracturas por el masaje y la movilización.

La lista de sus obras y de sus trabajos exigiría toda una página de esta Revista: en su larga carrera, el doctor Championnière ha desplegado una actividad considerable, como cirujano, como partero y como escritor. Nacido el año 43, estudiante en el colegio Rollin, comenzó muy joven los cursos de Medicina: á los veinte y dos años, en 1865, era ya interno de los hospitales, en los que fueron sus maestros: Lamballe, Beau, Velpeau, Foucher, Guyon, de Saint-Germain, Broca, Trélat. El año 68 hizo un viaje á Escocia y allí conoció á Lister y fue desde entonces su amigo; Doctor en 1870, tomó participación en la guerra, en una ambulancia que dirigía Trélat; en 1874 fue nombrado cirujano de los hospitales; y después de haber profesado en la Maternidad de Cochin, en Tenon, San Luis, Beaujon, llegó á ser, en 1899, cirujano del *Hôtel-Dieu*, cuatro años después de haber sido recibido en la Academia de Medicina.



J. Lucas-Championnière

CELOS DE ARLEQUÍN



I

La Luna al fin desbarata
el denso peplo enlutado
con que la noche ha ocultado
su triste disco de plata.

La sensible Serenata
en el aire saturado
de un efluvio embalsamado,
alegres notas desata.....

Pierrot amador se inclina
y da un beso á Colombina
en el rostro enharinado.....

Y vagó un suspiro errante
—celosa queja de amante—
de Arlequín infeliz.....

II

Frescos rostros de satén
escuchan las primorosas
historietas amorosas
cantadas por Arlequín

que en el florido jardín
entre violetas y rosas
suelta, como mariposas,
las notas del bandolín.....

Pintado el rostro de harina
cruzan Pierrot, Colombina
frente al celoso Arlequín

que en un raptó de dolor,
finge morirse de amor
mientras calla el bandolín.

III

En el boudoir Colombina
arroja en el limpio suelo,
su corsé de terciopelo
y la blanca muselina.....

En el lecho se reclina
libre de importuno velo
y muestra á Pierrot el cielo
de su carne blanca y fina

Arlequín decide ahorcarse
y procede á suicidarse
en la noche triste y bruna

bajo una oculta arboleda
con una cinta de seda
en un rayo de la luna.

MIGUEL A. ARISTEGUIETA.



PAGINAS CORTAS

AL AIRE LIBRE

(POR HUGUES REBELL)

EN el jardín, á la sombra de los grandes árboles, las madres contemplan, á lo lejos, la arena brillante en la que corren las faldas ligeras y las pequeñas pantorrillas desnudas.

Alegre rumorar como de abejas! Claro susurro, como de fuente en verde bosque!

Por dondequiera el frescor y los rayos sutiles y acariciadores, que se deslizan en las ramas de los árboles y ponen velos de gasa dorada en las hojas de tiernos matices.

Por dondequiera los cantos de los pájaros que regresan y el buen olor de la primavera.

Las madres se abandonan á la dulcedumbre del día y besan aquellas frentes infantiles, en las que perla el sudor, sobre carne perfumada, que trasciende á las telas nuevas.

Las madres rien con las risas de sus hijas, y zezean con sus zezeos.

Yo, que no tengo á quién besar en el claro jardín, pienso en el misterio profundo de la infancia:

En todo cuanto dormita en esa cabecilla, en toda la belleza que contiene esa falda.

Hé ahí lo que no saben esos impíos que se llaman sabios, los que niegan lo divino y la vida obscura del mundo.

Es un jardín claro en donde se aprende la última palabra de la sabiduría, la suprema revelación de la naturaleza.

Todo lo que brota, se elabora y se crea secretamente, sin la voluntad de los hombres, en su completa ignorancia, y no por otra cosa que por vivir.

El pensamiento que ya veo brillar en esos ojos, sé bien que ninguna ley, nin-

guna prohibición, ningún obstáculo le impedirá iluminar el mundo.

La belleza que se prepara bajo ese traje de chiquilla, sé bien que se desarrollará y llegará á su madurez para alegría y sufrimiento de los pueblos.

Oh! madres, cuando veláis sobre vuestros pequeños, sois menos que los esclavos de un tirano, y por eso os amo!

Oh! mujeres, qué bien sabéis obedecer los mandatos de la naturaleza, abandonar y romper todo por vuestra belleza, por vuestro amor, por vuestro hijo!

Los legisladores y los moralistas que no han visto jamás la hierba de los campos, los sabihondos que estudian el mundo en flores secas, que vengan todos al claro jardín de naturaleza,

Para que aprendan que su voluntad es como un ciego con lazarillo, y que la savia y el instinto no los necesitan para sus magnificas creaciones!

LIBROS VIEJOS

(POR MANUEL UGARTE)

POR la ribera izquierda del Sena, junto á los murallones del río, donde instalan sus almacenes los vendedores de libros viejos, se pasea todas las mañanas un hombre extraño, de ojos apagados y lento andar, que se detiene á cada instante, hurga en todos aquellos polvorientos archivos de la imaginación, y se aleja siempre malhumorado, siempre triste, como si persiguiera algo que no encuentra jamás.

Curioso por saber lo que buscaba, reuni cierta vez todas mis osadías en el haz de una pregunta equivoca y le dije: —¿Quizá acechamos la misma obra?

Sus ojos parecieron desperezarse para abrir los párpados; me interrogó con su mutismo; y, alejándose un tanto de la ola de compradores de ocasión, me habló misteriosamente:

—Los libros son almas y son cuerpos. Todos esos tomos que están apilados sobre las estanterías, han tenido sus noches ensangrentadas de amores brutales y se han retorcido bajo las manos febriles de un hombre, que los ha arrojado después con desdén, sobre la carpeta de la mesa de trabajo. Todas las páginas guardan los rastros de esos apasionamientos egoístas: hay anotaciones, hay hojas rotas, y hay huellas de dedos nerviosos que han dibujado su impresión sobre la margen blanca. Y yo busco un volumen virginal, cuyo amante de una noche haya respetado todos los candores y todas las inocencias; un libro que haya sido leído sin cortar las páginas, en medio de un recogimiento místico.

—¿No es posible,—añadió,—no es posible aspirar el aroma de una flor, sin morderla?

Y me contó una historia de amores juveniles. Una mujer seducida y abandonada. Un libro más en las estanterías de los mercaderes.

UN DON PERFECTO

(LA MANO)

(POR CARMEN SYLVA,
Reina de Rumania)

AL observar los movimientos de la mano, ¿no os ha sorprendido cierta vaga analogía con alguna flor maravillosa, cuyo cáliz profundo se abre y se cierra á voluntad, como si abriesen y cerrasen cinco pétalos de extremos rosados? Cinco es el número favorito en el mundo de las flores: la «eglantina» y el myosotis, la reina de los prados, la modesta aufrasia, y la pimpinela roja de sangre, todas tienen cinco pétalos, exactamente como las corolas de la cicuta y de la flor de saúz.



OCUMARE DE LA COSTA: Arbol de Castilloa-Elastica (cacho) con su almáico, nacido espontáneamente por la caída natural de los frutos. —(Hacienda Fonseca)

Nuestra mano ha sido formada, pues, por el patrón de todas esas flores, de acuerdo con el principio universal de armonía que hace, al parecer, que todas las cosas que existen sobre un mismo planeta, estén destinadas á vivir prestandose mutuas ventajas y trabajando en un fin común. Por lo cual, lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer oficio de cáliz, que recoja el rocío y la miel, para nutrir el cuerpo y para distribuirlos á otros seres que lo han menester. Así, la mano liberal es siempre la más bella, la mano que derrama generosamente, para que otros gocen y se regocijen, los beneficios que la sabiduría y la habilidad acumuladas de varias generaciones han dejado en herencia.

Por eso la mano es el instrumento más perfecto imaginado por la Providencia para regalar al hombre, quien debe emplearlo dignamente, recordando en la gracia rítmica de cada movimiento su origen divino: de aquí el placer que experimentamos al seguir al verdadero artista en la ejecución de su obra. ¿Puede concebirse nada más encantador que un niño que extiende sus diminutas manecillas, de palmas gentiles semejantes á conchas marinas y exquisitos dedos que parecen pétalos de rosa, para asir y retener el vacío?

Sí, pues, como me place figurármelo, la mano,—la más fiel amiga del hombre y su servidor más digno de confianza,—evoca realmente en sus grandes líneas los más bellos y más frágiles ornamentos de la tierra, podemos concluir que la forma floral fué escogida para su modelo, con el designio de ennoblecer su gesto y de conservar la pureza de cada acción.

Si no hubiese sido hecha para otra cosa que la utilidad, le habría bastado la simple fuerza y así habría sido aún más útil, independientemente de esta ligereza de estructura, que le da gracia á cada uno de sus movimientos y que ofrece una perpetua satisfacción á nuestro sentido estético.

EL FUGITIVO

(POR ALFREDO C. LÓPEZ)

LA vía-láctea ciñe el vientre de la noche en ancha elipse. Comienza rayando un confin del cielo, y termina, hacia el sud, en una indistinta lejanía. Hace frío intenso y las estrellas, entre las que tiemblan grandes abrojos de cristal, lanzan reflejos de acero prendidas al manto enlutado de la noche, cuyos ojos insomnes se presienten en la tiniebla, tal si fueran grandinegras trinitarias. Es muy tarde y sobre la pampa dormida gravita un silencio claustral.

La estancia, que semirrodea un bosquecillo de chañares, arbolada de tamarindos y algarrobos, yace en quietud. Los árboles, los animales que duermen á sogas bajo el follaje encarrujado, los ranchos, el corral, han fundido su masa en la tiniebla y en ella pardean apenas las cosas inmediatas. La atmósfera sonoriza los ruidos, levisimos.

De pronto y del fondo de la noche parte el chirrido pastoso de la lechuza, repetido tres veces. Y hay una pausa. Los hipos metálicos de las vizcachas se oyen después, como zumbidos de bala. Hay otra pausa. De la estancia, que parece una tumba, sale un ladrido indeciso, al que siguen gruñidos sordos de toda la

jauría. Pero alguien, que debe tener el oído muy fino, impone silencio á la perrada con voz imperiosa.... En la mudéz de la noche ha sonado un chicotazo, y luego otro, y otros, á intervalos regulares, cada vez más sonoros y más próximos.

Dos hombres han abandonado el lecho y bajo la sombra de un árbol conversan, muy quedo, en cuclillas:

—Es uno que lleva el animal cansado....

—Sí.

—....y pasa de largo....¿Irà huyendo?

—Vaya á saber....

A doscientas varas de la estancia se extiende el camino. Aunque no se alcanza á ver al jinete, se le adivina, castigando de modo implacable á la bestia, mortalmente fatigada. Desde los árboles muchas pupilas punzan las sombras y en la noche negra se van debilitando los azotes, lentamente, lentamente....

..

Los chasquidos no se oyen casi. Después de un momento el silencio ha recobrado todo su imperio.

Y pasan unos minutos.... La lechuza vuelve á chillar, acompañada ahora por la legión de centinelas del campo. La perrada gruñe y ladra después desahogado: un tropel estremece la tierra, cruza con estrépito frente al caserío. Va por el camino y un tintineo característico le acompaña. Y el trueno se hunde, veloz, en el mar de tinta.... Los dos hombres conversan otra vez:

—¡La partida!

—¡Sí! Van á alcanzarlo ahora nomás, porque pasan á media rienda. ¡Qué co-



varse de él, unos como gemidos lastimeros, y las preciosas mujeres parecían que lloraban.

Luego, más tarde, vieron acercarse á la isla otra nave que brillaba como el sol y cuyas velas eran de púrpura de Tiro

y cuya carga se componía de piedras preciosas, de perlas y de barras auríferas. La bandera que ostentaba en su arboladura de plata decía: Soy la Riqueza.

La voz del noble caballero, desde lo alto de la torre del castillo, volvió á tronar: ¡Pasad! ¡Pasad!—Y al alejarse esa nave dorada, parecían salir de ella como carcajadas irónicas.

El amor y la riqueza.... ¡Bah!; bien sabían ellos, los caballeros cruzados, que la felicidad que ofrecen, dura sólo *l'espace d'un matin* como la rosa de Malesherbe!

Después, anunciado por el fuerte clarinear de trompetas heráldicas, se acercó á la isla otro bajel cuyo casco era reluciente como el oro y cuyas velas eran azules como el cielo. Su letanía decía: Soy la Gloria.

Y en seguida llegó otra nave de gran porte, gallardamente hermosa, y cuyo lema rezaba: Soy el Poder.

Ambos bajeles se alejaron al momento ante el imperativo: ¡Pasad! ¡Pasad! del caballero cruzado. Entonces, se oyeron maldiciones y denuestos salidos de las dos naves que se iban, que se alejaban de la isla.

Vanidad de cosas vanas!—exclamó uno de los doce caballeros,—y los demás asintieron con un gesto desdenoso, volviendo á hundirse en el crepúsculo de las tristezas de la vida....

Una noche, solos con la esperanza, los caballeros, sentados en amplios sillones sobre la terraza del castillo, se dormían tristemente, bañados por la luz perlada de la luna. Entonces, cuando el sueño los había embargado por completo, luego, sin ruido, en un pequeño y negro esquife, una mujer blanca, intensamente blanca, hermosísima y vestida con el albo ropaje de las desposadas. Subió, cual si tuviera alas desde el negro esquife hasta la terraza del castillo. Traía para los caballeros el mismo dón que otorgara la diosa Juno á Biton y á Cleobis, el mayor bien que los dioses pudieran á los mortales.

La blanca y hermosa mujer se acercó á los caballeros y á cada uno de ellos le dió un beso largo, muy largo, con el que le infundía dentro del sér la felicidad tan esperada y tan querida.

Los besó á todos, y se retiró en silencio, sin ruido, con la majestad y el aire de una reina triunfadora y feliz.

¡Era la muerte!

sa, amigo!.... Ya lo han de haber topado....

—¡Sí!.... ¿Has oído?

—Sí.... De seguro lo han muerto....

Acaban de oírse dos tiros, á los que siguen otros dos, en dirección al viajero. Y se hace el silencio de nuevo. Los perros regresan, estornudando, de su excursión á las cercanías donde han ladrado hasta enronquecer. El aire tranquilo recoge el susurro de las voces. La noche parece crecer en sombras.... Allí arriba fulgulan y tiemblan las estrellas y la vía-láctea ciñe los senos de la noche en ancha elipse....

LA FELICIDAD

(POR JOSÉ CIBILS)

ERA en tiempos lejanos. Doce caballeros cruzados decidieron esperar, en una isla desierta, la felicidad que les había sido prometida como premio de sus gloriosas hazañas.

En una pequeña colina de la isla y frente al mar, edificaron un hermoso castillo en que reinaba el silencio, porque en el espíritu de cada caballero el crepúsculo tenía sus vaguedades indecisas, y en sus mentes y en sus corazones la tristeza, como mariposa negra, batía pausadamente sus grandes y fatídicas alas.

Para ellos no tenía encantos la dulce primavera, ni el gorjear de las aves en el bosque, ni el correr de las ondas por los verdes llanos, ni la albura eucarística de los lirios y jazmines, ni las auroras rosadas con sus brisas frescas y saludables ni el perfume agreste de las flores, ni el

fulgor del astro nocturnal y sus titilantes compañeras, ni el vivo resplandor del sol que, como una gloria, bañaba con la bendición de su luz las bellezas tropicales de la isla.

Los caballeros, mudos y pensativos, mirando siempre hacia el mar, sentían las nostalgias de la vida, el vacío perenne del corazón, las inenarrables ansias de deseos insaciables, la aspiración perpetua á lo desconocido;—aspiración que vive dentro del sér humano y lo atormenta con su inmensa pesadumbre.

En el frontispicio del castillo habían grabado esta leyenda, que escribiera Heine en uno de sus más desolados lieder: La esperanza es lo único que le queda al desdichado.

Un día, al rayar la aurora, divisaron los caballeros un blanco bajel que navegaba á toda vela con rumbo á la isla. Ansiosos esperaron. ¡Tal vez fuera el portador de la felicidad prometida!

Al acercarse la blanca nave, sintieron dulces cantos que llevaban la embriaguez á los sentidos y la vieron tripulada por mujeres deliciosas, nacidas para la caricia y el arrullo, hechas para las horas encantadas de la dicha y el placer.

En la blanca bandera que flameaba en el gallardo mástil se leía: Soy el amor.

Los caballeros, á la vista de las hermosas mujeres, sintieron bullir su sangre generosa; pero en seguida la más honda tristeza abrumó de nuevo á los doce caballeros. No, no era esa la felicidad que esperaban.

Uno de ellos, el más valiente, el más esforzado, sobreponiéndose como un héroe á sus inclinaciones gritó con voz de trueno: ¡Pasad! ¡Pasad! Y entonces, al alejarse el blanco bajel, parecían ele-

APUNTES SOBRE EL PROBLEMA RELIGIOSO

POR JUAN GARCÍA-NIETO

Para los espíritus que no se han dejado invadir totalmente por el positivismo de nuestros días, no hay problema de mayor interés que el problema religioso. Ante él, todas las cuestiones que preocupan nuestro entendimiento son ruines, insignificantes y efímeras. ¿Qué valen los acontecimientos de nuestra vida terrena, comparados con nuestra existencia de ultratumba? Si el vivir no es más que el resultado de una combinación de elementos materiales, que, una vez disgregados, aniquilan nuestro yo, la vida, excepto para unos cuantos afortunados, no merece la pena de ser vivida; si es, por el contrario, el peldaño de una escala, que, como la de Jacob, termina en el cielo ¿qué cosa habrá que conmueva las entrañas más íntimas de nuestro ser, que vislumbrar algo del itinerario de esa celeste ascensión? Ya lo dijo el héroe shakesperiano: el verdadero problema es éste: ser ó no ser.

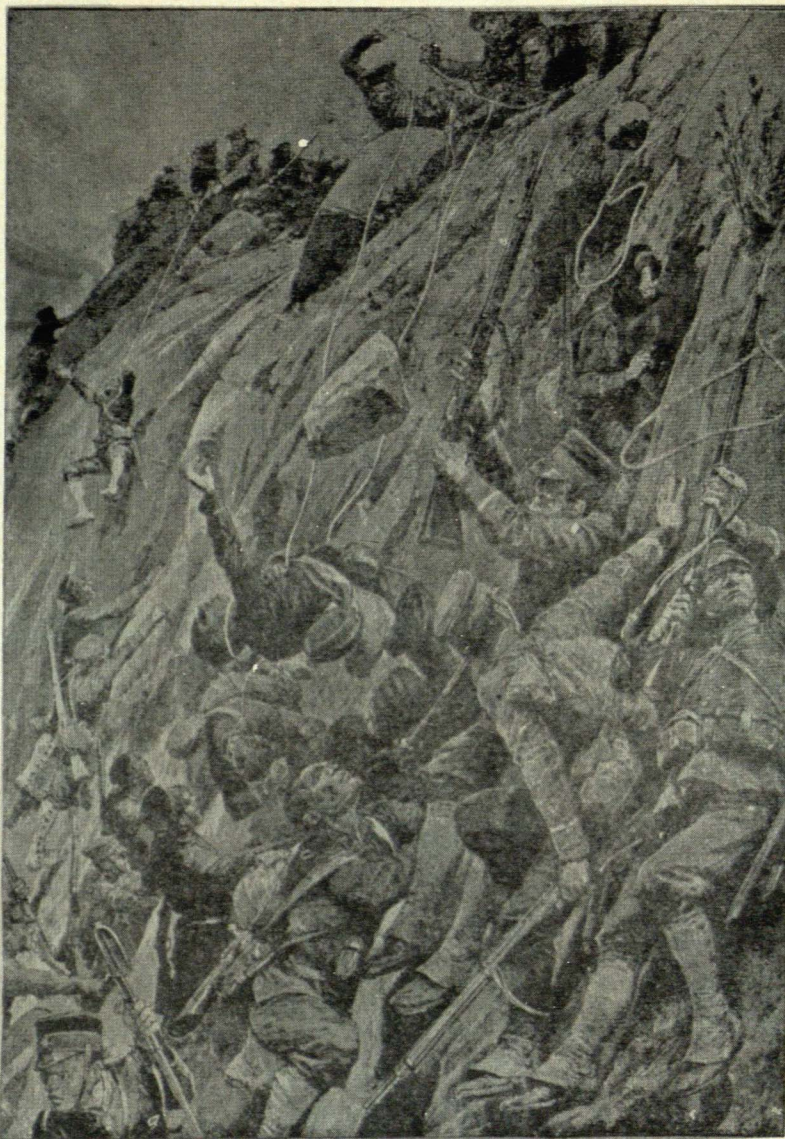
En derredor del muro impenetrable que guarda el pavoroso secreto, da vueltas, durante millares de años, la humanidad, á fin de columbrar por entre las rendijas de los formidables sillares un rayo siquiera de luz de la eterna verdad.

Por esta razón, las almas que de ella están sedientas, reciben con ansia cuantas doctrinas las ayudan, ya que no á resolver, porque eso es imposible, á tantear la resolución del inquietante problema.

El libro de García-Nieto, titulado *Apuntes sobre el problema religioso*, es como un guía sabio y bien intencionado que nos conduce, á través de las misteriosas obscuridades de ese problema, por el camino de las esperanzas consoladoras. ¿Y cuáles han de serlo más que al fortalecer en nosotros el anhelo de subsistir después que nuestro cuerpo se deshaga en la tierra y con ella se confunda; el inculcarnos la confianza en que no son los hijos de nuestro amor, *caro data veribus*; el hacernos sentir la necesidad de una justicia suprema que nos indemnice de las iniquidades ó injusticias de aquí abajo, el hablarnos de la existencia de un Padre amoroso, que nos ha dado la vida, no para arrancárnosla, sino para acercarnos á su seno y hacernos dignos de su amor?

Mas no se crea que García-Nieto trata de satisfacer estos anhelos con afirmaciones dogmáticas. Con noble sinceridad reconoce que «la inteligencia del hombre parece hecha más para las penumbras crepusculares que para las claridades meridianas». «La duda—sigue diciendo—es nuestra hada familiar, nuestra inseparable y bien antipática compañera. Institutz tan áspera como admirable, nos tortura hasta casi estrangularnos, pero nos educa en la reflexión y en el trabajo; pone hielo en nuestros entusiasmos, pero nos hace precavidos y prudentes; enturbia nuestra vista, mas impide que agotemos de una vez el caudaloso veneno de que, en siglos sin número, han de alimentarse las generaciones; nos humilla con el espectáculo de nuestra impotencia, pero estimulándonos á salir de ella y á engrandecernos por siempre reiterados esfuerzos.

Sin la duda, el mundo perdería su misterio y su encanto; la investigación, su objeto; el vicio y la virtud, su significado; las actividades individuales, su estímulo y su rica variedad.



La lucha con la Naturaleza, en Manchuria

Si lográsemos destruirla, marcharíamos los humanos por senda obligada y rectilínea á la región aburrida y monótona, donde nada quedaría por averiguar ni casi por hacer; donde, resuelto el problema y descifrado el enigma, el heroísmo sería vulgaridad, la abnegación tristeza y la santidad negocio».

¿Qué luz podrá guiarnos al través de estas tinieblas, ó, cuando menos, penumbras crepusculares? La única que poseemos, aunque su llama sea tenue y vacilante, es la razón, y á la luz de la razón camina y nos hace caminar la poderosa inteligencia del autor de los *Apuntes sobre el problema religioso*.

Empieza García-Nieto su libro estudiando la postura social, intelectual y moral de España, ocupándose principal, aunque no exclusivamente, de la cuestión religiosa. «En general—dice—puede asegurarse que los tiempos son de escasa religiosidad y de ningún fervor. La Teología es actualmente la ciencia menos estudiada. El clero mismo tiene en este punto una instrucción rutinaria y anticuada. La enseñanza elemental de la Religión, que nuestros obispos tanto empeño han puesto en llevar á los Institutos, adolece del propio defecto: casi nada de Teodicea ni de religión natural, y mucho de catecismo ampliado; es decir, dogma y tente-tieso, lo cual—sigue diciendo el autor—quizá resulte no ya inútil, sino, á la larga, contraproducente y peligroso. «En las clases altas se hace alarde de practicar la religión; pero á poco que se profundice, se ve que esa religión de las personas distinguidas está llena de componendas y mutilaciones, y que de esta religión cómoda y fluyente, á la tradicional y ortodoxa, hay

tanta distancia como de los sermones de Bossuet á las novelas de Zola». «Entre los políticos y gobernantes hay varios de selecta cultura, publicistas distinguidos, notables abogados ó sabios profesores; algún raro canonista, quizá ningún teólogo. En el resto de la masa social absoluta indiferencia religiosa», entrecerrada de algunas zonas de absurdo fanatismo.

Hay, sin embargo, algunos, pocos espíritus, que no padecen olvido ó esta ceguedad ante el misterio que por todas partes nos rodea, y que fijan con ansia la vista interrogadora «más allá de las estrellas, acosando á la Esfinge con preguntas que no tienen respuestas».

A éstos les es tan necesario, como el pan del cuerpo, la indagación religiosa. El único instrumento que el hombre posee para practicar esa investigación, que siendo personal y propia de nada serviría, es la razón.

Pero la razón no excluye la fe, «no rehuye tampoco el análisis. Ocupa una zona intermedia, que no toca en la certeza absoluta ni en la completa incertidumbre; que consiente la duda, pero que vincula la probabilidad; que no es meramente intelectual, sino psíquica; esto es, que sin desoir los dictados del entendimiento, se apoya además en anhelos del corazón, en imposiciones de la conciencia moral, en gritos del alma y en otros fenómenos del espíritu á los neológicos, y que, por añadidura, son más resistentes á las disecaciones del análisis y los ataques de la crítica».

Animado de esta fe más que racional, el autor, con cálida elocuencia, sabe comunicarnos; su anhelo por una vida ulterior, su confianza en Dios, su esperanza en una justicia infinita y misericordiosa.

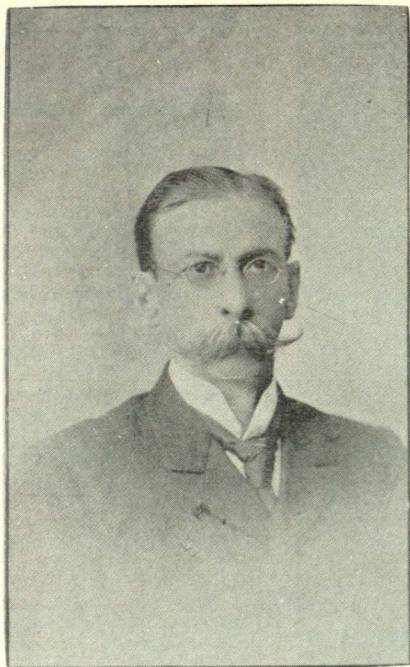
Y estas grandes aspiraciones, sin las cuales la vida humana no tendría sentido, ó lo tendría harto ruin y miserable, manteniéndose y cobran nueva fuerza á cada paso que García-Nieto avanza en el camino de la crítica de las *Confesiones religiosas de Jesucristo*, del *cristianismo*, de la *incredulidad*; critica que al desmenuzar ciertos dogmas; al mostrar el absurdo de determinadas creencias; al estudiar sus consecuencias deplorables, no nos sume en el escepticismo, no nos sumerge en el pantano de las negaciones pesimistas, sino que da vigor á esa fe que brota de todo nuestro ser, á ese deseo profundo de vivir más allá de las fronteras de la muerte, y de acercarnos á Dios.

Y así, iluminando nuestra conciencia con los resplandores de la suya, el autor de los *Apuntes sobre el problema religioso* nos conduce hasta los umbrales del misterio, pintándonos desde allí la visión del que «todo lo penetra y vivifica»; que estando íntegro en todas partes, tiene su morada predilecta en el corazón de sus hijos.

Tal es, en pocas palabras, el asunto y tendencia de este hermoso libro, que todo hombre que no carezca en absoluto de religiosidad leerá con íntimo contentamiento, con emoción profunda y con provecho para su espíritu.

El autor de estos, modestamente titulados, *Apuntes*, puede estar satisfecho; no sólo ha escrito un buen libro: ha hecho también una buena obra.

AUGUSTO F. VILLEGAS.
(Zeda).



Doctor Carlos F. Grisanti

el Gobierno de la Nación, ó de los Estados, le someta puntos de legislación ó jurisprudencia. El Colegio es también jurado sobre el mérito científico de las obras que traten de las materias de Derecho.

Como asociación profesional y disciplinaria el colegio es el que establece las reglas de disciplina de la profesión; forma y lleva el registro de los abogados de la República; resuelve sobre la admisión ó inadmisión de los abogados que no estén inscritos en el registro; vela sobre la conducta de abogados y procuradores, amonestándolos privadamente por las faltas que cometan en el ejercicio de la profesión ó por hechos que los hagan desmerecer del concepto público; defiende, cuando lo cree justo, al individuo del Colegio perseguido por el ejercicio de la profesión; impone multas y suspende del ejercicio profesional.

Los actuales funcionarios de la Corporación, cuyos retratos damos,—á excepción de uno, por razones de personal modestia de uno de nuestros más distinguidos abogados jóvenes,—son:

El señor doctor CARLOS F. GRISANTI,



Doctor Alejandro Urbaneja

COLEGIO DE ABOGADOS DE VENEZUELA

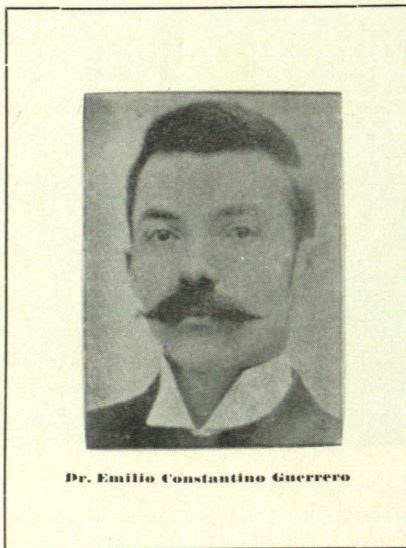


ONSECUENTES CON nuestra promesa y propósitos de traer á nuestras columnas informes y noticias ilustrativas de los gremios, corporaciones, asociaciones, obras y empresas venezolanas, ó que en el país tengan actividad, á fin de ir exhibiendo todo nuestro haber moral, social, científico, industrial y material, exornamos las páginas de este número con los retratos de los

actuales funcionarios del COLEGIO DE ABOGADOS de la República, sobre el cual adelantaremos algunos datos á nuestros lectores.

Esta Corporación, en la forma, atribuciones y funcionarios que tiene hoy, fué creada por decreto Ejecutivo de 9 de enero último, en el cual se dictó la ley vigente de Abogados y Procuradores.

El Colegio, por su naturaleza y por la ley, es, primeramente, un cuerpo académico; y luego, una asociación profesional y disciplinaria, la cual trabaja para realzar en Venezuela la profesión del Derecho y fomentar el estudio de las ciencias que con éste se relacionan. Con el objeto de facilitarle el progreso de su primer cometido, la ley le atribuye la obligación de dar conferencias públicas y llevar á la prensa estudios acerca de la ciencia jurídica, así como la de estudiar y redactar proyectos de leyes, debiendo solamente tomar en consideración cuestiones abstractas, para ilustrarlas á la luz de los principios, científicamente, sin que pueda ocuparse en discutir ó resolver las que estén sometidas ó deban someterse á debate judicial, á menos que



Dr. Emilio Constantino Guerrero

Presidente del Colegio de Abogados, y que antes de llegar á las funciones que hoy ejerce tenía conquistado entre sus colegas y ante el público un concepto de notoriedad y de competencia, comprobado brillantemente en los estrados forenses, en las cátedras de la Universidad y en las curules de la magistratura judicial. Todavía joven, tiene discípulos que son honra del Foro y de la administración de justicia.

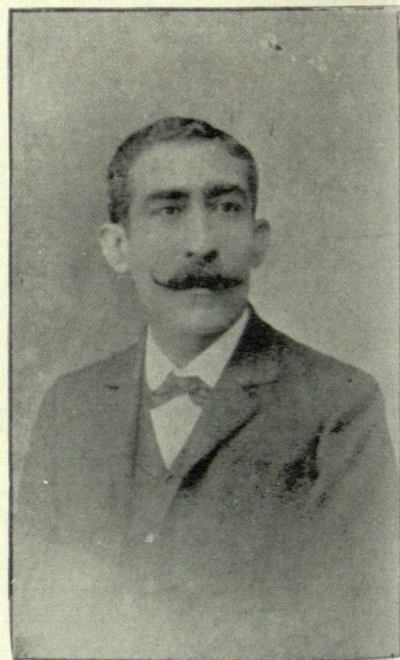
Es primer Vicepresidente del Colegio el señor doctor EMILIO CONSTANTINO GUERRERO, quien vino del Interior de la República con un renombre ganado en notables justas, en su profesión y en su ciencia, y que es, además, escritor de pluma gallarda, periodista político, novelador y poeta.

Ejerce la segunda Vice-Presidencia el señor doctor ALEJANDRO URBANEJA, conocido en la prensa, en la tribuna y en la política de Venezuela desde sus días de estudiante; combatiente tenaz en aquellos tres campos de actividad pública; y que ha sido alto miembro de la administración judicial, profesor en la Universidad, Ministro de Estado.

El Tesorero es el señor doctor JUAN JOSÉ MENDOZA, cuyo retrato falta en esta Revista, por la razón ya indicada; uno de nuestros abogados más jóvenes, pero de mejor preparación y de constantes estudios, los cuales promete hará fecundo su talento.

Desempeña la Secretaría el señor doctor JUAN MANUEL ALAMO DÁVILA, á quien también hemos visto figurando en los altos tribunales de la justicia venezolana; persona discreta, profesor en institutos de la capital, caracterizado por una inquebrantable modestia, que sienta bien al caudal de sus conocimientos.

Los actuales funcionarios durarán por la ley dos años al frente del Colegio de Abogados de la República.



Doctor J. M. Alamo Dávila

NUESTROS GRABADOS



El vencedor en Moukden.—Mariscal Oyama

Este retrato y los que siguen,—de los generales japoneses que en Moukden combatieron y vencieron, bajo el mando superior del Mariscal Oyama,—son los últimos que han llegado á Europa, remitidos desde el Extremo Oriente por los corresponsales de las Revistas.

El viejo Mariscal japonés goza en su país y en el mundo militar que de atrás venía estudiando los hombres y las cosas orientales, de una sólida reputación como organizador y administrador. Se le debe, en mucho, la situación de disciplina en que se hallaba el ejército del Mikado desde los primeros meses que siguieron á la paz con la China; y á sus previsiones y actividad, la más completa provisión en equipo y material de movilización. De los militares que combaten en Manchuria, fué el único gran General, ya conocido en el Japón, que envió el gobierno imperial, reservando para futuras eventualidades á los más notables y prestigiosos estratégicos y comandantes del Estado Mayor japonés.

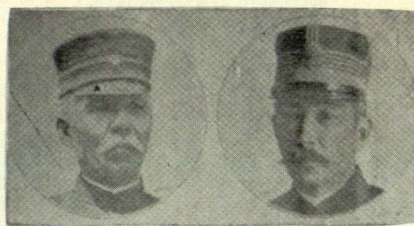


Oku.

Nogi.

Oku no es, como Nogi, un general científico; pero goza de una gran simpatía entre las tropas, á las cuales ha gobernado desde hace muchos años; y aunque carece de los grandes conocimientos que sus colegas han adquirido en Alemania, Inglaterra y Francia, posee un raro instinto de asimilación y rápida comprensión. Es subordinado, sufrido y austero. Cuanto al general Nogi, el sitio de Puerto Arturo ha puesto en evidencia su incansable tenacidad: estudió en Europa y ha sido, en el Japón, de los jefes subalternos que más han contribuido á la nueva organización y disciplina del ejército.

Actualmente es jefe de reserva, con el mando superior de la artillería de sitio y de montaña.



Kuroki.

Nodzu.

El general Kuroki es hoy bien conocido en el mundo por sus hechos espléndidos en la guerra actual. Posee, puede decirse, la llave maestra de la táctica que está empleando el Japón y es el primer ejecutor, inteligente y firme, de los planes de campaña y de combate del Mariscal Oyama. No siendo en su país sino un notable general divisionario, sus profundos conocimientos, su actividad sorprendente, su carácter circunspecto, sus inspiraciones como consejero de guerra y el afecto entusiasta que le han demostrado siempre los soldados, antes de la campaña, lo indicaban para la expedición: se le dió el mando del primer cuerpo de ejército, y, desde el primer conflicto, la batalla del Yalu demostró que la elección había sido acertada. Desde entonces fijó la atención general y ahora informan los que le han seguido y observado, que tiene la seriedad y el genio estratégico de Moltke, con una tranquilizadora serenidad que se sobrepone á todas las dificultades, y, en el momento oportuno, un ardor y una actividad verdaderamente pasmosas. Dicese que sus tropas pudieran denominarse *el ejército del silencio*, porque no hablan, ni llevan músicas, y su distracción favorita, en las horas de asueto, es leer periódicos, pescar, fumar cigarrillos y tomar té: el vino está proscrito del ejército de Kuroki y de resto no se halla sino en el Estado Mayor de Oyama. Mientras el general Oku, de quien es respetuoso y viejo amigo el jefe de que nos ocupamos, resiste imperturbable el empuje del ejército ruso, y el general Nodzu vigila y acude con el centro, el general Kuroki practica esos famosos movimientos envolventes que han dado el secreto de las victorias japonesas.

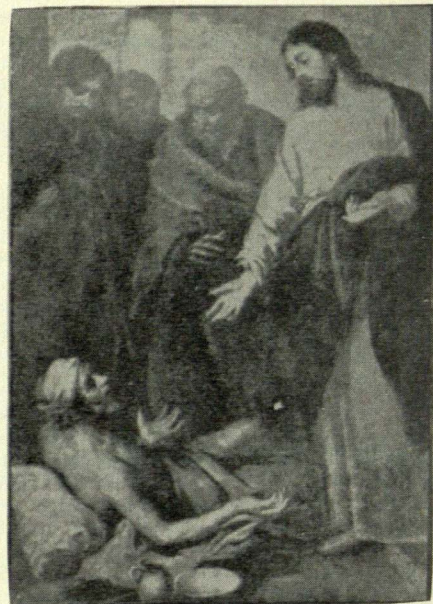
El general Nodzu es el más joven de los actuales comandantes de Nippon en Manchuria; antes que jefe de acción, tuvo fama como técnico y luego complementó su personalidad y dotes de general por el gallardo derroche de una gran bravura en los combates y por la hábil conducción de su ejército en la campaña, de manera que siempre se le encuentra "en el punto deseado en el momento preciso."



El futuro soberano del Japón

El retrato que va encima de estas líneas es

el del niño que un día será Emperador del Japón. Ese niño cumplió cuatro años el 29 de abril último; se llama *Hirohito Michinomiya*; es hijo del príncipe heredero, Yoshihito Harunomiya y de la princesa Sadako Foudjiwara; y nieto del actual Mikado, el emperador: Mutsuhito.



Jesús curando al paralítico
Cuadro de Murillo encontrado en Inglaterra

Desolación

Pudiera también titularse: la última escena de Puerto Arturo.

Representa el aspecto de una calle y casa de la fulminada ciudad, en momentos en que las abandonan los últimos defensores, los heridos, los enfermos, los prisioneros por Nogi de la guarnición rusa. Todo hace pensar en los episodios de espanto, de horror y de muerte que acaecieron en once meses de sitio, que dejaron ciento veinte mil cadáveres de vencedores y vencidos al pie de las fortalezas y dentro el recinto de las trincheras.

Si estragos ocasionaron á la ciudad, en pavorosas ocasiones, los proyectiles japoneses, no fueron menos terribles los producidos por las propias defensas de los sitiados. En algunos puntos habían establecido minas explosivas, consistentes en un profundo foso, en cuyo fondo colocaban una gran cantidad de dinamita, y en seguida lo colmaban con pedazos de roca, cargamentos de tierra, hojarasca, con el objeto de disimularlo. En medio de la noche, cuando los centinelas anunciaban la aproximación del enemigo, los rusos guardaban silencio, para no detener su marcha; sin embargo, cuando suponían que los japoneses estaban cerca de la mina, alumbraban el lugar con un proyector eléctrico; inmediatamente, los asaltantes abrían fuego y los rusos continuaban silenciosos. Pero, cuando la columna enemiga se hallaba dentro de la zona peligrosa, los sitiados hacían estallar la mina: se producía una explosión terrible, cuya conmoción derribaba á los mismos rusos. A la luz de sus proyectores, veían volar fusiles y fragmentos de equipos, mezclados á despojos de restos humanos. Grandes bloques de roca caían en el interior de las líneas rusas; la guarnición misma quedaba estupefacta; luego, una calma profunda; los proyectores no alumbraban sino cadáveres dispersos por todas partes; los cuerpos quedaban tan mutilados, que era imposible calcular el número de víctimas. Algunos desgraciados respiraban aún: durante dos días agonizaban y sufrían todos los dolores, y se veían, emergiendo de aquel carnicero humano, pobres brazos que intentaban

gestos y pedían socorro!... Los perros hambrientos que rondaban por las calles, se arrojaban sobre los cadáveres y los devoraban; los soldados rusos, conmovidos de horror ante aquel espectáculo, mataban á balazos á los perros.

Después de la entrega de la ciudad, ha quedado el silencio de la desolación.

Un vivac de Infantería en el ferrocarril transiberiano

La vida y las costumbres del soldado ruso difiere esencialmente de la de los soldados de Occidente: son hijas de un pueblo completamente distinto de los nuestros, por su raza, su origen y sus climas.

La contemplación de ese vivac en medio de la línea férrea, en las llanuras de Manchuria, retenía largo tiempo á los europeos. Todo llamaba su atención: la familiaridad de los oficiales entre sí, cualquiera que sea su grado, 6 con los soldados; el compañerismo que hace desaparecer toda jerarquía; la ausencia casi total de la influencia del sub-oficial; la comunicación directa del jefe con el *tcheloviek*, el individuo, el «número»; y luego, los cantos del vivac. En guarnición, en marcha, en el campamento, el soldado ruso canta siempre, y lo acompaña el oficial, ó lo provoca, tomando la iniciativa. Esos cantos son graves y no están escritos: son leyendas populares, *lieds* muy cortos, cuyas coplas entona una sola persona y la masa contesta á coro con el estribillo.

En ese vivac, todo el suelo desaparece bajo una corteza de nieve endurecida; el cielo es tierno, el sol descendiende hacia el horizonte y purpura las siluetas de los oficiales y soldados, hundiéndolos en una bruma dorada. Un grave silencio envuelve las cosas: la noche va á llegar y van cesando todos los ruidos. El regimiento coloca equipos y armas á voluntad; pronto un cantor comienza una cantinela en tono doliente; refiere una historietita en diez y siete coplas: á pleno pulmón, el regimiento repite el estribillo.

R. Brugada

Alegre como una castañeta, ardiente como el Málaga, dulce, rumoroso y ligero como un ala de mariposa, el *Tango Español* alborota el espíritu y puebla el aire de perladas y mágicas notas, que sollozan y cantan y suspiran y ríen. Y como alas de mariposa los pies se mueven al suave compás de la castellana música; resbalan cadenciosamente, giran en vertiginoso vuelo como poseídos de inefable ebriedad; las manos se entrelazan, y las bocas, sonrientes y encendidas cual botones de abril, exhalan hálitos de rosas primaverales.

El *Tango Español* tiene un alma, alma voluptuosa y sencilla y fresca y noble como la tierra del Cid. Al influjo de esos acordes la negra pesadumbre huye y la más sana alegría se apodera del alma.

Retirada rusa en Manchuria

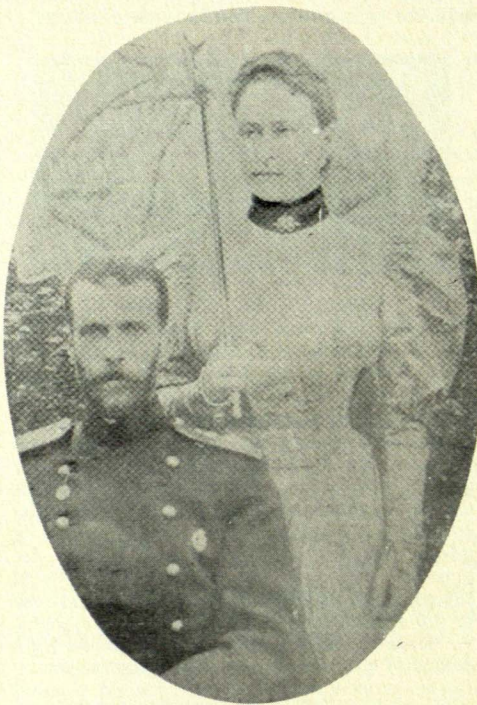
La tristeza y la miseria, más que el propio desastre, abaten el espíritu moscovita. Son los últimos defensores de aquella tierra tinta en sangre heroica, teatro de más de una hazaña fabulosa. Las huestes del Czar tienen un éxodo silencioso y miserable: hambrientas y casi desnudas, mordidas por el más intenso dolor, vuelven la espalda á aquellas regiones donde un día las banderas del soberano ruso flotaban al aire victoriosas y omnipotentes.

La miseria los empuja hacia la frontera; la tristeza, como una deidad terrible, se adueña de sus campamentos y la vocería del cañón japonés suena en sus oídos fatídicamente como un toque de rebato. El éxodo de las tropas moscovitas es silencioso y miserable.

Antes del baile de máscaras

Este cuadro de C. Schweninger es de una gracia arrobadora y está pintado con verdadero talento de artista.

La elegante y regocijada comparsa se da,



El Gran Duque Sergio de Rusia, muerto por una bomba, y su esposa Isabel

como si dijéramos, el último toque y bullanguera y perfumada, derrochando alegrías, se dispone á partir para la loca fiesta donde la música, el champagne, las fragancias de las flores y el deslumbramiento de las luces, embriagarán con licor de júbilo sus sentidos.

Está pronta á partir y este interesante momento es el que, con lujo de pormenores, con maestras pinceladas, reproduce en la tela el celebrado artista.

Bien merece los honores de la copia escena de tan suaves y risueños coloridos.

Tentaciones de San Antonio

San Antonio Abad fué el fundador de las órdenes monásticas; fundador modelo y padre de los cenobitas, salidos del retiro y de las soledades del Tebaida.

A ellas se sintió atraído el santo contemplativo, y en ella fué donde ocurrieron las tentaciones que han dado motivo para cantar á los poetas, para adquirir fama á los pintores y á los escultores y artistas de la Edad Media; asuntos para obras bellísimas que son todavía admiración del Arte; tema fecundísimo de composiciones que muchas veces traspasaron los límites del decoro.

De su especie tienen cuadros: en el Museo de Dresde, Sebastián Franc, Lucas de Leyden, Brueghel d'Enfer; en Viena, Brueghel de Velours; en Amberes, Martín de Vos; en Florencia, Carraccio, Lipo Fiorentino y Salvador Rosa; en Siena, Stephano de Giovanne y Manetti; en Caen, el Veronés; en Génova, Beusso; en Venecia, el Tintoretto; en Madrid, Patinir. Sin hablar de las tablas de Bosch y de los cuadros de Teniers.

A los vestigios, á los diablos, al aparato cómico infernal de la Edad Media, han reemplazado orgías de mujeres voluptuosas, semidesnudas, tentadoras. En ese género han sobresalido: Duval, Tassaert, Isabey, Vibert, Delaroché y Morelly.

Entre los grabadores se citan las estampas de Cranach, Callot, Collaert, Wolfgang, Both, Cochin; todo en torno de las grandes obras pictóricas de carácter serio, como los retablos de Van der Weyden y de Sterbout, los cuadros de Rubens, Bonifacio, Barocci, Jordán, el Calabrés y Sachi.

El General Linievitch,

COMANDANTE EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS

RUSOS EN MANCHURIA

No es un Gran Duque: es un bravo y simple soldado de fortuna.

La elección imperial, para reemplazar al infortunado Kouropatkine, ha caído en una personalidad militar más que probada, uno de los jefes más populares de Rusia, conocido por los ejércitos czaristas con el sobrenombre del «padrecito Linievitch».

A pesar de su avanzada edad,—puesto que nació en 1838,—y de sus numerosas heridas,—que lo obligan á caminar apoyado en un bastón,—el nuevo Jefe de Manchuria conserva todavía todo el vigor de sus años de joven.

Mandaba el ala izquierda del ejército ruso en la batalla de Moukden, y resistió durante muchos días el empuje de Kuroki.

Vaciló un poco antes de aceptar la sucesión de Kouropatkine, porque, realmente, su tarea es una de las más difíciles que haya asumido General alguno en la guerra. Ninguna situación militar ha reclamado nunca mayor actividad, ni decisiones más prontas.

Ya las cosas no pasan como en Liao-Yang, en donde, después de algunos días de una persecución infructuosa, en donde el ejército japonés, cansado y detenido por otro del enemigo en reserva, tuvo que hacer alto bruscamente. Ahora, el japonés victorioso no tiene quien lo detenga: no ha cesado de ponerse en contacto con el ruso, al que asedia y estrecha por ambos flancos, no dejándolo reposar, sino en estos días en que se dice que el Mariscal japonés espera el resultado de la próxima batalla naval, para proceder.

El Kremlin.—Moscou

El Kremlin, cuyo nombre según dicen, se deriva de la palabra *Kremle*, que significa Pedro, encierra el senado, el arsenal, la iglesia de la Anunciación, la catedral de la Asunción donde antiguamente se coronaban los zares; la iglesia de San Miguel, que guarda las tumbas de los primeros soberanos del Imperio, el palacio de los patriarcas, y el palacio de los antiguos Zares.—Este fué el nido de granito,—dice un escritor francés,—en que nació Pedro I.

Delante de una de las fachadas laterales campea el famoso cañón fundido en 1.694, de peso de 96.000 libras trece onzas, largo de 17 pies, y de 4 pies y 3 pulgadas de diámetro. Está rodeado de otros muchos cañones turcos y persas.

Frente á la fachada que sirve de último plan á los cañones, se alza el campanario de Iván Velikoi, construido para perpetuar la memoria del hambre que diezmó á Moscou en 1600. La cruz que servía de remate á la Iglesia—según Dumas—la mandó á arrancar en su retirada Bonaparte, que la destinaba á la cúpula de los Inválidos; pero los que tenían encargo de llevarla la arrojaron al Beresina por no poder arrastrarla más allá.

Este grandioso edificio, donde yace la famosa campana eterna, que en otro tiempo imperó sobre treinta y dos campanas, fué incendiado por los rusos cuando el poderoso ejército del conquistador de Egipto invadió los dominios del Zar. Reconstruido poco después, hoy es uno de los más hermosos edificios de Europa.

El General Kuroki

En un concurso de tiro entre oficiales japoneses y europeos, verificado recientemente, el General Kuroki puso de manifiesto la seguridad de su brazo, su habilidad en el manejo del arma.

Fué un notable concurso de militares científicos, adiestrados y tácticos, en el cual Kuroki evidenció elocuentemente los adelantos del arte de la guerra en su patria.

Rusia antigua

La crueldad de la primitiva Rusia se echa de ver en el episodio histórico que publicamos hoy, episodio mil veces horrible que la leyenda registra con dolorosa severidad.

Los polacos, ese pueblo doliente y casi disperso, tomaron un día á Moscou; reconquistado éste por sus antiguos poseedores ejercieron en los valerosos polacos prisioneros, la más horrenda de las venganzas de que hay memoria en los anales del mundo. Enterrados vivos hasta el cuello, los infelices polacos veían cómo la cuchilla rusa se aprestaba á segar, como la hoz un manojo de frágiles espigas, sus cabezas pobladas de sueños de libertad, de imponderables entusiasmos bélicos.

Trágica pintura que recuerda las sangrientas venganzas del imperio romano, que conturba el espíritu, que mueve á piedad, que arranca al pecho un ¡ay! largamente quejumbroso.

La Guardia joven de Iván el Terrible

1.550

Para formarse una vaga idea de lo que fué esta guardia basta apuntar algunos de los hechos históricos del soberano á quien sirvió.

Iván el Terrible fué magnánimo y benigno en los comienzos de su reinado; pero durante los 25 últimos años de éste se convirtió en un déspota receloso y cruel. Durante seis semanas hizo degollar más de 600 ciudadanos, sin perdonar los niños ni las mujeres; se casó siete veces, lo mismo que Enrique VIII de Inglaterra, y mató á uno de sus hijos con el bastón de hierro que siempre llevaba. En 1551 reunió un Concilio, el cual decretó que todo el que se afeitara la barba se declaraba enemigo de Dios.

La lucha contra la naturaleza, en Manchuria

La guerra actual, en Manchuria, no solamente tiene de espantoso y de terrible el número de combatientes, que llega hoy á medio millón de hombres, los encuentros indescriptibles de aquellas masas armadas que tenaces capitanes hacen chocarse hasta el exterminio, los poderosos instrumentos de destrucción con que cuentan ambos ejércitos: todo eso puede decirse que constituye el descanso, las treguas de la campaña, comparado con los esfuerzos, con los trabajos, con las agonías, con el heroísmo que es preciso derrochar cada instante, para vencer los obstáculos que la feroz naturaleza de aquella entraña asiática le opone al paso de un solo hombre.

Nuestro grabado representa una de esas escenas de lucha contra el enemigo común, más poderoso que los poderes de Rusia y del Japón reunidos. En esa escena, los japoneses, al tomar una posición empinada, apenas logran cubrir con sus cuerpos los flancos de la roca, casi inaccesible.

Se ha calculado que en asaltos semejantes, de 5.000, apenas llegan á la altura deseada 1.500!

Plaza de Uracoo

EL COJO ILUSTRADO se ha complacido siempre en engalanar sus columnas con vistas de edificios, calles y paseos nacionales. La fotografía de hoy, trabajo del señor Solórzano Gómez, corresponde al Distrito Sotillo y representa la Plaza de Uracoo.

Ocumare de la Costa

La hacienda del general Raimundo Fonseca, ubicada en las fértiles regiones de Carabobo, es una de las propiedades que en Venezuela pregona el esfuerzo laborioso, el amor al trabajo.

En esta hacienda, la exuberancia de nuestra zona ofrece ubérrimos dones, vuelca su maravillosa cornucopia fecunda en matices, aromas y frutos. Y de esta prodigiosa vegetación, es el árbol cuya fotografía ofrecemos en el presente número, árbol de caucho, cuyo almácora nació espontáneamente por la caída de los frutos.

SUELTOS EDITORIALES

DR. ODOARDO LEON PONTE

Ha muerto lejos de la patria, en Panamá, este distinguido amigo nuestro. Era León Ponte un espíritu batallador, un obrero infatigable del trabajo, al que rindió culto hasta en los postreros instantes de su existencia.

Deja una familia numerosa, educada en la práctica de la virtud, y una memoria sobre la cual nunca caerá el polvo del olvido.

EL COJO ILUSTRADO hace suyo el justo dolor de la familia León Ponte á quien presenta la más sentida palabra de pésame.

JULIO FLOREZ

Desde hace algunos días es nuestro huésped este genial y exquisito poeta colombiano, cuya doliente musa ha producido más de una rara flor lírica, gala y prez de la poesía hispano-americana.

Este alto poeta era ya bastante conocido entre nosotros. Sus versos, recitados con cariño en el hogar habían hecho de Julio Florez un venezolano, y hoy, al hacerse nuestro huésped, sus compañeros en letras, la juventud, la sociedad, han dado al bardo numerosas pruebas de cordial deferencia.

En el próximo número adornaremos nuestras columnas con el retrato del inspirado poeta quien, antes de abandonarnos, publicará un tomo de sus poesías inéditas, que ya está en prensa.

Saludamos cariñosamente al melodioso cantor y ponemos á sus órdenes las páginas de nuestra Revista.

HOJAS, FLORES Y ESPINAS

La imprenta carabobeña de *Dontimoteo*, acaba de editar un libro del joven escritor valenciano Antonio Lecuna Bejarano, quien nos lo remite con dedicatoria que sabemos agradecer. Por el estilo de sus páginas, por la fuerza de sentimiento batallador y los rumbos del pensamiento que en ellas se descubren, el autor ha plantado su ramillete, rama de rosas florecido,—sobre el tono livido, de desleída sepia, de un erial.

Tiene letras que dicen de la deficiencia cuasi absoluta, hasta ser precaria, del sitio y de la hora. Como éstas que dicen: El medio ambiente literario no es propicio para los gladiadores de la idea. Las teas del pensamiento se apagan bajo la presión de una atmósfera asfixiante. Los esfuerzos de aquéllos que luchan por un ideal grandioso, se ahogan en el océano de la indiferencia. No hay flores en la campiña ni aves que con sus cantos alegren la soledad de las frondas....—Es la desolación de la cumbre, donde se acumulan á perpetuidad las nieves del olvido, ó el desierto que azota el simoun devastador de las pasiones. Tristes, enfermos, harapientos y sombríos, los peregrinos del Ideal cruzan la Vía Dolorosa, descalzos, rotas las liras, en un tiempo raudales de armonía, y la vista fija en un punto luminoso que siempre se pierde en la angustiosa lejanía del negro Imposible.

Es un grito de rebelde, pero no de vencido, que tiene eco que será fecundo y provechoso.

DUELO

En próximos pasados días se celebraron en esta capital exequias al cadáver de la señorita EMILIA CALCAÑO, quien ha seguido, con breve intervalo, el eterno camino que un triste día tomó el alma altísima de su hermano, el nunca bien sentido Eduardo.

EL COJO ILUSTRADO, una ocasión, en vida de aquella dama, pagó parias cordialmente al noble espíritu, á las bellas virtudes y á la obra munificente de la mujer buena, piadosa y dulce, que fué tierna y compasiva con el dolor humano y con la desdicha ajena.

En esta otra ocasión, ahora triste, renovamos aquellos sentimientos, y con todo nuestro pesar acompañamos á la familia Calcaño en su nuevo dolor.

PÉSAME

Ha llegado á Caracas la triste noticia de haber fallecido en Milán el señor LIVIO BIANCHI, quien por algún tiempo había fijado entre nosotros su residencia y sentía nobles simpatías por la sociedad y país de Venezuela.

A sus deudos que se hallan en esta capital enviamos la expresión de nuestro pésame, en especial á su hermano político, nuestro amigo el señor don Andrés Arlón.

3er CENTENARIO DE DON QUIJOTE

El 9 en la noche, la juventud intelectual, algunos hombres de ciencias y parte distinguida de nuestra sociedad celebró con un banquete el 3er. centenario de la publicación de *Don Quijote*.

Este simpático acto, verificado en el espacioso comedor del Hotel Klindt, ha sido una de las notas más culminantes de la presente quincena. La mayor cordialidad reinó durante la fiesta, donde poetas y escritores deshojaron las más preciadas flores de su ingenio.

EDUARDO G. MANCERA

Repentinamente ha fallecido en esta capital éste que fué muy apreciado caballero, poseedor de relevantes prendas de cultura personal y de discreción social, correcto padre de familia, y buen funcionario público.

Han sido muy sinceras y muy merecidas las manifestaciones de pesar que su apreciable familia ha recibido, producidas por la inesperada desaparición del señor MANCERA.

El Concejo Municipal de Caracas, del que era Presidente, acordó honores fúnebres, entre otros, su propio duelo, por el espacio de ocho días.

Unimos á las protestas de dolor que ya mencionamos, cerca de la familia del finado, las nuestras muy sentidas.

DON MARIANO ABRIL

Se encuentra en Caracas, en viaje de recreo, este distinguido poeta y periodista puerto-riqueño quien en unión de Muñoz Rivera redacta el diario *La Democracia*.

Nos es grato saludar al señor Abril y le deseamos días de complacencias en el seno de esta sociedad.

Las columnas de EL COJO ILUSTRADO están á las órdenes del distinguido diarista y poeta.

DOLOR

Profundamente amargo es el que experimenta en estos días el señor Juan Santana de León, por la muerte de su preciosa hija GILDA, acaecida en la noche del 8 de este mes.

Al atribulado padre y á los que en su hogar sufren hoy la irremediable desgracia, acompañamos con nuestros sentimientos de pesar.

AL SEÑOR A. DUPOUY

nuestro amigo muy apreciado, enviamos en estas líneas todo el testimonio de la pena que nos ha producido el fallecimiento de su apreciable hermana, la señorita CONSTANZA DUPOUY, ocurrido también el día 8 del mes corriente.

ARPAS CUBANAS

Es una preciosa Antología, formada por composiciones de veinte y cuatro poetas y cinco poetisas cubanas, todos ellos dignos de un tiempo, una literatura y un país que hubiesen sido dominadores de espíritu y de mundo, por largos y altos espacios en la Historia.

Aniceto Valdivia (*Conde Kostia*) los presenta en un rápido prólogo, en el cual anota, sin equivocarse, las analogías de inspiración, de ritmo y de rimas que los bardos contemporáneos de Cuba tienen con la electa familia pindárica, por todo el planeta. En realidad, luego de leído el grueso volumen, se advierte la justeza de las anotaciones del prologista. Comienza la antología con el nombre y producciones de Dulce María Borrero, de quien ya EL COJO ILUSTRADO ha hecho conocer de sus lectores de Venezuela la fina idealidad que vela, sin cubrir, el joyero lírico; Borrero Echeverría, que tiene la serenidad de un «descriptivo» del siglo XVII; Callejas, con una triste filosofía consoladora, paradoja que se explica al leerlo; Carbonell, un rimador como el que cantó á *Rolla*; Farrés, un nostálgico de los buenos tiempos en que rimaban una romántica sinfonía colores y sonidos; Ricardo del Monte, un épico; Valera Zequiera, un anatomista y patólogo poeta; Byrne, el lírico nacionalizado ya en todo el parnaso americano; Collantes, que si no ha ido, ha soñado y vivido en sus sueños la tierra andaluza, asoleada y rumorante; Fancueva, que un día llegará á cantar remotas tristezas que todos olvidamos; René López, el sucesor, el Benjamin de los bardos de Cuba, é indicado para sucesor de su maestro Julián del Casal. Y con todos ellos, Hernández Portela, «que hace en verso lo que Gustave Moreau realizaba en las telas»; Pichardo, á quien nosotros y nuestro público tiene de antes conocido, por la elegante discreción con que ha dirigido *El Figaro*, de la Habana, y que ha bautizado *Oféldas*, un género suyo de poesías; Sánchez Fuentes, que tiene la majestad y la serenidad; Enrique José Varona, el profesor y pensador, que es, además, un sensitivo; y otros más, algunas de cuyas estrofas hemos elegido para exornar futuras ediciones de esta Revista.

Enviamos nuestras gracias al amable remitente de *Arpas Cubanas*.

SECCION RECREATIVA

Sequía en Austria

La pertinaz sequía que se deja sentir en algunas partes de Austria ha hecho que el agua se haya puesto más cara que el vino. Hace poco, en Rovigno, se pagaba á 20 bolívars el jarro.

La electricidad disolviendo nieblas, humo y polvo

UN DESCUBRIMIENTO QUE VALE

MILLONES

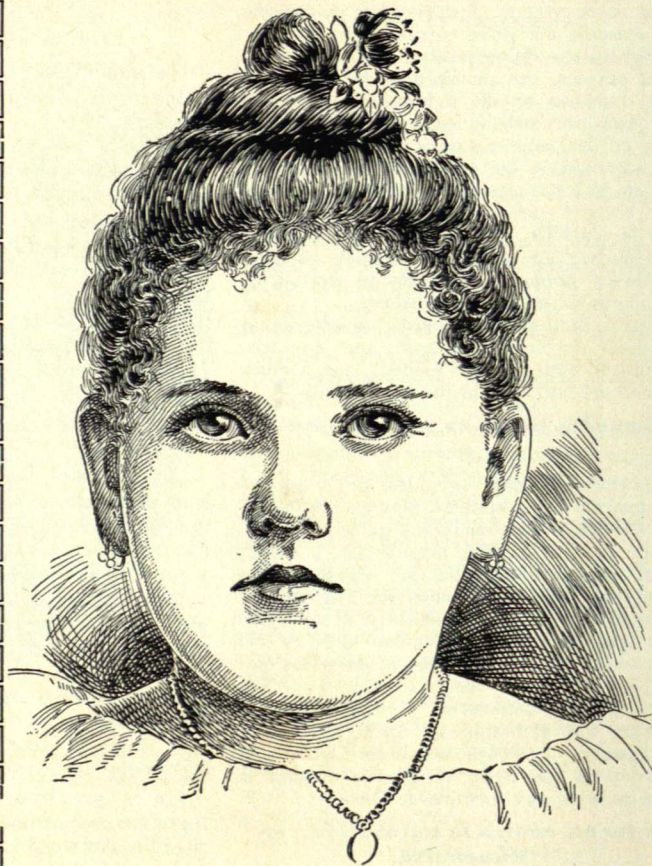
Sir Oliver Lodge, eminente ingeniero inglés, ha descubierto que, empleando corrientes eléctricas de alta tensión y de varios millones de voltios, se puede disipar una niebla rápidamente.

El citado hallazgo científico es interesante, no sólo porque impediría la pérdida de muchos millones y de innumerables vidas humanas (ya que la niebla, sobre paralizar la vida en muchas ciudades del norte de Europa, es el enemigo más formidable del navegante), sino porque supone además, según asegura el descubridor, la supresión del humo, del polvo y de los vapores deletéreos ocasionados por la calcinación de los metales. Con ayuda de las corrientes eléctricas de alta tensión se convertirán todos esos daños en positivos beneficios, en cuanto precipitando luego industrialmente las partículas carbonosas y metálicas en suspensión en el aire, podrá aprovecharse una riqueza que hasta ahora se perdía tontamente.

Se argüirá que la idea de sir Oliver Lodge no es de una novedad absoluta, puesto que fué anunciada hará cosa de veinte años. Lo que ocurre es que entonces no disponía el ingeniero británico, para llevarla á la práctica, de los poderosos elementos que hoy tiene. Por aquellos tiempos la electricidad se hallaba en la infancia, comparada con lo que es al presente.

Ha sido preciso, para realizar el pensamiento, la aparición de un transformador, y que acaba de inventar Mr. Peter Cooper, un norteamericano.

Emplazado el transformador en las farolas del alumbrado público ó en los mástiles de un buque, y hecha pasar la corriente eléctrica por el mismo, desaparecen como por ensalmo las nieblas y el humo, con la ventaja de que pudiendo ser las primeras convertidas fácilmente en lluvia, no habrá por qué preocuparse ante las sequías en los distritos rurales.



LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoain 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artrismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.



Exíjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestras y rechácese las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia **RADICAL** del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosas acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta. De venta en la Farmacia de **Valentiner y C^o**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

SIEMPRE GIOVENE

(SIEMPRE JOVEN)

CONSERVA SU ROSTRO LA DAMA O EL CABALLERO QUE USA
EL JABON DE ROMERO DEL DOCTOR LOBB

Nada hay que iguale
el **Verdadero Remedio**
Homeopático del **Doctor**
Lobb para la Anemia.

Como reconstituyente y ro-
bustecedor de la niña ó de
la mujer raquítica ó debili-
tada por enfermedad. Pro-
duce ricos glóbulos sangui-
neos, bella complexión,
carnes firmes y her-
mosas al cuerpo. —

Precio: 3 y medio
reales.

Las virtudes curati-
vas del Romero com-
binadas con los esco-
gidos perfumes y re-
finados Aceites Vege-
tales de que se fabrica
el **Jabón del Doc-**
tor Lobb le hacen dar resul-
tados verdaderamente maravillo-
sos en la curación de las Irrita-



ciones cutá-
neas, los Ba-
rros, las Espini-
llas, la Caspa y las
Escaldaduras.

A la vez que cura, em-
bellece la piel, evita las
arrugas é impregna de un
perfume duradero y más
delicioso aún que el de las
lilas y madreselvas. —

Precio: 3 y medio
reales.

Si desea usted el con-
sejo profesional desinte-
resado de un facultativo,
escriba al

DR. H. W. LOBB.

Nº 329, Nº 15 th Street

Philadelphia Pa. U. S.

A.—Le atenderá con

gusto y le enviará el **Manual**
del **Dr. Lobb**, que es el mejor
amigo en el hogar.

Agentes Generales en Venezuela, Trinidad y Curazao, señores
H. THIELEN & Ca.—Caracas, (Esquinas Coliseo y Llaguno).

Depósitos en las principales Farmacias y Droguerías
en Caracas

Valencia, Herrera Hermanos. —La Victoria, H. J. Croes. —Mara-
caibo, José Pinedo y Ca. —Barquisimeto, Francisco A. Bolaños y Ca.
—Ciudad Bolívar, C. Scherling y Ca. —Puerto Cabello, M. Agreda. —
San Fernando de Apure, C. M. Laya y Ca. Sucesores.

Cómo duermen los japoneses

Los japoneses duer-
men siempre con la
cabeza hacia el Norte,
y observan esta cos-
tumbre con tanto ri-
gor, que en toda
alcoba particular ó
de fonda ó casa de
huéspedes se hallan
señalados en las pa-
redes los cuatro pun-
tos cardinales. A los
muertos los colocan
también en la tumba
con la cabeza hacia
el Norte. Esto pare-
ce una tontería, ¿eh?
Pues ya se ha de-
mostrado en la guerra
que, cuando los ja-
poneses ponen hacia
el Norte la cabeza
(al Norte han cami-
nado siempre hasta
ahora), saben salirse
con sus propósitos.

EL ARTE DEL POSTIZO



Creaciones artísticas y seductoras de
todos los accesorios para el peinado
M. et Mme. DESFOSSE

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

LINIMENTO GENEAU para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos
dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances,
Moletas, Alifates, Esparavanes, Sobrehueros, Flojedades é Infartos en las
piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caída de pelo, aun
durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enferme-
dades internas. — Precio 6 fr. Depósito General: Farm^a GENEAU, 165, r. St-Honore, PARIS



RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
París, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio las **ENFERMEDADES DEL PECHO**
más eficaz las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**
para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **FILIVORE, DUSSE**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

GOTA

LICOR

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

Perlas en el agua dulce

La almeja de río, y algunos otros moluscos bivalvos de agua dulce, contienen con frecuencia hermosas perlas. En Sajonia se hace con ellas un comercio perfectamente reglamentado desde el año de 1610. Los moluscos se colocan en cauces preparados de antemano, y son cuidadosamente examinados cada cinco años, encontrándose, por regla general, de dos á diez perlas en cada uno.

Una industria análoga y muy provechosa se encuentra en Suecia, y también en algunas otras partes de Europa.

Los chinos explotan igualmente las perlas de agua dulce, fomentando artificialmente su producción mediante la introducción de cuerpos extraños en las almejas de río.

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL DR CLIN

al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias. 636

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El alcanfor y la guerra

La guerra ruso-japonesa ha hecho subir enormemente el precio del alcanfor. Dos razones hay para esta inexplicable consecuencia. En primer lugar, el gobierno del Japón, país casi exclusivamente productor del alcanfor, monopoliza todo el producto del cultivo alcanforero,

sobre el cual pesa una administración excesivamente rigurosa. La otra razón es que, como el alcanfor pinta un gran papel en la fabricación de ciertos explosivos, el gobierno del Mikado procura acapararlo ante la perspectiva de eventualidades bélicas indefinidas. Es lógica, después de todo, que el Japón quiera privar así á sus adversarios de este agente de fuerzas destructivas.

Con gran éxito.—Desde Caracas escribe el doctor Juan Vicente Mendible, de la Ilustre Universidad de esa capital.

"Tengo el gusto de informar que he empleado la Emulsión de Scott con gran éxito en una señorita que principiaba á padecer del pecho; y con iguales resultados la he prescrito en otros casos semejantes.

He visto tomarla sobre las comidas á gusto del paciente y sin perturbarle la digestión.

Por lo cual les manifiesto que es un excelente preparado."

Otras pruebas admirables y de diferentes naciones

Caso sin Diarrea en México

El distinguido poeta mejicano y Director de la Biblioteca de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.—México, Mayo 26 de 1901.—Después de usar el específico DIGESTIVO MOJARRIETA, por consejo de un amigo que también se curó con dicha medicina, en el término de un mes de usarlo he sanado de una penosa afección del estómago que por mucho tiempo venía padeciendo.

En beneficio de los que padezcan afecciones de ese género, extiendo la presente constancia.

Rafael Martínez Rubio.

Otro caso con diarrea en México

El Sr. Notario Don Enrique Romero Mondragón, que tiene su bufete en el número 7 de Cordobanes.—México, Julio 10 de 1901.—He logrado una completa curación con su magnífico específico DIGESTIVO MOJARRIETA que me fué muy recomendado por mi amigo Sr. Salvador Adalid, que también se curó: después de haber sufrido de dispepsia rebelde á todo tratamiento. Este resultado lo he obtenido con sólo cinco estuches de obleas de su preparado. De usted, con la mayor consideración se ofrece muy atto. S. S.

E. Romero Mondragón.

Otro caso con diarrea en México

El propietario de los grandes almacenes de calzado "La Norma", calle 1ª del Reloj 2; "El Muestrario" 2ª del Reloj 1; "La Americana" 3ª del Reloj 3.—México, Abril de 1901.—Sufriendo un cólico bilioso que me impedía hacer la digestión, recurrí al DIGESTIVO MOJARRIETA, obteniendo un resultado feliz, y á él debo en absoluto gozar hoy de perfecta salud, sin notar nada de mi antigua enfermedad. Tengo especial gusto en consignar y recomendar su preparado como el mejor remedio para las enfermedades del aparato digestivo. Agradecidísimo de usted, quedo á su disposición.

Fernando Leite.

Otro caso con diarrea en México

El abogado señor Lc. Mario Rendón Espada, tiene su bufete en Cordobanes 110.—México, Mayo 11 de 1901.—Me es grato manifestar que habiendo tomado varios estuches del DIGESTIVO MOJARRIETA he experimentado su eficacia, superior á todos los remedios que hasta entonces había tomado para curarme una rebelde afección gástrica intestinal. En la actualidad me encuentro completamente curado y al recomendar el DIGESTIVO MOJARRIETA no hago más que cumplir con un deber de gratitud. De usted atento S. S.

Lc. Mario Rendón Espada.

EN MONTEVIDEO

El Director de la Escuela Comercial, calle Paysandú 128.—Montevideo, Diciembre 6 de 1899.—A los siete años de padecer del estómago, cuando ya estaba cansado de seguir tratamientos médicos y de probar con remedios contraproducentes que se anuncian, la desesperación me guió hacia el DIGESTIVO MOJARRIETA, y estas obleas, después de haberme aliviado con rapidez, al fin me han curado completamente, por lo cual, en bien de la humanidad, doy mi declaración.

Pascual C. Cozzolino.

La señorita Rius, propietaria de la lencería "Au Cours de Paris", calle Andes, 212.—Montevideo, Febrero 7 de 1900.—Llevaba tres años sufriendo náuseas constantes, digestiones dolorosas y mareos. Tomé sin provecho muchos medicamentos, varios de los cuales me fueron recetados por médicos distinguidos, hasta que una persona muy apreciable me aconsejó tomar el DIGESTIVO MOJARRIETA que me ha sanado completamente.

Maria Rius.

El Coronel del ejército uruguayo.—Montevideo, Noviembre 10 de 1899.—Puedo garantizar la eficacia de las hostias MOJARRIETA, porque habiéndolas tomado durante cuatro meses he obtenido completa curación de la enfermedad al estómago que desde varios años venía padeciendo.

Cayetano Giordano.

El Sr. Baldassare Fontana, propietario de la sombrerería El Puerto, calle Piedras 69.—Montevideo, Agosto 6 de 1901.—Certifico que habiendo usado el DIGESTIVO MOJARRIETA, he encontrado que este remedio supera á todos los demás específicos que se me habían recomendado para mi enfermedad al estómago y he obtenido con él mi radical curación, por lo cual lo recomiendo á todos los enfermos del estómago como el único eficaz.

Baldassare Fontana.

El Inspector de la Cárcel—Penitenciaría.—Montevideo, Septiembre 5 de 1900.—Muy complacido hago constar el maravilloso resultado que he obtenido con tomar el DIGESTIVO MOJARRIETA que me sanó la famosa enfermedad del estómago de que padecía desde mucho tiempo y para lo cual otros remedios fueron ineficaces.

Avelino Acevedo Esteche.

El señor Baeza, jefe de la Oficina de crédito público del Banco de la República.—Montevideo, Octubre 7 de 1901.—Padecí durante seis años y llegué á encontrarme tan grave que estaba sometido á leche y jugo de carne, hasta que tomé el DIGESTIVO MOJARRIETA y me he sanado admirablemente.

José R. Baeza.

EN CHILE

El dueño del Hotel España é Italia, Sr. Manuel J. Caraves, calle Cochrane, 41.—Valparaíso, Octubre 30 de 1902.—Después de 8 años de grandes sufrimientos, consistentes en incapacidad para digerir, teniendo limitada mi alimentación á caldo y cansado de tomar medicamentos, apelé al DIGESTIVO MOJARRIETA y reconozco que ha sido lo único que me ha estado bien, pudiendo hoy alimentarme bastante, siendo mi digestión perfecta; lo cual certifico en beneficio de los enfermos por haber pasado un año sin volver á tomarlo.

Manuel J. Caraves.

El hacendado Sr. Irrarrazabal.—Santiago, Enero 22 de 1901.—Me es grato manifestar á usted que con sólo nueve estuches de su DIGESTIVO MOJARRIETA me encuentro perfectamente restablecido de la molesta dispepsia que sufrí por más de cuatro años. Haga usted uso de la presente en la forma que más le convenga. Salúdalo atentamente.

J. S. Irrarrazabal.

El sargento mayor del ejército.—Santiago, Junio 6 de 1901.—En la campaña del Perú adquirí una grave enfermedad al estómago, y después de tantos años y de muchos medicamentos, diez estuches del DIGESTIVO MOJARRIETA me dieron la completa mejoría y hoy puedo dar á usted mis agradecimientos. Queda á las órdenes de usted su S. S. S.

Juan R. Barrios.

El empleado de aduanas.—Santiago, Abril 30 de 1901.—Debo confesar á usted que mi crónica gastro-enteritis quedó curada con el uso del DIGESTIVO MOJARRIETA y mi estómago funciona regularmente.

L. Martínez O.

El acreditado comerciante en frutos del país.—Santiago, Febrero 3 de 1901.—Quedo muy agradecido al doctor Mojarrieta por los sellos de su invención, pues con pocos estuches sané completamente de una gastro-enteritis muy molesta.

Manuel D. Cobarrubias.

La Sra. viuda del Sr. coronel Olivares.—Santiago, Enero 27 de 1901.—Sr. Dr. J. Mojarrieta.—Permítame decir á usted que sus obleas MOJARRIETA han devuelto la calma y tranquilidad á mi hogar. Han sanado de una gastro-enteritis antigua á mi hijo más querido. Le envío la presente en prueba de agradecimiento.

Manuela V. Olivares.

El Sr. F. Henckens, agente comercial, que tiene su oficina en calle Condell, 130.—Valparaíso, Noviembre 29 de 1902.—Puedo atestiguar que el DIGESTIVO MOJARRIETA me ha restablecido completamente de una gastritis intestinal que por espacio de dos años venía padeciendo. A pesar de haber tomado otros remedios, nunca conseguí ni aliviarme, y sólo con el uso del DIGESTIVO MOJARRIETA he logrado restablecer mi salud, por lo que me es grato hacerlo público.

F. Henckens.

Otro caso sin diarrea en México

El abogado mejicano Sr. Cuevas habita el Palacio de su propiedad, calle Segunda de San Francisco número 9 en la misma capital.—México, Octubre 12 de 1902.—Me es grato certificar: que, enfermo del estómago desde hace tres años, padeciendo fuerte dolor casi constante, he curado con el DIGESTIVO MOJARRIETA; el cual sana sin perturbar las funciones del organismo, muy al contrario de lo que por desgracia sucede con otras medicinas.

J. J. de Cuevas.

Otro caso sin diarrea en México

El señor Juan Romano, propietario de la fábrica de tabacos "La Hoja de Oro", calle de la Joya número 13.—México, Agosto 10 de 1896.—La idea de que pueda encontrarse alguno en mi caso me induce á manifestarle que venía padeciendo desde hace ocho años pesadas digestiones, que me producían gran cantidad de gases y repugnancias insuperables. Cansado de someterme sin beneficio á los mejores médicos de la capital, vi anunciado su grandioso producto DIGESTIVO MOJARRIETA y habiendo tomado ocho estuches me encuentro completamente curado y eternamente agradecido, por lo cual puede Ud. hacer del presente testimonio lo que desee.

Juan Romano.

Otro caso sin diarrea en México

Sr. Cabañas, Administrador del Hotel Guardiola. Confirmado por el Dr. Montenegro ocho meses después.—México, Febrero 29 de 1896.—Después de padecer por espacio mayor de diez años dolorosa enfermedad del estómago que me incapacitaba para todo, hinchazón y pesadez en el vientre después de todo alimento, repugnancia y acedías que me mareaban y hacían estar constantemente molesto; habiendo agotado los mil tratamientos de diferentes médicos inútilmente, y agradecido, hago constar que estoy enteramente bueno después de tomar 58 días seguidos el DIGESTIVO MOJARRIETA.

Francisco Cabañas.

Otro caso sin diarrea en México

El Sr. Teniente Coronel del ejército mejicano, y actual Juez del Estado Civil en Tacubaya.—México, Junio 20 de 1901.—Padeecía una gastralgia que había llegado á hacerse crónica y que se resistía á los más poderosos y recomendados medicamentos. No sucedió lo mismo, afortunadamente para mí con el específico DIGESTIVO MOJARRIETA, que tomé durante algún tiempo, habiéndome devuelto la salud de un modo radical. También ha sido muy eficaz para otras personas de mi familia, que padecían diversas afecciones estomacales.

Felicitó á usted por el éxito que alcanza el DIGESTIVO MOJARRIETA, y autorizándole para que haga de este testimonio el uso que sea de su agrado, me suscribo de usted atto. S. S.

H. Ayala.

CASO CON DIARREA EN MÉXICO

Señorita hija del Director de la Escuela Núm. 17, situada en la calle de Santa Ana núm. 17½ en la ciudad de México.—México, Octubre 10 de 1896.—Después de haber pasado mi hija Ana María el período de tres años, padeciendo una diarrea que llegó á postrarla, y habiendo agotado todas las medicinas que se le recetaron, me decidí á que tomara su maravilloso DIGESTIVO MOJARRIETA, con tan brillante resultado que á los dos meses y medio quedó enteramente buena.

Todo lo cual pongo con gusto en su conocimiento para su satisfacción y patentizándole mi agradecimiento.

Eduardo Audirac.

Se debe tener presente que todos los testimonios que se han publicado en este periódico son además de los que constan en los prospectos de cada estuche del DIGESTIVO MOJARRIETA; cuyo depósito está en las Farmacias de los señores Valentiner & Ca., en Caracas y La Guaira.

Modelo de la botella del verdadero

ELIXIR TÓNICO ANTIFLEMÁTICO del Dr. GUILLÉ

Desde hace mas de noventa años, el ELIXIR del Dr. GUILLÉ es empleado con éxito contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe ó Influenza, las enfermedades del Cutis y las Lombrices Intestinales.

Es uno de los medicamentos mas económicos como Purgativo y Depurativo, es el mejor remedio contra todas las enfermedades ocasionadas por la Biliis y las Flemas.

Depósito General:
Dr. PAUL GAGE Hijo, Farm. de 1ª Clase.
9, rue de Grenelle-St-Germain, PARIS
• Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Rehúese todo antiflemático que no lleve la firma PAUL GAGE

Frasco 8 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARFILLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES & Co. 25 St-Denis

La fuerza del sonido

Cuando se dice que los acordes de una banda militar son suficientes para hundir un puente, á primera vista parece esta afirmación digna de figurar en el número de las exageraciones andaluzas; pero el hecho resulta perfectamente verosímil al conocer ciertos ejemplos recientes de la fuerza destructora del sonido.

En el ayuntamiento de Sydney existe un órgano que pasa por ser uno de los más grandes del mundo. Cuando se tocó por primera vez, la vibración de las primeras notas rompió los cristales de todas las ventanas del salón, y grandes trozos de yeso se desprendieron de la bóveda.

Lo ocurrido hace año y medio en Nueva York aún fué más extraordinario. Los individuos de un coro se habían reunido en un salón para ensayar, y al llegar á unos compases fuertes, cantaron con tal vigor, que el techo se hundió, saliendo contusos ó heridos algunos de ellos.

Una colección de 100.000 huevos

La notabilísima colección de huevos de aves que se conserva en el Museo de Historia Natural de Londres, se ha enriquecido por modo extraordinario, gracias al donativo hecho por Mr. W. Radcliff Saunders. La colección que poseía este señor se consideraba como la más importante de todas las particulares del mismo género.

Compónese de diez mil huevos, que unidos á los que ya estaban expuestos en el Museo, formarán un total de cien mil, á cual más interesantes para los aficionados al estudio de las ciencias naturales.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS



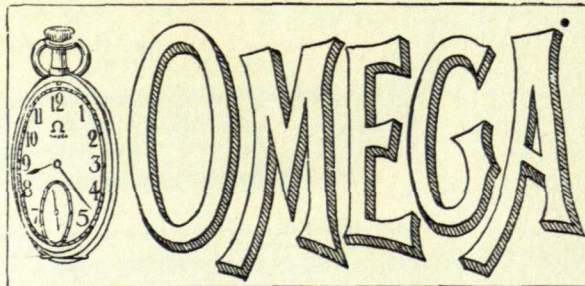
J. ROVERSI - CARACAS - VENEZUELA - PALMA A SAN PABLO N° 24

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: más de 2.000 trabajos repartidos en toda la República

Laboratorio con Sierra y Pulidora Mecánica, cerca del Cementerio del Sur
Teléfono 2175.



PRECISO, SÓLIDO Y ELEGANTE

SE VENDE Á PRECIOS MÓDICOS, CON PLENA GARANTÍA, CASA DE

CATHMANN HERMANOS

UNICOS REPRESENTANTES

Cigarros de papel

El papel lo invade todo. Ya se hacían ruedas, barcos y hasta casas de papel. Ahora se van á hacer cigarros de este material.

Para que los fumadores incrédulos se convengan de que dentro de algún tiempo saborearán exquisitos vegueros de nueva invención, les diremos cómo se hacen.

En grandes tinas llenas de jugo de tabaco se ponen en remojo, durante cierto espacio de tiempo, hojas de papel fabricado especialmente para el objeto, y cuando están perfectamente saturadas se prensan y se cortan, dándoles la forma de la hoja de la planta.

En Nueva York hay una fábrica de hojas que las prepara con mucha rapidez y las convierte en aromáticos cigarros.

El hombre como unidad monetaria

Sabido es que en la Edad Media, cuando el actor de un homicidio quería remediar su falta, podía hacerlo pagando el *precio de la sangre*, ó sea una cantidad de dinero determinada á los parientes de la víctima. Generalmente, estos mismos parientes eran los que se fijaban la suma, pero en algunos países estaba ya determinada por las leyes.

En Irlanda, por ejemplo, el precio de un hombre se consideraba equivalente al de siete mujeres, y el de una mujer al de tres cabezas de ganado vacuno.

Un hombre, por consiguiente, vale tanto como veintitún bueyes.

Un hombre que se achica

No se trata de un sujeto cobarde, sino de un pobre individuo que ofrece á la ciencia médica un caso muy curioso de osteomalacia, ó reblandecimiento de los huesos.

La Academia de Ciencias de París se ha ocupado del asunto, examinando las fotografías radiográficas que le han sido presentadas.

El paciente medía antes de contraer la enfermedad 162 centímetros y medio de estatura; pero en diez años que hace que está malo, se ha quedado reducida dicha talla á 96 centímetros y medio.

Lo más notable del caso es que, siendo como siempre ha sido mortal el padecimiento, el enfermo en cuestión goza de una salud á toda prueba, aunque no es de esperar que recobre su estatura perdida.



Tan vulgarizada estaba esta equivalencia, que se llegó á tomar para unidad monetaria el valor de la vida de un hombre. Así, si un labrador compraba un terreno que le costaba tanto como pudieran costarle sesenta y tres bueyes, decía que le había costado «tres hombres». En la *Confesión de San Patricio* se lee que el célebre apóstol de Irlanda se gastó «quinientos hombres en limosnas».

Varia

Una gallina de buena casta come en un año diez y seis veces su peso. Sus huevos pesan como seis veces la misma gallina y valen como seis veces lo que ha comido.